

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL



GÉNESIS Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO MODERNO

por Martín Lozano

Alba Longa Editorial, 1996 - <http://albalonga.tripod.com/>

"Los grandes bandidajes solamente pueden darse en naciones democráticas en las que el gobierno está concentrado en pocas manos".

Alexis de Tocqueville

"Guste o no, tendremos un Gobierno Mundial. La única cuestión es si será por concesión o por imposición"

James P. Warburg

"Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de criminales a gran escala? Y esas bandas ¿qué son sino reinos en pequeño? Son un grupo de hombres, se rigen por un jefe, se comprometen en pacto mutuo, reparten el botín según la ley por ellos aceptada. Supongamos que a esta cuadrilla se le van sumando nuevos grupos de bandidos y llega a crecer hasta ocupar posiciones, establecer cuarteles, tomar ciudades y someter pueblos. Abiertamente se autodenominan entonces reino, título que a todas luces les confiere no la ambición depuesta, sino la impunidad lograda. Con toda profundidad le respondió al célebre Alejandro un pirata caído prisionero, cuando el rey en persona le preguntó: ¿qué te parece tener el mar sometido a pillaje? Lo mismo que a ti, le respondió, el tener al mundo entero. Solamente que a mí, que trabajo en una ruin galera, me llaman bandido, y a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador".

Agustín de Hipona

ÍNDICE

CAPITULO I.

LOS CIMIENTOS DEL EDIFICIO: DE LOS ALBORES A LA CONSOLIDACIÓN.

- MERCADERES DEL MEDIEVO Y MAGNATES RENACENTISTAS
- EL NACIMIENTO DE LA EMPRESA CAPITALISTA
- EL AFIANZAMIENTO DEL MODELO ECONÓMICO
- LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA E INSTITUCIONAL

CAPITULO II.

LA FALACIA BOLCHEVIQUE

CAPITULO III.

EL SISTEMA FINANCIERO MUNDIAL Y SUS NÚCLEOS DE PODER

1.LA URDIMBRE EN SUS ORÍGENES

- LOS ILLUMINATI DE WEISHAAPT
- LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA NORTEAMERICANA
- LOS DOCTRINARIOS DEL IMPERIO BRITÁNICO
- EL EASTERN ESTABLISHMENT
- UNA DINASTÍA PARADIGMÁTICA: EL CLAN ROCKEFELLER

2.LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS: ANILLOS EXTERIORES Y ANILLOS INTERIORES

- LA SUPERFICIE DEL PODER MUNDIAL: THE TRILATERAL COMISSION Y THE BILDERBERG GROUP
- EL INTERIOR DEL ENTRAMADO: EL REAL INSTITUTO DE ASUNTOS INTERNACIONALES; EL CONSEJO DE RELACIONES EXTERIORES; LA LOGIA B'NAI B'RITH
- LOS CÍRCULOS HERMÉTICOS

CAPITULO IV.

EL ENEMIGO NECESARIO: LA AMENAZA FASCISTA O EL ARTE DE RESUCITAR UN CADÁVER

CAPÍTULO I

LOS CIMIENTOS DEL EDIFICIO: DE LOS ALBORES A LA CONSOLIDACIÓN

MERCADERES DEL MEDIEVO Y MAGNATES RENACENTISTAS

Ya en una fase tan temprana de la alta Edad Media como el siglo sexto, Gregorio de Tours narra que, con motivo de la entrada del rey Gontran en Orleans, acaecida el año 585, el monarca fue aclamado por la muchedumbre "en latín y en la lengua de los sirios". Poco después, en el 591, el rey Clotario concedía la sede episcopal de París a un acaudalado mercader sirio, tras el oportuno desembolso por parte de éste de una importante suma pecuniaria. No obstante, la numerosa presencia de mercaderes y negociantes sirios en la Europa medieval desapareció casi por completo, y por causas escasamente conocidas, hacia principios del siglo IX, momento a partir del cual su lugar sería ocupado por sus principales competidores, los comerciantes judíos.

Durante los cinco siglos siguientes, la trayectoria de los mercaderes israelitas en territorio europeo se verá envuelta en una compleja sucesión de éxitos económicos y de vicisitudes políticas de muy diverso signo. Duramente tratados por varios monarcas visigodos y burgundios, su momento de mayor esplendor e influencia se producirá en la Francia Carolingia, período después del cual sus condiciones fueron empeorando progresivamente hasta desembocar en la expulsión decretada en 1306 por el rey Felipe el Hermoso, que confiscó todas sus propiedades. A partir de aquel suceso habrá que esperar *tres siglos* para advertir nuevamente la presencia de los empresarios y banqueros judíos en los primeros lugares de la economía europea, coincidiendo con la gran eclosión mercantil y financiera que se produjo a lo largo del siglo XVII en los Países Bajos. Desde entonces, y ya sin interrupción, su auge no haría sino ir en aumento.

Pero el interdicto del trono francés no afectó únicamente a los negociantes hebreos, sino que se hizo extensivo a los otros dos grandes poderes económicos de la época: los Templarios y los mercaderes lombardos, aunque los resultados del golpe fueron distintos en cada caso. Así, mientras que la Orden del Temple, principal potencia financiera por entonces, se precipitó a raíz de aquel evento en un declive irremisible en prácticamente todo el occidente europeo, para los empresarios lombardos el suceso apenas supuso un contratiempo limitado al territorio francés y al reinado del citado monarca. En sus restantes dominios, y muy especialmente en el ámbito mediterráneo, su poderío permanecería inalterable, hasta el punto de poder afirmarse que con ellos se inició la configuración de los elementos que iban a dar paso al capitalismo renacentista y moderno.

No obstante, dentro de la denominación genérica de lombardos debe significarse la existencia de dos grupos claramente diferenciados, tanto por sus actividades mercantiles como por los métodos y procedimientos que caracterizaron a cada uno de ellos. Tales fueron, de un lado, los mercaderes florentinos, y de otro, los grandes empresarios genoveses y venecianos. En cualquier caso, la preponderancia económica alcanzada por todos ellos a partir del siglo XIV se hizo ostensible no solamente en la cuenca mediterránea, sino también en países como Alemania, Francia o Inglaterra, al punto que durante las tres centurias siguientes la denominación de lombardo fue sinónimo en toda Europa de *prestamista usurario*.

Si fuese preciso citar un nombre paradigmático de la influencia y el poderío alcanzados por los magnates florentinos, éste no podría ser otro que el de la familia Médicis, cuya trayectoria e intereses discurrieron por lo regular íntimamente ligados a los del Estado Vaticano. De hecho, Juan de Médicis, fundador de la dinastía, fue el banquero oficial de los papas Juan XXII y Martín V, siendo su hijo Cosme quien gestionó y administró todos los movimientos de fondos destinados a financiar el Concilio de Basilea de 1431. Pero el momento de máximo esplendor de la familia se iba a alcanzar con un biznieto de Juan de Médicis, Lorenzo el Magnífico,

quien tomó parte activa en casi todas las disputas y querellas europeas de su época, aunque el escaso tino que demostró en tales menesteres le acarrió un cúmulo de reveses y enemistades que acabarían provocando el declive político y financiero del clan. Pese a todo, la saga de los Médicis aún sobrevivió durante largos años a su decadencia, como lo demuestra el hecho de que dos de sus miembros se sentaran en el solio pontificio (Clemente VII y León X) y otros dos alcanzaran la dignidad real (Catalina y María de Médicis, ambas reinas de Francia).

Entre las notas que caracterizaron la metodología operativa de los comerciantes florentinos merecen significarse su inclinación por los procedimientos de componenda negociada, ciertamente inusuales en una época más proclive a la confrontación, y la preponderancia que concedieron en sus operaciones comerciales a los aspectos financieros sobre los de índole estrictamente mercantil. Más que comerciantes, pues, fueron traficantes en dinero, es decir, banqueros. De su pericia negociadora, de la que ellos mismos se ufanan, da buena prueba el hecho de que Florencia fuese el único Estado del occidente europeo que mantuvo por entonces excelentes relaciones con el Imperio Otomano, relaciones en las que el lucro y el beneficio primaron en todo momento sobre cualquier otra consideración.

Por lo que se refiere a las peculiaridades psíquicas propias del sujeto mercantil, eso que en un alarde eufemístico ha dado en calificarse como "virtudes burguesas", bien podría decirse que éstas alcanzaron en los negociantes florentinos su más nítida manifestación. Como será fácil advertir, nos estamos refiriendo a la racionalización a ultranza de la administración económica y, por extensión, de la vida en general, de la austeridad, la diligencia, la economicidad, la laboriosidad, la templanza y demás atributos prototípicos de la mentalidad mercantilista. Atributos que una mistificación secular de muy diverso signo ha venido presentando bajo la forma de otras tantas categorías morales, cuando lo cierto es que nunca tuvieron otra causa o razón de ser que el puro y simple utilitarismo. Y buena muestra de ello nos la ofrece un próspero mercader florentino de la época, Leon Battista Alberti, cuyos escritos constituyen un documento de inapreciable valor para comprender la mentalidad que impregnaba el quehacer de la burguesía emergente del momento. Por otra parte, las reflexiones de dicho personaje, recogidas en un libro titulado "*Del Gobierno della Famiglia*", gozaron ya en su época, y durante mucho tiempo después, de una notable popularidad, y en ellas puede encontrarse un perfecto prontuario del espíritu florentino, en concreto, y de la mentalidad mercantilista en general. De hecho, todos los preceptos y recomendaciones de tales escritos se verían reproducidos casi con exactitud en textos muy posteriores y de muy diversa nacionalidad.

Así, tras pasar revista en su obra a las ya mencionadas cualidades "morales" que deben presidir la vida del buen mercader, el florentino Alberti deja traslucir la razón última de tanta virtud con frases como éstas:

"Hijos míos, sed caritativos como lo manda nuestra santa Iglesia, pero preferid el amigo afortunado al desgraciado, y el rico al pobre. El mayor arte de la vida consiste en parecer caritativo y superar al astuto en astucia";

"La honestidad es siempre la mejor maestra de la virtud, la más fiel compañera de las buenas costumbres, la madre de una existencia feliz. Nos es extraordinariamente útil, porque si nos consagramos sin descanso al cultivo de la honestidad seremos ricos y nos ganaremos el elogio y la veneración generales".

Está bien claro, pues, que las tan manidas virtudes burguesas no fueron nunca sino un cúmulo de estereotipos, o lo que es lo mismo, una serie de condicionantes imprescindibles en determinadas circunstancias para la prosperidad y buena marcha de los negocios. Estereotipos, en definitiva, que en modo alguno constituyen los rasgos esenciales y definitorios del capitalismo, que podrá ser austero u ostentoso, pacato o libertino, negociador o brutal, según convenga en cada momento y circunstancia, pero cuya

genuina caracterización vendrá siempre marcada por una visión economicista, utilitarista y materialista de la existencia. Es esto último lo que constituye la auténtica esencia de la idiosincrasia burguesa, algo que, en rigor, no podría asimilarse hoy al capitalismo de manera restrictiva, sino, más propiamente, a la mentalidad contemporánea en su totalidad, y ello por la sencilla razón de que los fundamentos esenciales del capitalismo moderno (materialismo, positivismo, economicismo, utilitarismo, etc.) fueron la matriz ideológica en la que se inspiraron las doctrinas supuestamente antagónicas surgidas con posterioridad.

Todo apunta, por tanto, al siglo XIV como el punto de partida de la mentalidad mercantilista moderna, y no sólo por la forma en que ésta se iba plasmar en los agiotistas florentinos y en otros traficantes coetáneos suyos, sino también por el clima de apego desmedido a los bienes materiales que por entonces comenzó a generalizarse, y del que dan buena cuenta numerosos testimonios de la época. Precisamente, uno de los sectores donde con mayor virulencia se manifestó ese "lucri rabies" del que hablan las crónicas fue el eclesial. El propio Alberti, nada sospechoso de tendenciosidad al respecto, señalaría más de una vez en sus escritos que la codicia y el afán de lucro desmedido eran rasgos sumamente extendidos entre los clérigos de su tiempo. Del papa Juan XXII escribió el comerciante florentino en estos términos:

"Tenía defectos y, sobre todo, aquél que, como es sabido, es común a casi todos los clérigos: era codicioso en grado sumo".

Pero el mal, restringido en un principio a determinados círculos sociales (la putrefacción comienza siempre por arriba), no tardaría en extenderse al resto de la población, muy especialmente en los países de mayor desarrollo mercantil de la Europa occidental (Italia, Alemania, Francia). Así habrían de reflejarlo fuentes tan heterogéneas como los cantares del *Carmina Burana*, la *Descripción de Florencia* de Dante, o los escritos posteriores de Erasmo de Rotterdam, en uno de los cuales se lamenta de que *"todo el mundo obedece al dinero"*, una descripción de su época que a buen seguro le habría parecido exagerada de haber conocida la sociedad de consumo actual.

Con todo, el acontecimiento más significativo de la mentalidad económica surgida en la época renacentista no sería tanto el auge del mercantilismo como la irrupción del préstamo pecuniario a modo de herramienta comercial de primera magnitud. Una práctica hasta entonces secundaria y casi restringida al círculo de los agiotistas ¹ judíos, y que a partir del siglo XIV comenzó a convertirse en un instrumento fundamental del nuevo sistema económico. Iniciaba así su andadura el capitalismo financiero, que no representa sino un eslabón superior, un salto cualitativo respecto del capitalismo meramente mercantil, y cuyas funestas consecuencias habrían de hacerse bien patentes con el transcurso del tiempo. Dado que en el marco implantado por el capitalismo financiero queda eliminada toda noción de corporeidad, el acto económico se convierte en algo de naturaleza puramente abstracta, posibilitándose con ello el lucro a costa del trabajo de terceros y, lo que es peor, el dominio absoluto de toda la realidad económica, política y social. Añádase a esto el hecho de que el sistema monetario está desde hace tiempo en manos de las grandes entidades financieras, lo que les confiere a éstas la potestad no ya de traficar con el dinero ajeno, sino incluso de crearlo de la nada, consolidando de esta forma su dominio a partir de una entelequia irreal. Una circunstancia que Frederick Soddy, nobel de Economía en 1921, calificaría certeramente con estas palabras:

"el rasgo más siniestro y antisocial del dinero escritural es que no tiene existencia real".

Finalmente, no podrá cerrarse este epígrafe sin poner de manifiesto las notables diferencias existentes entre el concepto de *"libre mercado"*, tal y como era entendido éste en la época renacentista, y el que sostiene la ideología actual, diferencias debidas, naturalmente, a la inexorable dinámica expansiva propia de la economía capitalista. En efecto, la libre actividad comercial de entonces, contrariamente al modelo actual,

1 usurero

estuvo sometida en sus inicios a una serie de restricciones elementales absolutamente impensables hoy. De hecho, en los albores del capitalismo la competencia mercantil no constituía un principio supremo al que pudiera apelarse para traspasar ciertos límites considerados entonces infranqueables. Límites entre los que figuraban el abaratamiento intencionado de precios para arruinar al competidor, o la propaganda destinada tanto a sobrestimar los propios productos como a menospreciar los de cualquier otro comerciante. No hará falta comentar que en la época actual, en que el principio del lucro y del beneficio prevalece sobre cualquier otra consideración, aquellos antiguos escrúpulos, por elementales que pudieran parecer, serían considerados irrisorios.

Lo mismo podría decirse de la austeridad y el recato postulados por los doctrinarios del capitalismo temprano, conceptos que por entonces no limitaban su aplicación a la administración de los negocios, sino que se hacían extensivos a la propia vida privada, y ello por las razones de utilidad ya comentadas. Es evidente que, con el transcurso del tiempo, aquel afán economizador en la gestión comercial no sólo se ha mantenido, sino que, en virtud de uno de los principios esenciales del mercantilismo contemporáneo (la reducción de costes), se ha acentuado progresivamente. Sin embargo, la vida social y la esfera privada de los grandes magnates económicos hace ya largo tiempo que no participan de los esquemas arcaicos, constituyendo, por el contrario, un verdadero alarde de lujo y ostentación. Lo que pone de manifiesto una vez más la naturaleza de esos estereotipos aglutinados bajo el tópico de las "virtudes burguesas", meros convencionalismos circunstanciales de los que se prescindió tan pronto como dejaron de ser necesarios.

Así pues, el concepto de libre mercado, tal y como es entendido en el presente, y la idea de una publicidad dirigida a perseguir y asaltar a los potenciales clientes, era algo totalmente extraño a la mentalidad predominante por aquel entonces. En ningún código ideológico o moral de la Europa renacentista tuvieron cabida semejantes conceptos, con la única excepción de la literatura rabínica y, más concretamente, del *Talmud*. Y aunque este último hecho no carezca de importancia, tampoco constituye la clave que sirva para explicar de manera concluyente la irrupción y el asentamiento del modelo capitalista, como determinados tratadistas (Sombart entre los más notables) han pretendido explicar. Baste decir al respecto que dicho modelo económico debió buena parte de su arraigo a la activa participación de individuos y sectores sociales cuyo acervo cultural e ideológico poco tenían que ver con el judaico. Menos consistente aún es el argumento de la teórica incompatibilidad entre el capitalismo y el código religioso vigente en la Europa renacentista, ya que en tiempos de putrefacción los reglamentos morales no son sino letra muerta, o peor aún, meras herramientas de sórdida instrumentalización.

Todo lo apuntado no impide ser cierto el importante papel desempeñado por la plutocracia judía en la consolidación del capitalismo, al punto que todo intento por describir la evolución y el desarrollo de la sociedad moderna prescindiendo de dicha participación sería tanto como falsificar la Historia, además de suponer un injusto escamoteo de los méritos contraídos por la oligarquía israelita con el sistema vigente y tan unánimemente ensalzado en la actualidad. Por lo demás, no deja de ser paradójico que hayan sido precisamente autores hebreos quienes con más claridad y rigor han escrito sobre este asunto hoy tabú (Bernard Lazare, Marcus Ravage, Artur Koestler, Benjamín Beit, Alfred Lilienthal, etc.). Autores que constituyen la mejor fuente de información al respecto, además de la única a la que los intoxicadores de oficio no podrán aplicar el acostumbrado sambenito del antisemitismo.

Dicho esto, volvamos, pues, al tema apuntado líneas atrás, esto es, al reglamento talmúdico, para significar que, efectivamente, son varios los preceptos de ese código que recogen el principio en virtud del cual la conducta de sus seguidores deberá atenerse a normas distintas según se trate de miembros de su comunidad o de individuos ajenos a ella. A estos últimos, es decir, a los *goim* (término mediante el que se designa a los no-judíos), es lícito "*mentirles y trampearlos*". Una concepción que, aplicada al terreno

mercantil, alcanzaría uno de sus momentos álgidos en la Polonia del Antiguo Régimen, tal y como lo refleja un apunte sobre el particular tan poco sospechoso de animosidad como el del rabino e historiador Heinrich Graetz, quien describió el proceder de los mercaderes hebreos de aquella época con estas palabras:

"Líos y tergiversaciones, artimañas jurídicas, chocarrería y una cerrazón total ante todo lo que se hallase fuera de su horizonte, en eso consistía la esencia y forma de vida de los judíos polacos.....La honradez y la rectitud les eran tan ajenas como la sencillez y la veracidad. Esta cuadrilla asimiló las mañosas enseñanzas de las escuelas superiores (rabínicas) y las utilizaba para engañar a los menos astutos, experimentando con ello una especie de gozo triunfal. Claro es que su argucias difícilmente podían emplearlas contra sus hermanos de religión, que se las sabían todas; pero el mundo no-judío con que trataban sufrió en sus propias carnes la superioridad del ingenio talmúdico del judío polaco....La depravación de los judíos polacos acabó volviéndose contra ellos de manera sangrienta, y tuvo como consecuencia el que la restante judería europea se contagiara durante un tiempo del modo de ser polaco. Con la emigración de los judíos polacos (a raíz de las persecuciones cosacas) se polonizó, por así decirlo, todo el mundo judío".

En cualquier caso, y situándonos en el momento presente, la cuestión principal hoy ya no es tanto la libertad estrictamente mercantil, que incluso podría considerarse como un asunto menor, sino el libertinaje que preside el movimiento del capital transnacional y la impunidad con la que operan los grandes traficantes financieros. Y todo ello al amparo del "libre mercado", una falacia refrendada por todos los foros políticos subordinados a la Alta Finanza mundial, entre los que figura por méritos propios el engendro pergeñado en Maastricht.

En eso, en el dominio absoluto de una reducida oligarquía, consiste el concepto de "libertad" alumbrado por el modelo capitalista, gracias al cual ha podido configurarse una sociedad de siervos alienados y envilecidos por el consumo material.

EL NACIMIENTO DE LA EMPRESA CAPITALISTA

Si, como hemos visto, el carácter usurario y especulador del capitalismo emergente se encarnó en los mercaderes y banqueros florentino del siglo XIV, la otra faceta del nuevo sistema económico, esto es, la predadora y coercitiva, se materializaría en los comerciantes venecianos, auténticos precursores de la moderna mentalidad empresarial. Dos facetas, entiéndase bien, que en la práctica de los hechos han caminado indisolublemente unidas, aunque en el plano meramente teórico la explicación de ciertos acontecimientos pueda resultar más asequible recurriendo a categorías más o menos convencionales.

Los inicios del auge comercial veneciano se remontan al siglo XI, durante el cual el Imperio Bizantino concedió a los negociantes de esa ciudad el derecho a establecer en sus dominios agencias comerciales libres de tasas. Pero fue en el siglo XIII, tras la expulsión de las huestes sarracenas de Sicilia y de otros enclaves de la zona, cuando la flota veneciana pasó a convertirse poco menos que en la dueña del comercio marítimo mediterráneo.

Si hay un rasgo que singulariza a los empresarios-navegantes venecianos, distinguiéndoles así del proceder florentino, fue su proclividad a la acción militar para llevar a cabo sus proyectos de expansión comercial. Bien podría decirse, por tanto, que con ellos el rudimentario bandolerismo medieval se organizó y estructuró bajo el signo de la empresa. En efecto, a lo largo de la Edad Media el asalto y el pillaje habían constituido una práctica frecuente entre buena parte de la nobleza europea. Este fenómeno se manifestó con especial virulencia en Francia y, muy especialmente, en territorio alemán, donde casi alcanzaría características de epidemia. Las correrías expoliadoras de los caballeros salteadores germanos, los célebres

'raubritter', llegaron a configurar un clima social conocido en aquel país como "la ley del puño". Pero ese tipo de acciones tuvo siempre un carácter anárquico y ocasional, totalmente desprovisto de cualquier cálculo o plan orientado a la consecución de un objetivo ambicioso. Pura improvisación, en suma, sin el menor atisbo de lo que pudiera definirse como una auténtica empresa.

En el proceder de los magnates venecianos, por el contrario, el pillaje alcanzó cotas de organización verdaderamente empresarial, con toda una maquinaria bélica puesta al servicio de un proyecto lucrativo minuciosamente estructurado. Tanto es así que el término "corsar" fue utilizado en las actas mercantiles venecianas de forma absolutamente natural, sin el menor matiz infamante o peyorativo. Estas prácticas, compartidas igualmente por otras ciudades italianas (Génova, Pisa, Amalfi), se extendieron con el transcurso del tiempo a varios países europeos, llegando a alcanzar en algunos de ellos caracteres de auténtica institución social. Tales fueron los casos de Francia, Holanda y, muy especialmente, de la nación corsaria por excelencia, esto es, Inglaterra.

La piratería francesa, que durante el siglo XVI se nutrió preferentemente de elementos procedentes de la pequeña nobleza protestante, alcanzó su apogeo a mediados del siglo XVII con las flotillas de bucaneros y filibusteros que operaban en aguas de las colonias caribeñas hispanas.

Empresas corsarias, y no otra cosa, fueron también la grandes compañías comerciales de los siglos XVI y XVII (Compañías de Indias Holandesa, Francesa e Inglesa), en cuyos balances de pérdidas y ganancias figuraban, como un capítulo más, las originadas por actos de piratería, lo que era perfectamente normal en ese tipo de sociedades mercantiles dotadas de atribuciones paraestatales de carácter económico, político y militar.

Pero, donde la piratería alcanzó su mayor caracterización y proyección como actividad empresarial, fue, sin ninguna duda, en la Inglaterra del XVI y del XVII y, posteriormente, en sus dominios coloniales del Estado de Nueva York.

A lo largo de todo ese período, la organización y el desenvolvimiento de las escuadras corsarias británicas diferían muy poco de las de cualquier otro negocio, de ahí el calificativo de "business" con que denominaron sus actividades los tratadistas de la época. De hecho, las flotillas piratas eran equipadas y financiadas de forma regular por acaudalados hombres de negocios, cuando no por la propia Corona, y sus más destacados cabecillas fueron elevados a la dignidad señorial (sir Francis Drake, sir Martin Frobisher, sir Richard Grenville, etc).

Aquel carácter predador puesto al servicio de la empresa lucrativa que inspiraba el ánimo de los empresarios-corsarios del XVII, es el mismo que impregnó después la dinámica expansiva del capitalismo actual. Con el transcurso del tiempo evolucionarían las técnicas, pero perduraría la misma rapacidad.

EL AFIANZAMIENTO DEL MODELO ECONÓMICO

Fue a partir del 1600 cuando las formas embrionarias del capitalismo moderno surgidas en los albores del Renacimiento alcanzaron su desarrollo definitivo, primeramente en Holanda, y en Inglaterra después.

Los Países Bajos constituyeron, en efecto, el primer escenario en el que el nuevo modelo económico y la mentalidad empresarial se manifestaron plenamente, pero ya no sólo en unos cuantos enclaves localizados, sino en toda la extensión de una nación.

Fueron varios los factores que confluieron en la eclosión del capitalismo holandés. Uno de ellos, de indudable relevancia, pero en modo alguno exclusivo, sería el asentamiento en aquel país de un notable

contingente de inmigrantes sefarditas salidos de España a raíz del decreto de expulsión. De los aproximadamente 300.000 sefarditas que abandonaron España en las postrimerías del siglo XVI, la porción más importante se asentó en dominios otomanos, si bien hubo grupos numerosos que dirigieron sus pasos hacia Holanda, Inglaterra y las ciudades alemanas de Hamburgo y **Frankfurt**. Esta última localidad habría de ser con el tiempo la casa matriz de varias dinastías de financieros ashkenazim, tales como los Rothschild, los Warburg, los Mendelsohn y los Speyer.

No obstante, sería inexacto, por no decir falso, atribuir en exclusiva a los inmigrantes hebreos el espectacular desarrollo del mercantilismo holandés y, más tarde, del capitalismo británico. Si, como ya se apuntó, el Talmud era el único corpus ideológico que en los inicios del capitalismo renacentista se compaginaba plenamente con los postulados mercantiles de éste, no podría decirse lo mismo de la situación reinante en la Europa del XVII, en la que ya se había desarrollado por completo la mentalidad surgida de la Reforma protestante. Una mentalidad perfectamente identificada con el nuevo modelo socio-económico, del que en realidad no fue sino una derivación. Sobre este particular, no hará falta extenderse aquí en excesivas explicaciones, por cuanto se trata de un tema perfectamente conocido. La máxima calvinista (compartida, salvo anecdóticas excepciones, por el protestantismo en su conjunto) en virtud de la cual "*el éxito y los beneficios de toda empresa mercantil son la recompensa concedida por Dios a sus elegidos*", es sobradamente ilustrativa al respecto, y resume a la perfección la esencia del espíritu protestante, que convirtió la trascendencia religiosa en un asiento contable o, si se prefiere, en una ética para propietarios y tenderos.

Por lo demás, está suficientemente claro que en el escenario europeo posterior a la Reforma la Iglesia Romana era una institución vinculada a los intereses propios del régimen aristocrático y del orden señorial, mientras que las confesiones protestantes representaban las aspiraciones y mentalidad de la nueva clase emergente y del nuevo sistema socio-económico. Aunque no por ello deja de ser cierto que, con el transcurso del tiempo, y una vez que el sistema burgués hubo logrado su consolidación política en toda la órbita occidental, la institución vaticana se fue adaptando plenamente a las coordenadas del nuevo modelo, haciendo gala con ello de su conocida versatilidad para acomodarse a las exigencias de los tiempos y a los imperativos del Poder.

Para comprender el desarrollo experimentado por la economía capitalista en los Países Bajos durante el siglo XVII, bastará significar la aparición por entonces de una serie de prácticas que, con el andar de los años, habrían de convertirse en rasgos característicos del capitalismo contemporáneo.

Uno de esos fenómenos fue la 'fiebre especulativa' que se manifestó con inusitada intensidad en la Holanda del XVII, circunstancia de la que da buena prueba el espectacular tráfico económico que tuvo lugar en torno a un artículo tan simple como el tulipán. Esta planta, traída desde Adrianópolis al occidente europeo por el botánico Busbeck hacia mediados del siglo XVI, se convirtió durante el primer tercio del siglo XVII en un objeto de veneración para los ciudadanos holandeses. Fue una de esas extrañas modas, tan corrientes en la época actual, que prendió casi repentinamente, sin que se conozca con certeza la razón.

El hecho es que, a partir de 1630, el esnobismo de los primeros momentos comenzó a adquirir tintes de pura y simple especulación. Cada día era mayor el número de personas deseosas de adquirir ejemplares de ese bulbo, aunque ya no por razones decorativas, sino con el propósito de venderlos a un precio superior, no tardando en desarrollarse en torno a los tulipanes un auténtico mercado bursátil en el cual participaban individuos de todas las condiciones sociales. Las Bolsas de las principales ciudades holandesas se convirtieron así en el escenario de transacciones en las que se pagaban miles de florines por ejemplares de tulipán que, convertidos ya en un valor abstracto, al modo de las acciones actuales, nadie había llegado a ver, ni el comprador, ni el vendedor, ni mucho menos el agente bursátil. La histeria especuladora fue en

aumento, impulsada por el hecho de que, como en todo negocio de esa índole, el incremento injustificado y vertiginoso de la cotización hizo que, en un principio, todo el mundo obtuviera beneficios. Al punto que muchas personas llegaron al extremo de enajenar todos sus bienes para invertir el numerario así obtenido en tan lucrativo negocio. Claro que, al final, acabó ocurriendo lo inevitable en todo proceso de especulación montado en torno a un objeto carente de valor intrínseco, y cuya estimación resulta ser puramente ficticia. Al vertiginoso ascenso de los precios le sucedió una caída más vertiginosa aún, lo que supuso la bancarrota absoluta para centenares de familias.

El episodio referido no fue sino un claro antecedente de lo que poco después, ya en la Inglaterra del siglo XVIII, habría de desarrollarse plenamente bajo la fórmula del Mercado de Acciones o Bolsa de Valores. Una fórmula, sobra decirlo, de plena actualidad.

Otro fenómeno que se desarrolló también por aquellos años, y muy especialmente en Inglaterra a partir del último tercio del siglo XVII, fue la proliferación de los llamados proyectistas, una especie de antecesores de los actuales expertos en inversiones financieras. Una muestra evidente de la nitidez con la que ya por entonces comenzaron a perfilarse ciertos usos consagrados en la actualidad, nos la ofrece el testimonio de un testigo privilegiado de la época, el inglés Defoe. En su obra "An Essay on Projects", el escritor británico definió de manera magistral a los proyectistas de entonces con palabras como éstas:

"Hay personas demasiado astutas para convertirse en auténticos criminales en su desenfrenada carrera en pos del oro. Éstas se dedican a inventar ciertas formas oscuras de tretas y engaños, un modo de robar tan reprobable como otro cualquiera, o incluso más, ya que bajo atractivos pretextos inducen a gentes honradas a soltar su dinero y ponerse de su parte, para desaparecer después tras la cortina de un refugio seguro, burlándose de las leyes y de la honradez".

Las actividades de los proyectistas tuvieron su perfecta correspondencia en la especulación bursátil y en el llamado Mercado de Efectos, cuyas prácticas también nos dejaría descritas el citado autor en sus escritos:

"Al principio estaba constituido por las transferencias simples y esporádicas de títulos y acciones. Pero debido a la industriosisidad de los corredores de comercio, en cuyas manos se hallaba el negocio, éste se convirtió en un tráfico basado en las mayores intrigas, astucias y artimañas que jamás se dieron bajo la máscara de la honradez. Pues como los corredores tenían la sartén por el mango, convirtieron la Bolsa en una partida de juego; subían y bajaban los precios de las acciones a su antojo, y mientras tanto siempre contaban con vendedores y compradores dispuestos a confiarles su dinero, no obstante sus falaces promesas".

Lógicamente, la consolidación del modelo económico capitalista que se operó durante los siglos XVII y XVIII dio paso al nacimiento de las primeras instituciones bancarias al estilo de las que se conocen hoy. Y no es que hasta ese momento no hubiesen existido profesionales del préstamo a gran escala. Lo que ocurre es que tales individuos, pese a su poderío económico, permanecieron supeditados a los avatares y decisiones del poder político, siendo así que su suerte dependía en gran medida de la del monarca al que se hallaban vinculados o de que éste les retirara su confianza. Pero, con el discurrir de la era moderna, los poderes económicos no sólo se fueron emancipando del dominio de la autoridad política, sino que acabaron por erigirse en los dueños y patronos de ésta.

En 1694, y a propuesta del escocés William Patterson (la rapacidad económica de los negociantes escoceses no tardaría en convertirse en algo proverbial), el Parlamento inglés autorizó la creación de una banca de emisión cuya razón social completa sería *The Governor and Company of the Bank of England*. El capital social del recién creado Banco de Inglaterra, que ascendía a 1.200.000 libras, fue suscrito en su totalidad por inversores privados, y si bien el acta de su fundación no otorgaba a esa entidad ningún

monopolio, tres años después, en 1697, una nueva disposición parlamentaria le concedió en exclusiva el privilegio de emitir moneda. A esta prerrogativa se le irían añadiendo con el transcurso del tiempo algunas otras (Carta de 1892, Acta de 1928) que no harían sino consolidar el poder de dicha institución.

Por lo que a Francia se refiere, el escenario económico de aquel país estuvo presidido durante un tiempo por dos personajes. El primero, un financiero de origen israelita llamado Samuel Bernard, fue el banquero personal de Luis XIV y de toda la corte gala. Sus relaciones con los ministros del rey le proporcionaba, entre otras ventajas, una información de primera mano de la que el acaudalado Bernard extraía la oportuna rentabilidad. La fortuna y posición de este financiero llegaron a ser tales que las más destacadas familias de la aristocracia francesa se disputaron el privilegio de emparentar con su descendencia.

No obstante, los últimos años del reinado de Luis XIV se vieron afectados por una progresiva crisis económica, que se acentuó aún más a la muerte del rey Sol. Fue entonces cuando emergió al primer plano la figura del escocés John Law, propietario de la poderosa Compañía Comercial de Occidente y de una entidad bancaria que, en virtud de un edicto de agosto de 1717, pasó a convertirse en la Banca Real, con todas las prerrogativas que ello comportaba, entre otras la de emitir papel moneda. Posteriormente, la desafortunada gestión del financiero escocés no tardó en conducir a un crecimiento desmesurado de la circulación fiduciaria, lo que acabaría desembocando en el absoluto descrédito de los billetes emitidos por dicha institución bancaria, prácticamente carentes al final de respaldo y de valor efectivos. En diciembre de 1720 la actividad de la Banca Real fue suspendida, restableciéndose nuevamente el pago exclusivo en numerario metálico.

Las catastróficas consecuencias de aquella experiencia marcaron durante un tiempo tanto a los poderes públicos franceses como a la mayor parte de la población. Habría que esperar al clima generado por la Revolución Francesa para que el recelo de antaño diera paso a un ambiente más propicio para el desenvolvimiento del Gran Capital.

Albert Matiez, uno de los escasos historiadores de la Revolución Francesa que se interesó por los aspectos económicos de la misma, aportó en su día una documentación precisa acerca del papel desempeñado en su gestación y desarrollo por diversos financieros. Figuran entre los más relevantes el banquero Jacques Necker, director general de Finanzas y primer ministro de Luis XVI, Etienne Delessert, fundador y propietario de la principal compañía aseguradora francesa, PrevotEAU, destacado financiero, y Nicolás Cindre, agente de cambio. A esta relación podrían añadirse los nombres del banquero lionés Fulchiron y de su asociado Givet, así como el del financiero Boscary, presidente de la Caisse D'Escompte y titular de varios cargos políticos de primer orden durante el episodio revolucionario. Todo esto, claro está, sin mencionar la participación de otros patrocinadores foráneos, de los que se dará cuenta más adelante.

Igualmente explícitos son los testimonios de dos destacados protagonistas de aquel evento. El primero de ellos, el revolucionario republicano Rivarol, dejaría escrito en sus memorias que "una multitud de agiotistas y capitalistas decidieron la Revolución". No menos elocuentes fueron las palabras pronunciadas en la Convención por el diputado y miembro del Comité de Salud Pública Joseph Cambon: "*La gran Revolución ha golpeado a todo el mundo, excepto a los financieros*"; palabras que, aun siendo certeras, constituyeron un alarde de cinismo por parte de quien las pronunció, un sicario del nuevo régimen capitalista.

Una vez agotado el período convencional, la situación resultaría todavía más favorable para los intereses de la oligarquía económica. Durante el Directorio, los financieros y hombres de negocios coparon los puestos clave del gobierno y de la Administración, lograron la derogación en la Asamblea de la ley de 17 Germinal del año II (apenas aplicada mientras estuvo en vigor), que ponía algunas trabas al desenvolvimiento de sus actividades y, finalmente, acapararon el lucrativo negocio de los suministros al Estado.

El golpe bonapartista del 19 Brumario de 1799 acabaría por consolidar los intereses plutocráticos. Tan solo dos meses después de que Napoleón fuera proclamado Primer Cónsul nació el Banco de Francia, institución a la que le fue concedida desde su creación el privilegio de recibir en cuenta corriente los fondos de la Hacienda Pública, a lo que se añadiría tres años después la facultad exclusiva de emitir papel moneda. Todo ello tratándose, claro está, de una entidad de carácter privado, cuyo presidente y administradores eran nombrados por los 200 accionistas mayoritarios de la misma.

Por lo demás, son sobradamente conocidas las estrechas relaciones que Napoleón Bonaparte mantuvo con la Alta Finanza, hasta el punto que, pese a existir un poso de mutua desconfianza, el autócrata corso jamás emprendía una campaña militar ni adoptaba una decisión política comprometida sin recabar el parecer de sus banqueros. No menos conocidos son los gigantescos beneficios que las guerras napoleónicas reportaron al entonces llamado Sindicato Financiero Internacional (Baring, Hope, Boyd, Parish, Bethmann, Rothschild), al que el historiador británico Mc Nair Wilson atribuyó la caída de Napoleón a raíz de las medidas adoptadas por éste (bloqueo comercial sobre Inglaterra) en contra de sus intereses.

Inmediatamente después del dismantelamiento del régimen bonapartista comenzó a perfilarse el protagonismo hegemónico de la casa Rothschild, que en el transcurso de unos cuantos años se situaría en una posición de privilegio en el ámbito financiero del continente europeo.

El fundador de dicha dinastía de banqueros fue Meyer Amschel Rothschild, nacido el año 1744 (1743, según algunos biógrafos) en la localidad alemana de Frankfurt. Tras un breve período de estudios en la escuela talmúdica de su ciudad natal, el joven Rothschild ingresó como empleado en una casa de cambio de Hannover regentada un correligionario suyo llamado Oppenheim, donde se iniciaría en los fundamentos del negocio bancario. Debido a sus excepcionales dotes para los asuntos financieros, no tardó en ocupar un puesto relevante en la Banca Oppenheim, lo que le iba a permitir relacionarse con su más adinerada clientela. Fue precisamente por ese conducto como un día entró en contacto con el general von Estorff, quien, impresionado por su agudeza y visión comercial, le introdujo en la corte del Landgrave de Hesse-Cassel, que a la sazón constituía por entonces una especie de establecimiento mercantil donde se trataban todo tipo de negocios.

Coincidiendo con aquel suceso, que marcaría el inicio de su vertiginosa ascensión, Meyer Amschel contrajo matrimonio en 1770 con una joven hebrea llamada Gutta Schapper, y se estableció en un inmueble de Frankfurt, futura sede de su imperio económico.

Uno de los más lucrativos negocios de aquella época lo constituía el aprovisionamiento de mercenarios para los ejércitos de las monarquías europeas. Y justamente, los mayores organizadores de ese tráfico eran el príncipe Federico II de Hesse-Cassel y su hijo Guillermo IX. Meyer Rothschild, asociado de éstos, se encargaba de reclutar, equipar y alojar a la tropa hasta su embarque, percibiendo a cambio un porcentaje por cada operación. Huelga comentar la importancia que adquirió ese comercio a raíz de las guerras desatadas en Europa como consecuencia de la Revolución Francesa, así como los dividendos que reportó a sus principales promotores. Con todo, ésta no fue más que una de las múltiples fuentes de ingresos de nuestro financiero, como muy bien señalaría su principal biógrafo y panegirista, el conde Corti:

"Allí donde había algo en que ganar, ya fuera comisión o expedición, ya se tratase de ropas o de vinos, o bien de artículos para los cuales había sido establecida la libertad de comercio, allí estaba presente la casa Rothschild". Otra de las especialidades de la casa, no mencionada por el citado cronista, fue el contrabando, actividad de la que dan repetida cuenta varios informes policiales elaborados en 1812 y dirigidos al ministro del Interior francés, el duque de Rovigo.

En 1810, plenamente consolidado ya su negocio, Meyer Amschel redacta y formaliza un contrato por medio del cual asocia a sus hijos varones a la sociedad, que pasa a denominarse a partir de ese momento Meyer Amschel Rothschild e Hijos. Dos años más tarde, el 19 de septiembre de 1812, moría el fundador de la dinastía, dejando en su testamento la propiedad exclusiva de todos sus negocios a sus cinco hijos, cada uno de los cuales recibió una quinta parte del capital social. El acta testamentaria excluía explícitamente de cualquier participación en la empresa a sus hijas, a los maridos de éstas y a sus descendientes, si bien establecía la entrega a cada una de ellas de una estimable suma económica.

Como ya se apuntara líneas atrás, fue a partir de ese instante, y en el marco del nuevo escenario europeo configurado por la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, cuando la casa Rothschild emprendió una progresión imparable que la llevaría en pocos años a situarse a la cabeza de la finanza europea. Aunque no el único, el factor que más decisivamente contribuyó a tan fulgurante escalada fue el hecho de que cada uno de los cinco herederos se estableciera en una capital europea, lo que habría de permitirles en lo sucesivo coordinar sus estrategias y disponer en todo momento de una visión completa y no limitada a un sólo país de la situación reinante en el viejo continente.

La rama francesa de la casa Rothschild, que estuvo comandada en un principio por Salomón, pasó en muy poco tiempo de figurar en los archivos policiales por sus prácticas contrabandísticas, al pleno reconocimiento de la corte real y de la alta sociedad. En 1823, Luis XVIII solicita y obtiene de la firma un empréstito de 400 millones de francos, y unos meses después Salomón Rothschild es condecorado con la Legión de Honor por sus valiosos servicios a la causa de la Restauración. A lo largo de los años 1830, 1831 y 1832 se suceden otros tantos empréstitos de la banca Rothschild al gobierno francés.

A partir de 1836 la rama francesa de los Rothschild pasa a ser dirigida por otro de los hermanos, Jacob, más conocido bajo el nombre de James. Éste negocia en 1844 un nuevo préstamo al gobierno galo cuyo montante asciende a 200 millones de francos, y del que se derivaría un sonoro escándalo. A raíz de aquel asunto el ministro de Finanzas francés fue acusado públicamente de subordinar los intereses de la nación a la banca Rothschild. Poco después, en 1845, se produce un nuevo escándalo, como consecuencia de la concesión a la casa Rothschild de los Ferrocarriles Franceses del Norte. Una publicación aparecida al hilo de aquel acontecimiento ("*Guerre aux Fripons*") daba cuenta del modo en que numerosos miembros de las dos Cámaras Legislativas, varios jueces y los periodistas más influyentes de aquel país, habían sido obsequiados por el dadivoso James Rothschild con miles de acciones de su recién creada compañía ferroviaria.

Mientras tanto, la hostilidad de la opinión pública, clamorosa en un principio, iba cediendo progresivamente merced a la intensa propaganda desplegada por los diarios más influyentes, que se dedicaban a destacar las obras filantrópicas de la poderosa Banca. Muy pronto la filantropía habría de convertirse en un recurso habitual de numerosos imperios financieros, que desde hace tiempo vienen dedicando parte de sus ingentes beneficios a dicho capítulo, cuya utilidad no sólo se deriva de su impacto efectista sobre la población, sino fundamentalmente de las posibilidades que ese conducto ofrece para (a través de las Fundaciones) penetrar y controlar amplios sectores de la vida social.

En cuanto a los restantes miembros de la saga, Amschel regentaba el establecimiento bancario de Frankfurt, Karl dirigía el de Nápoles, y Salomón, que en un principio figuró al frente de la rama francesa, acabó instalándose definitivamente en Viena, donde muy pronto se hizo con la amistad personal de Metternich y con las simpatías de la corte imperial. Por si eso fuera poco, el influyente Gentz, brazo derecho del canciller austríaco, le mantenía puntualmente informado de los asuntos de Estado, percibiendo a cambio una sustanciosa asignación mensual. Sus relaciones con la curia romana eran también óptimas, y fruto de ellas fue un importante empréstito negociado con el Estado Vaticano.

Finalmente, el quinto de los vástagos, Natham, se instaló en Londres. De su posición en la sociedad británica puede decirse que fue tan sólida o incluso más que la de sus hermanos en los otros países europeos. De hecho, el salón de su hija mayor se convirtió en el lugar más frecuentado por la aristocracia británica y las oligarquías económicas, políticas y sociales de aquel país. Tampoco estará de más significar el papel desempeñado por Nathan Rothschild en el conflicto que enfrentó a carlistas e isabelinos por el trono español. Un papel tan decisivo como rentable para aquél, ya que su apoyo financiero a la causa isabelina le valió, entre otras prebendas, la explotación en exclusiva de las minas de Almadén. Y dado que el otro gran yacimiento europeo de mercurio, ubicado en Istria, había sido comprado tiempo atrás al Estado austríaco por su hermano Salomón, la casa Rothschild pudo así acaparar en régimen de monopolio el mercado europeo de ese mineral.

LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA E INSTITUCIONAL

El afianzamiento en el terreno económico del modelo capitalista, que comenzó a perfilarse a principios del XVII, no fue más que la primera fase de un proceso que habría de desembocar tiempo después en su consolidación política e institucional, aspecto del que nos ocuparemos a continuación.

Antes de penetrar en el análisis de la Revolución Francesa, que sin duda constituye el modelo prototípico de revolución burguesa, convendrá dedicar una breve alusión a los dos movimientos políticos de significación equivalente que la precedieron en el tiempo. Alusión que resulta incluso necesaria, y no tanto por las similitudes de fondo que entre las tres revoluciones (inglesa, americana y francesa) se pudieran establecer, como por las peculiaridades que caracterizaron a la última respecto de las otras dos.

En efecto, el régimen republicano instaurado por la revolución inglesa de 1680 no fue sino el resultado del compromiso al que llegaron la aristocracia terrateniente y la clase burguesa para compartir el poder; un pacto, además, que al no necesitar del auxilio popular para afianzarse, pudo llevarse a efecto sin realizar excesivas concesiones a las capas inferiores de la población. Algo parecido podría decirse de la revolución americana de 1776, cuyos logros políticos, netamente orientados en beneficio exclusivo de un sector minoritario de la sociedad, se verían magnificados por una declaración de principios tan altisonante como hueca y puramente formal. En la práctica, la esclavitud siguió existiendo en aquel país y la jerarquización socio-política siguió basándose en el poderío económico.

Por contra, lo que marcó el carácter específico de la Revolución Francesa fue el hecho de que, en su asalto al poder político e institucional, la burguesía tuvo que recurrir a las masas populares para quebrar la tenaz oposición a todo compromiso de una parte considerable del estamento aristocrático. Esta contingencia fue la causa que obligó a la clase burguesa a efectuar ciertas concesiones circunstanciales y estratégicas a las capas populares, lo que habría de desencadenar una serie de consecuencias cuyos ecos perdurarían hasta mucho tiempo después.

Por lo demás, las convulsiones sociales que posibilitaron el acaparamiento del poder político por parte de la burguesía no fueron más que la culminación de un proceso que se venía gestando desde mucho tiempo atrás. En el siglo XVIII, e incluso antes, la burguesía francesa dominaba por completo el panorama económico de aquel país, situándose a la cabeza tanto del comercio como de la industria y las finanzas. De sus filas procedían igualmente la mayor parte de los cuadros técnicos de la administración monárquica. Por otra parte, el esquema ideológico burgués y su escala de valores (presidida por el culto al dinero) impregnaban desde hacía tiempo la mentalidad de las capas superiores de la clase aristocrática. Ya es bien significativo el hecho de que los conciliábulos donde se incubaron y desde donde se propalaron las consignas burguesas de la Ilustración encontraran su mejor acogida en los salones de la aristocracia.

Naturalmente, la burguesía tenía plena consciencia de que su hegemonía económica y su ascendiente ideológico sobre la población le facultaban para abordar la segunda fase del proceso, esto es, la conquista del poder institucional.

Con todo, la colaboración que la burguesía encontró entre una porción importante de las clases populares, y la favorable acogida de que gozaron sus señuelos ideológicos, debieron buena parte de su éxito a la profunda degradación en que se hallaba sumido en Antiguo Régimen y sus estructuras de mando. Por lo que se refiere al estamento eclesial, otro de los pilares seculares del orden aristocrático, su grado de putrefacción había alcanzado cotas igualmente considerables; al punto que en la Francia de entonces las palabras clérigo y disoluto llegaron a convertirse poco menos que en términos sinónimos. Todo ello sin olvidar que una parte considerable del alto clero compartió desde muy pronto los postulados de la nueva ideología, y que casi la mitad de los párrocos franceses juraron fidelidad a la Constitución de 1790, que consagraba los principios del nuevo régimen.

La profunda aversión al estamento clerical y a sus usos depravados, unido al arraigo que, pese a todo, siguieron manteniendo las creencias religiosas entre amplios sectores de la población, fueron bazas que la oligarquía burguesa supo instrumentalizar en cada coyuntura como mejor convino a sus intereses. En un primer momento tales resortes sirvieron para la confiscación de los bienes eclesiales (cuya adquisición proporcionó a la burguesía revolucionaria beneficios inmensos), así como para canalizar la penuria y la indignación de las masas contra la reacción aristocrática. Pero, una vez consolidados sus objetivos y alcanzada la hegemonía institucional, la burguesía dirigente execró los excesos de las turbas que ella misma había instigado y apeló de nuevo a las viejas creencias, viendo en ellas un factor de control y estabilización de su orden social. Nadie sería más explícito a este respecto que Napoleón Bonaparte, cuando afirmara que *"la sociedad no puede existir sin la desigualdad de las fortunas, y la desigualdad de las fortunas no puede existir sin la religión"*. Esta frase refleja a la perfección el concepto que del hecho religioso tuvo siempre la mentalidad burguesa, una mentalidad patológica en su esencia y patógena en su proyección.

A la descomposición del Antiguo Régimen, que sin duda constituyó un factor básico en el desencadenamiento del proceso, se sumó la regresión económica sobrevenida a partir de 1778, y que en realidad no fue sino el detonante. En efecto, aunque el siglo XVIII había constituido hasta ese momento un período de prosperidad, muy especialmente durante la fase comprendida entre 1760 y 1776, a partir de 1778 se desencadenó una etapa de contracción económica que culminaría finalmente en la gran crisis de 1787, con todo su cortejo de penurias y miseria. Esa circunstancia, que tan oportunamente iban a explotar los promotores de la Revolución, no fue, conviene reiterarlo, sino el desencadenante de una situación larvada cuyo mar de fondo se venía gestando desde mucho antes. De hecho, carestías y hambrunas de envergadura incomparablemente mayor a las que se produjeron entonces las ha habido por docenas a lo largo de la historia, sin que ello comportara la caída del sistema anterior y la implantación de un nuevo régimen. Y es que, para que esto último sucediera en 1789 se precisó de algo más. Hizo falta, en primer término, la profunda decadencia de la casta dominante que entonces se dio, y el progresivo descrédito en el que, como lógica consecuencia, se vieron envueltos los valores que esa vieja oligarquía había venido utilizando para legitimar su autoridad. Pero fue necesaria, además, la presencia de una estructura organizada capaz de llevar a cabo una labor sistemática de demolición cultural y de agitación social, como lo era la maquinaria que venía preparando desde hacía tiempo el asalto de la burguesía al poder político e institucional. Sobra decir que en todo ese ejercicio de fuerza, el tan largamente invocado papel de las masas no fue sino el de mera comparsa, como los acontecimientos sucesivos demostrarían hasta la saciedad.

Nada menos oportuno, por tanto, que extenderse en argumentos para desmontar el mito de la revolución espontánea, una más de las innumerables patrañas consagradas por la intoxicación oficial. Además de la

experiencia histórica (y de la lógica más elemental), que ha acreditado sin excepción que las revueltas populares verdaderamente espontáneas jamás rebasaron el grado de simple motín, se cuentan por centenares los datos y los testimonios que no dejan lugar a dudas sobre la autoría de la orquestación.

Esa estructura minuciosamente organizada a través de la cual la oligarquía burguesa alcanzó sus objetivos no fue otra que la francmasonería, una organización que, por el papel desempeñado a todo lo largo de la época moderna, es merecedora de un tratamiento exhaustivo imposible de abordar aquí; bastará, por el momento, con reseñar algunos datos que permitan hacerse una idea de su decisiva participación en aquel suceso.

Bien podría empezarse, pues, significando el hecho de que todos los ideólogos del nuevo régimen y de la Revolución, y la totalidad de sus dirigentes políticos, sin ninguna excepción sobresaliente, fueron feligreses de las logias. Desde los teóricos y propagandistas de la primera hora, como D'Alembert, Montesquieu, Rousseau, Condorcet o Voltaire, hasta los activistas más destacados del proceso revolucionario, del Directorio y del régimen bonapartista, como Mirabeau, Desmoulins, Robespierre, Danton, Saint-Just, Marat, Hebert, Fouché, Siéyès, o el propio Napoleón. Todo ello sin contar, claro está, los innumerables clérigos afiliados a la secta. Masónicos igualmente eran los símbolos republicanos (gorro frigio, bandera republicana) y el himno revolucionario (la marsellesa), compuesto por el adepto Rouget de L'Isle y cantado por vez primera en la logia de los Caballeros Francos de Estrasburgo. Lo mismo podría decirse de las consignas ideológicas, comenzando por la más hipócrita y falaz de todas ellas ("libertad, igualdad, fraternidad"), amparo desde entonces de masacres y tiranías, y artificio que bastante antes de convertirse en el eslogan señero del régimen burgués era ya la divisa de las logias masónicas. Bien es cierto que sus creadores y propaladores nunca han interpretado tan capcioso señuelo con el papanatismo habitual de sus incautos destinatarios, sino de un modo muy distinto. Véase, si no, el modo en que se manifestaba sobre ese particular Jules Boucher, alto grado de la Gran Logia de Francia, en declaraciones recogidas por el órgano oficial de dicha logia, la revista *Humanisme*, en su número de abril 1990:

"¿Libertad? La libertad masónica es muy relativa. La masonería ha multiplicado las obligaciones a las cuales debe someterse el francmasón, lo que significa obediencia, y dictado reglamentos draconianos cuya enumeración precisaría un volumen de casi doscientas páginas. ¿Igualdad? La masonería es la negación misma de la igualdad. Sus grados y su jerarquía recuerdan constantemente al francmasón que la igualdad es un mito. ¿Fraternidad? El masón sincero constata con pesar que la fraternidad no es más que una palabra vacía de sentido en su aplicación real".

Esto vale como muestra de lo que, desde hace tiempo, se ha convertido ya en táctica habitual de los grupos de poder multinacional, propaladores a través de sus voceros (grandes medios de comunicación) de filantropías y mundialismos de probados efectos hipnóticos sobre las masas, aunque no se trate sino de falacias dirigidas a consolidar la hegemonía de tales grupos, cuyas prácticas constituyen la antítesis de sus espúreas monsergas.

Por lo que se refiere a la participación fáctica de la francmasonería en el proceso revolucionario, ostensible ya desde el primer momento, tampoco escasean los testimonios de la propia casa que reducen a escombros la falacia de la espontaneidad. Figura entre ellos el de M. Zeller, gran maestro del Gran Oriente Francés, quien en 1973, con motivo del bicentenario de la fundación de esa logia, declaraba lo siguiente:

"Las logias masónicas fueron el crisol donde se ha formado, desarrollado y enriquecido el pensamiento republicano y progresista. Ellas constituyeron a través de Francia entera una vasta asamblea en el seno de la cual se elaboraron los programas y las perspectivas de lucha que debían permitir el nacimiento y el desarrollo del régimen republicano".

En la misma línea se sitúan las manifestaciones de M. Béhar, gran maestro del Gran Oriente de Francia, a la revista *Humanisme*, en mayo de 1975:

"En Francia, es en el seno de las logias masónicas donde se elaboraron las ideas que han sido en buena medida el motor de la revolución burguesa de 1789";

a lo que la propia revista añadía:

"Es conveniente recordar que la francmasonería está en el origen de la Revolución Francesa....Durante los años que precedieron a la caída de la monarquía, la Declaración de los Derechos del Hombre y la Constitución fueron larga y minuciosamente elaboradas en las logias masónicas. Y, naturalmente, desde que fuera proclamada la República Francesa se adopta la divisa prestigiosa que los francmasones habían inscrito siempre en el Oriente de su Templo: Liberté, Egalité, Fraternité".

Más explícito aún habría de ser un francmasón de tronío, el Doctor Encausse, quien en su obra *"Traité élémentaire d'occultisme"* dejó escritas estas palabras:

*"Hay ingenuos que abren los libros de Historia donde se encuentra una idílica imagen representando a un señor que gesticula y que grita ¡A la Bastilla! Esos incautos se figuran simplemente que la toma de la Bastilla se efectuó gracias al furor popular desencadenado por el gesto soberbio del tribuno. Sin embargo, yo lamento decirles que se engañan grandemente, pues hicieron falta cuarenta y dos años para preparar el grito de Camille Desmoulins. Para tomar la Bastilla fue necesario que todos los oficiales que debían estar de guardia en Versalles ese día pertenecieran a la orden masónica; hizo falta asegurarse la complicidad de los más altos servidores del rey; y se necesitó que los cañones que sirvieron para la toma de la Bastilla fueran transportados a los Inválidos quince días antes por hombres entregados a la causa. En fin, fue preciso **orquestrar** una revuelta y lanzar a los parisinos al asalto de la fortaleza del Estado".*

Los hechos a los que aludiera el Doctor Encausse fueron minuciosamente descritos por Funck-Bretano en *"Légendes et archives de la Bastille"*, un documento riguroso y exhaustivo en el que se desvelan las claves de esa gran falsificación histórica, una más entre otras tantas, así como el papel desempeñado en aquel suceso por las bandas de criminales a sueldo reclutados en Alemania y Suiza por la Logia de los Illuminati, y financiados por los traficantes y agiotistas de Estrasburgo. En esa obra se revela igualmente la identidad de los reclusos de la Bastilla, las famosas *"víctimas políticas del absolutismo"* liberadas por los asaltantes. Siete eran los prisioneros: de Whyte y Tavernier, dos pobres enajenados que inmediatamente después serían reclusos por el régimen republicado en Charenton; el conde de Solages, un libertino culpable y convicto de crímenes espeluznantes; y cuatro defraudadores; Laroche, Béchade, Pujade y La Corrège, encarcelados por falsificar letras de cambio en perjuicio de dos banqueros parisinos, un hecho que no impediría al sistema plutocrático surgido a raíz de aquel suceso elevarlos a la categoría de víctimas de la tiranía. Peor suerte correrían tres años después los ocupantes de las cárceles y hospicios parisinos del régimen de la *"fraternité"*, ocupantes que fueron masacrados en masa y entre los cuales figuraban delincuentes comunes, enfermos mentales, mendigos y niños abandonados.

En último término convendrá significar que la masonería moderna es, entre otras cosas, sinónimo de plutocracia. No obstante, se engañaría quien pensara que la operatividad de esta organización se reduce a sus objetivos hegemónicos en el terreno económico y político, ya que en el ámbito ideológico ha venido desempeñando asimismo un papel determinante a la hora de conformar la mentalidad actual. Y es que sin el arraigo social de sus falacias humanistas, ese repertorio de tópicos que sirven de cobertura al materialismo moderno, tal hegemonía nunca habría sido posible.

Vistos ya los resortes que desencadenaron la Revolución, es llegado el momento de analizar el desarrollo ideológico y político del proceso revolucionario que dio paso a la instauración en Francia del modelo capitalista y del régimen burgués. Y al hacerlo comprobaremos que la Revolución Francesa no solamente fue el marco embrionario en el que se gestaron las corrientes políticas surgidas posteriormente, sino también la matriz ideológica de casi todos los clichés fraudulentos que conforman la mentalidad actual. Y los que no se fraguaron allí lo habían hecho anteriormente en el otro hemisferio del universo burgués, al otro lado del Atlántico.

Como parece evidente, nada puede ser más oportuno a la hora de iniciar dicho análisis que abordar el contenido del eslogan señero de la Revolución, el ya célebre enunciado "*liberté, égalité, fraternité*". De lo que se trata, pues, es de escrutar lo que, con arreglo a los hechos, constituía el contenido real de aquella tríada hipnótica.

Efectivamente, lo primero que reclamaba la burguesía emergente era la libertad, pero no tanto la libertad política, que no habría de ser sino un instrumento a su servicio, como la libertad económica, es decir, la de empresa y beneficio, factores imprescindibles para garantizar la consolidación y el desarrollo del capitalismo. Es cierto que la Declaración de Derechos de 1789 no recogió tales conceptos, y ello por dos razones muy simples: la primera, que no era preciso explicitar algo tan obvio para los artífices del nuevo régimen; y la segunda, porque el hacerlo habría despertado el recelo de las masas populares, fuertemente apegadas al sistema económico tradicional, que a través de la tasación y la reglamentación aseguraba en gran medida sus medios de subsistencia.

Pero la dinámica de los hechos demostró desde el primer momento que el liberalismo económico constituía la piedra angular del nuevo régimen. Así, la ley Allarde del 2 de marzo de 1791 suprimió no sólo las prerrogativas reales de la industria manufacturera, sino también las corporaciones y asociaciones gremiales, base de la economía productiva artesanal. Simultáneamente fueron decretadas la libertad mercantil y la libertad laboral, aunque eso sí, en virtud de la ley Le Chapelier del 14 de junio de 1791, quedaron excluidos del nuevo marco "libertario" los derechos de asociación y de huelga.

En el ámbito rural, la redención de las rentas establecida por el Decreto del 3 de mayo de 1790, y la supresión de los diezmos decretada el 11 de marzo de 1791, fueron un malabarismo infame que, además de beneficiar exclusivamente a los propietarios, abocó al campesinado francés a una situación aún peor que la que padecía antes. No en vano se estaban sentando las bases del capitalismo "liberal", en virtud del cual la libertad pasaba a ser una abstracción puramente ornamental para los más, al tiempo que un útil de acaparamiento y poder para una reducida minoría.

Con anterioridad a todas esas medidas, ya en noviembre de 1789 habían sido confiscados todos los bienes eclesiales, a los que se añadirían tiempo después los recursos expropiados a los exiliados del Terror. Fueron los denominados "bienes nacionales", que constituyeron una fuente de beneficios inmensos para la burguesía jacobina, y cuya titularidad pasaría a manos de la nueva clase dominante.

En el terreno de las libertades civiles y políticas, la revolución burguesa dejó bien claro desde el principio cuál era el sentido de su magnánima liberalidad. Ya en los años de la Ilustración, los editores de la libérrima Enciclopedia, Diderot y D'Alembert, se habían dirigido a Malesherbes, responsable de las publicaciones durante el reinado de Luis XVI, para solicitarle la censura y, en su caso, el secuestro de todos aquellos escritos que criticasen la Enciclopedia. Pero el infortunado funcionario, protector y valedor, por otra parte, de los enciclopedistas ante la Administración real, tuvo la mala ocurrencia de rechazar dicha solicitud. Tiempo después, en 1794, habría de pagar muy cara su torpe interpretación de la tolerancia burguesa, siendo guillotinado. Aquello no fue más que un simple antecedente de la tolerancia actual, en cuyo nombre

la Inquisición progresista exige el absoluto respeto para sus clichés ideológicos y sus esnobismos sórdidos, mientras reduce al silencio o a la ignominia (cuando no puede ir aún más lejos) a quienquiera que se atreva a rebatirlos.

No obstante los negros presagios enciclopedistas, una vez desencadenado el proceso revolucionario la situación mejoraría ostensiblemente. La libertad religiosa fue abolida, permitiéndose únicamente los cultos disidentes. La libertad de prensa corrió parecida suerte. En 1792, y sólo en París, fueron clausurados de un plumazo once diarios: *La Hoja del Día*, *El Amigo del Rey*, *La Gaceta Universal*, *Los Anales Monárquicos*, *La Gaceta de París*, *El Diario de París*, *El Espectador y Moderador Nacional*, *El Diario de la Corte y de la Villa*, *El Boletín de Medianoche*, *El Diario Eclesiástico*, y *El Logógrafo*. Eran todavía los buenos tiempos, pues lo peor estaba aún por ocurrir.

Por lo que se refiere los derechos civiles más relevantes, como el de ingresar en la Guardia Nacional o el de sufragio, ambos estuvieron limitados, con arreglo a los cánones de la democracia censataria, a los ciudadanos activos, esto es, a aquéllos cuyo nivel de rentas les permitía pagar la contribución directa, inasequible para la mayoría. Muy pronto comprobaremos cómo fue modificada temporalmente esa situación durante los momentos álgidos del proceso revolucionario, y de qué forma se restableció después.

Sobre los otros dos términos del tríptico no merece la pena extenderse, ya que hablar de igualdad en un sistema cuyo fundamento social y político es esencialmente oligárquico no pasaría de ser un escarnio. En cuanto a la fraternidad, esa flor que, como todo el mundo sabe, se desarrolla pródigamente en la sociedad competitiva y materialista alumbrada por el capitalismo moderno, bastará con remitirse a las calamidades y matanzas que el nuevo régimen perpetró para consolidarse si se quiere comprender su exacta significación.

Pero el elemento central del sistema burgués a la hora de articular su régimen político, y el que suscitaba, alternativamente, el apoyo y el recelo de las capas subordinadas de la población, fue, sin duda, el concepto de democracia. Y aquí, como en tantos otros aspectos, la Revolución Francesa, en tanto que paradigma del modelo burgués, habría de marcar las pautas y sentar los dogmas vigentes en el mundo actual.

No existe la menor duda acerca de lo que clase burguesa entendía por democracia. De hecho, para los más celebrados teóricos del nuevo régimen político, el modelo a seguir no podía ser otro que el sistema representativo ya establecido con anterioridad en Inglaterra y Norteamérica. El propio Montesquieu, máximo ideólogo de la democracia burguesa, había dejado bien clara su posición al respecto cuando en "*El Espíritu de las Leyes*" escribiera:

"La mayoría de las repúblicas antiguas adolecían de un gran defecto: en ellas el pueblo tenía derecho a adoptar resoluciones activas, que exigen algún tipo de ejecución, cosa de la que aquél es totalmente incapaz. El pueblo debe participar en el gobierno exclusivamente para elegir a sus representantes".

Pero, como resulta obvio, esa concepción tuvo que modificarse circunstancialmente cuando la burguesía precisó del concurso de las masas para doblegar la resistencia aristocrática. Esa fue la razón de que, tres años después de iniciarse el curso revolucionario, la Convención concediera el sufragio general. Lo malo es que tal medida no consiguió colmar las expectativas de las clases populares, convencidas de que sus sacrificios en pro de la causa revolucionaria debían ser retribuidos con mejores recompensas. No menos ajenas a sus pretensiones ilusorias fueron las demagógicas llamadas de los activistas burgueses a la soberanía del pueblo, una mera entelequia que éste acabaría interpretando de modo consecuente al pie de la letra.

Bien es cierto que las florituras de algunos ideólogos burgueses contribuyeron a dotar de tintes más vistosos al nuevo régimen, pero al precio de provocar expectativas imprevistas. Tal fue el caso de Rousseau, que se permitió escribir sobre el parlamentarismo británico en estos esclarecedores términos:

"El pueblo inglés cree ser libre, pero se equivoca gravemente; solamente lo es durante la elección de los miembros del Parlamento, pero una vez elegidos éstos, es un esclavo, no es nada. En las antiguas repúblicas el pueblo nunca tuvo representante alguno, no se conocía esa palabra....Desde el momento en que el pueblo se da representantes, deja de ser libre, deja de existir".

Lo curioso es que, después de su demoledor análisis del sistema representativo, elemental, por otra parte, y tal vez comprendiendo que había ido más allá de lo conveniente, el escritor ginebrino se apresuró a atemperar sus atrevidos juicios mediante una fórmula de compromiso a mitad de camino entre la pseudodemocracia representativa. o formal. y la democracia real. Fórmula que sería adoptada posteriormente por la demagogia jacobina para granjearse el apoyo de las masas y que podría resumirse en los siguientes puntos: el modelo representativo se aceptaba como el único válido, pero a cambio de ciertas garantías; los diputados elegidos por el pueblo no serían sus representantes, ya que la voluntad soberana es inalienable, sino únicamente sus "comisarios"; y las leyes emanadas de la Asamblea de comisarios carecerían de valor en tanto no hubieran sido refrendadas por el pueblo. Todos estos planteamientos marcan la frontera más lejana a la que, en el plano teórico, llegaría jamás la democracia burguesa, aunque no es necesario decir que ni remotamente han sido nunca llevados a la práctica. Tiempo después el bolchevismo marxista, trasunto perfecto de la dictadura jacobina, iría aún más lejos que aquélla, tanto en su espúrea demagogia como en su totalitarismo criminal.

La retórica democrática de la burguesía surtió pronto los efectos previstos, aunque no tardaron en añadirse otros menos deseados. A fuerza de vociferar el eslogan de la soberanía del pueblo, éste acabó por tomarlo no como la metáfora hipnótica que en realidad era, sino como una posibilidad real. Buena muestra de ello fue la moción aprobada por las secciones *sans-coulottes* parisinas, que uno de sus portavoces, el *enragé* Varlet, redactó en estos términos:

"Invitamos al departamento de París, parte integrante del pueblo soberano, a apoderarse del ejercicio de la soberanía; autorizamos al cuerpo electoral de París a renovar los miembros de la Convención traidores a la causa del pueblo".

Pese a todo, ése era un riesgo que la burguesía francesa tenía que correr para abatir tanto a la resistencia interna como a la amenaza foránea, un riesgo calculado e imprescindible en todo caso para consolidar su asalto al poder institucional. De ahí las concesiones del año 1792 a los ciudadanos pasivos, otorgándoles el derecho al voto y la franquicia para ingresar en las filas de la Guardia Nacional, prerrogativas hasta entonces exclusivas de la minoría burguesa que pagaba la contribución censataria. Durante el año siguiente las dificultades acarreadas por la guerra exterior, que en el caso de derrota habría significado el colapso del régimen republicano, obligaron a la burguesía dirigente a paliar la extrema penuria desencadenada por la Revolución mediante una serie de concesiones económicas. El motivo de fondo no era otro que la imperiosa necesidad de ganar la guerra, y para ello no había otro remedio que conciliarse temporalmente con las masas *sans-coulottes* que nutrían el ejército revolucionario. Un miembro de la Convención, el diputado Baudot, resumiría tiempo después aquellas circunstancias de forma explícita en sus "*Notes Historiques*" con estas palabras:

"Solamente las masas populares podían derrotar a las tropas extranjeras; por consiguiente había que sublevarlas e interesarlas por el éxito de la Revolución. La burguesía, además de pacífica, era poco numerosa para un movimiento de esa envergadura".

El grado de oposición interna y las guerras exteriores marcaron, pues, el pulso y los vaivenes políticos del proceso revolucionario. Cada fracaso militar conducía a una mejora momentánea de las condiciones de vida y de las prerrogativas políticas de las masas; cada victoria, a un debilitamiento de las mismas. Debe especificarse, además, que, en lo fundamental, esas guerras exteriores nunca obedecieron, como a menudo sostiene la intoxicación oficial, a razones de antagonismo ideológico entre la Europa monárquica y la Francia republicana, sino a los sórdidos intereses habituales de quienes desencadenan tales conflictos sin sufrir sus consecuencias. Prueba de ello es que la Inglaterra "democrática" y burguesa, principal antagonista militar de la nueva "democracia" francesa, no se opuso al proceso revolucionario hasta que éste entró en colisión con sus intereses comerciales. Por su parte, la burguesía francesa sufragó los gastos de la Revolución y de la guerra con los bienes expropiados y a través de la inflación, que sumió al país en una penuria calamitosa. No sólo no desembolsó ni un céntimo para costear sus "patrióticas" contiendas, sino que obtuvo de ellas beneficios inmensos merced al negocio de los suministros al Ejército.

A finales del invierno de 1794, ahogada en sangre la oposición interna y conjurada la amenaza exterior, los acontecimientos se precipitaron en la dirección prevista y en la única que podían hacerlo. En marzo era licenciado el Ejército Revolucionario, integrado en su práctica totalidad por descamisados, y pieza clave hasta poco antes tanto de las campañas militares como de la represión interna. Inmediatamente después eran suprimidos los comisarios para la vigilancia del acaparamiento de víveres, y daba comienzo el desmantelamiento de la Comuna y de las unidades seccionarias, núcleos políticos de las organizaciones populares. La depuración iniciada contra los hebertistas en marzo de 1794 siguió su curso implacable a lo largo de todo un año, para culminar en la jornada del 4 Pradial (23 mayo 1795) con la rendición incondicional del barrio Saint-Antoine, último reducto *sans-coulotte*.

Simultáneamente, el proceso de depuración política fue acompañado por una labor paralela de violencia callejera. Dada su condición "pacífica" (según la expresión empleada por el citado Baudot en sus *Notes Historiques*), la burguesía se sirvió en cada momento de los elementos oportunos para conseguir sus propósitos. Durante el período revolucionario había instigado los más bajos instintos de las turbas para instaurar su régimen de terror y hecho uso de los descamisados para laminar cualquier clase de resistencia. Una vez concluida esa primera fase con sus objetivos cubiertos, usó a las juventudes doradas realistas para liquidar definitivamente los restos del movimiento *sans-coulotte*.

En agosto de 1795 era promulgada una nueva Constitución, que retornaba al sistema censatario y consagraba explícitamente el poder oligárquico y el beneficio como pilares del régimen republicano. La mascarada sangrienta había terminado.

En el capítulo político-ideológico, al igual que en los restantes, la Revolución Francesa fue un 'banco de pruebas' en el que se desarrollaron la mayor parte de las pautas y estereotipos consagrados posteriormente. No estará de más, por tanto, describir someramente la composición y actitud de las diversas facciones políticas que concurrieron en aquel proceso.

El estamento burgués, auténtico promotor de dicho proceso, estaba integrado por dos grandes grupos, girondinos y jacobinos, cuya equivalencia contemporánea vendría a corresponder a la derecha conservadora y a la izquierda progresista respectivamente. De entonces arranca la falacia de la división entre izquierdas y derechas que tan rentables beneficios ha venido rindiendo al Sistema. También por aquellos años se operó una especie de ósmosis en virtud de la cual se amalgamaron hasta prácticamente confundirse la izquierda burguesa y los elementos más oportunistas y ambiciosos de los estratos populares, algo que desde aquel momento ha venido siendo una constante. Sobra decir que la mentalidad de las diversas facciones que se disputaron el poder político era esencialmente la misma, aunque en no pocos casos sus intereses inmediatos resultaran contrapuestos.

La **Gironda** representaba a la gran burguesía comercial, cuyos intereses no eran necesariamente antagónicos, sino más bien compatibles, con los de la alta aristocracia. De ahí que su deseo del primer momento fuese una solución 'a la inglesa', es decir, un régimen parlamentario comandado y compartido por los notables de ambos estamentos. Pero el desarrollo posterior de los acontecimientos la llevaría a adoptar posturas muy diversas que fluctuaron en la medida que lo hicieron los avatares del proceso revolucionario. Hubo momentos en que accedió a una alianza táctica con los sectores más radicales de la Montaña, llegándose incluso a producir un considerable trasvase de diputados girondinos al bando jacobino, alentado por el sustancioso botín que para estos últimos supuso la adquisición de los llamados "bienes nacionales". Pero la preocupación constante de la facción girondina, la razón fundamental de su recelo permanente fue el temor a que el proceso político iniciado para consolidar su posición acabara desbordándose.

Sin embargo, y pese a las inclinaciones de la burguesía girondina hacia una solución de compromiso, éste no pudo alcanzarse, y ello por dos razones fundamentales. La primera, porque tal compromiso conllevaba una serie de reformas económicas acordes con el nuevo modelo capitalista, reformas que suponían la bancarrota total para buena parte de la nobleza y, por tanto, inaceptables para ésta. Y la segunda, y no menos importante, porque de haberse llevado a buen término esa fórmula de compromiso, la posición de la mediana y pequeña burguesía se habría visto relegada a un lugar secundario, y eso era algo que aquélla no estaba dispuesta a permitir. Su firme propósito de participar en el reparto de la tarta llevó, por tanto, a la burguesía jacobina a radicalizar el proceso, para lo cual hubo de desplegar toda su capacidad demagógica y realizar las concesiones ya comentadas al objeto de involucrar en su empresa a las masas. Fue de esta forma como el bando jacobino consiguió hacerse con las riendas de la Revolución. De hecho, todos los mecanismos del Poder estuvieron en sus manos en los momentos álgidos del proceso, y a través de ellos pudo aplastar cualquier oposición disidente y canalizar en su provecho las pretensiones y los excesos de las masas *sans-coulottes*. A su inicial dominio de la Convención, órgano legislativo que detentaba la "soberanía del pueblo", se uniría posteriormente el acaparamiento casi absoluto de los cargos ejecutivos del Gobierno Revolucionario.

Por otra parte, la hegemonía de la facción jacobina en los centros de poder institucional iba acompañada de una estrategia política extraordinariamente eficaz, y en la que puede reconocerse el modelo prototípico adoptado después por los partidos de izquierda. En efecto, dada la necesidad de contar con un respaldo extendido, la burguesía jacobina se granjeó el apoyo de las masas a través del radicalismo populista, un papel hábilmente interpretado por demagogos de la talla de Danton o Robespierre. Como sería norma posteriormente, ese cometido lo desempeñaron entonces individuos procedentes de la pequeña y media burguesía, con algunas excepciones de baja extracción social (Danton). Un surtido elenco de demagogos y arribistas ávidos por escalar posiciones y codearse con la alta sociedad. Tal vez fuera el infortunado Varlet quien mejor retrató a la izquierda jacobina, a los "patriotas" revolucionarios, cuando en las páginas de su periódico les dedicara estas palabras:

"Ayer no teníais otra cosa que un comercio minúsculo, y hoy tenéis almacenes inmensos; ayer no erais sino empleados insignificantes de oficinas y hoy armáis barcos de guerra; ayer vuestra familia tendía la mano al primer llegado, y hoy hace alarde de un lujo insolente. En verdad que ya no me sorprende que haya tantas personas amantes de la Revolución; les ha proporcionado un buen pretexto para acumular patrióticamente y en poco tiempo riquezas sobre riquezas".

Visto ya el cometido político y la procedencia social de los demagogos populistas, cuya plataforma de actuación se situaba en la Convención y en las innumerables sociedades adscritas al Club de los Jacobinos, no queda sino dirigir la mirada hacia los miembros del Ejecutivo, donde operaban los técnicos. ¿Quiénes eran, pues, esos tecnócratas del Comité de Salud Pública? Por su origen social, la mayor parte de ellos pertenecían

a la alta burguesía. Jeanbon Saint-André, director de la Marina, era hijo de un gran fabricante, al igual que Joseph Cambon, máximo responsable de las Finanzas. Robert Lindet, director de las Subsistencias, era hijo de un rico negociante y antiguo procurador del rey. El jefe de la Diplomacia, Bertrand Barère, procedía de una acaudalada familia de juristas y poseía la titularidad del feudo de Vienzac. Lazare Carnot, el organizador del Ejército, era ex-oficial de la Armada Real e hijo de un acaudalado notario.

Unos y otros se complementaban mutuamente. Los tecnócratas conducían con eficacia los intereses vitales del nuevo régimen capitalista, aunque debido a su posición social carecían de la credibilidad necesaria para despejar la desconfianza y el recelo que inspiraban a los *sans-coullottes*. Y los demagogos políticos de la pequeña y mediana burguesía, faltos de preparación técnica, se encargaban con su retórica populista de interesar a las masas en el éxito de la causa revolucionaria emprendida para la instauración del régimen burgués.

No podrá cerrarse este repaso a las facciones políticas que protagonizaron la Revolución sin aludir al hebertismo, considerado por la mayor parte de los tratadistas como la vanguardia del movimiento *sans-coullotte*, un término, este último, sumamente genérico, y bajo el que se amalgamó un complejo y heterogéneo amasijo de categorías sociales tan diversas como el maestro artesano y los asalariados que trabajaban para él, el pequeño tendero, el incipiente proletariado urbano, y un variado lastre de buscavidas, aventureros y otras especies de lumpen.

El ideario *sans-coullotte* se resumía en dos puntos:

- en lo **económico**, imposición de un máximo a las fortunas, de tal manera que ninguna persona pudiera poseer un patrimonio superior a ese máximo, que se cifró en el equivalente a la pequeña propiedad artesanal o comercial; y
- en el **terreno político**, establecimiento de una democracia efectiva, en virtud de la cual las leyes de la Asamblea y los decretos del Ejecutivo carecerían de validez hasta haber sido sancionados por la ciudadanía, que, además, tendría la facultad de controlar y, en su caso, revocar a sus elegidos. Un ideario, huelga decirlo, que chocaba frontalmente con la libertad de empresa y de beneficio y con el modelo representativo postulados por el nuevo régimen capitalista; y una visión de la sociedad que, como también se podrá apreciar, nada tenía en común con las tesis que más tarde iban a elaborar los doctrinarios burgueses del totalitarismo colectivista.

Pues bien, la supuesta avanzadilla de esas clases populares eran los hebertistas y *cordeliers*, una mezcla de medradores pequeño-burgueses (Hebert, Ronsin) y arribistas plebeyos (Chaumette, Rosignol, Santerre), íntimamente vinculados a la burguesía jacobina, y cuyo máximo empeño era encumbrarse política y económicamente a través del acaparamiento de cargos en los Departamentos Ministeriales (especialmente el de la Guerra) del Consejo Ejecutivo, organismo reducido finalmente a la nada por el Comité de Salud Pública. Esta camarilla de oportunistas, que sirvieron a la causa burguesa al tiempo que se servían a sí mismos, habían colaborado estrechamente con el partido jacobino en la eliminación de los actores más desinteresados de aquel funesto episodio, Roux y Varlet, escarnecidos por añadidura con el apodo peyorativo de "*enragés*", aunque al final, en justo premio a su bajeza, acabaron corriendo la misma suerte que aquéllos.

Apenas concluida la Revolución Francesa, comenzaron ya a manifestarse los primeros efectos de su múltiple herencia ideológica; y no solamente merced a los postulados políticos, económicos y sociales propios del sistema capitalista que instauró, sino también a través de los esbozos colectivistas pergeñados por uno de sus herederos inmediatos, el agrimensor y geómetra Gracchus Babeuf. Comenzaban así los análisis superficiales y en clave exclusivamente material de las sociedades humanas, y se iniciaba la siniestra

dinámica de las alternativas materialistas y economicistas al materialismo y el economicismo burgués, elaboraciones todas ellas producto de una misma mentalidad. Los utopismos rudimentarios de Babeuf serían recogidos y perfilados más tarde por Buonarrotti, Blanqui y otros ideólogos burgueses del colectivismo, para desembocar finalmente en el socialismo científico del "proletario" Carlos Marx, quien, refundiendo las provechosas enseñanzas de la dictadura jacobina con su gélida pseudociencia, pudo alumbrar por fin la fórmula magistral. Pero éste es un tema del que nos ocuparemos más adelante.

No podrá cerrarse este análisis sin aludir a otros dos importantes aspectos en los que la Revolución Francesa fue precursora y pionera. Se trata del totalitarismo y del genocidio, dos temas de permanente actualidad en nuestros días, y que el sistema capitalista no deja de instrumentalizar, aunque tales lacras, como tantas otras que han asolado el mundo moderno, hundan sus raíces precisamente en las concepciones ideológicas alumbradas por las revoluciones burguesas.

No había transcurrido mucho tiempo desde que el Comité de Salud Pública fuese creado (6 Abril 1793) cuando, en el verano de ese mismo año, comenzó a gestarse la dictadura jacobina que muy pronto se iba a implantar. Un hecho, por otra parte, en el que la propia estructura organizativa del bando jacobino desempeñaría un papel determinante. En efecto, el Club de los Jacobinos se había convertido desde bastante antes en una perfecta maquinaria de poder; un entramado que, en palabras de uno de sus dirigentes, Camille Desmoulins, "*abarca en su correspondencia con sus sociedades filiales todos los rincones y recovecos de los ochenta y tres Departamentos franceses*". Esa estructura, perfectamente coordinada bajo la dirección de la matriz parisina, dispuso desde el principio de una capacidad operativa muy superior a la de cualquier otra organización de su tiempo. De hecho, y aunque no adoptara ese nombre, se trataba del primer partido político de la era moderna y de la única estructura de mando plenamente consciente de su poderío en aquel momento. Baste con significar que el Club de los Jacobinos llegó a contar con una red de 3.000 sociedades y alrededor de 40.000 comités repartidos a todo lo ancho del país.

La inspiración netamente despótica del Gobierno Revolucionario constituido en la primavera del año II (1793), se fue perfilando a lo largo del verano hasta desembocar en el Decreto del 14 Frimario (4 Diciembre 1793), que consagraba definitivamente la dictadura del Terror. Las pautas del llamado Gobierno Revolucionario habían sido diseñadas por el jacobino Saint-Just en su informe del 10 de octubre de 1793, informe adoptado por la Convención y a raíz del cual quedaron suspendidas la Constitución, la división de poderes y los derechos individuales, lo que, sumado a la creación de un Tribunal Revolucionario sumarísimo, dio paso al primer ensayo totalitario de la era moderna. Tales medidas eran ratificadas y reforzadas poco después por el citado Decreto del 14 Frimario y por sendos informes de Robespierre (25-Diciembre-1793 y 5-Febrero-1794).

Por lo que se refiere a los pretextos esgrimidos por los modernos apologistas de la dictadura jacobina, que significativamente son los mismos que en su día justificaron el totalitarismo soviético, bastará con acudir a los hechos para constatar que tales pretextos no fueron nunca otra cosa que burdas patrañas carentes del menor fundamento. Las falacias exculpatorias se resumen en dos: la amenaza exterior, representada por los ejércitos realistas extranjeros, y el peligro interno, encarnado en los elementos contrarrevolucionarios. Razones, todas ellas, de indudable peso si se considera que la fecha en que era refrendada la Dictadura del Terror (10 Octubre 1793) coincidió precisamente con el momento en que las citadas amenazas estaban por vez primera bajo control del régimen republicano. En el interior, los últimos restos del federalismo girondino, que nunca constituyó un peligro real, sino más bien un recurso propagandístico, habían sido definitivamente laminados tras la caída de la municipalidad de Burdeos (18-Septiembre-1793) y la toma de Lyon (9-October-1793). Paralelamente, el 17 de octubre de ese mismo año los últimos resistentes de la Vendée eran

aplastados en Cholet. En lo concerniente al frente exterior, la amenaza de invasión había desaparecido por completo en los comienzos del otoño de 1793; más aún, la victoria de Watignies del 16 de octubre sobre los coaligados marcaba el vuelco de la balanza en favor de las armas republicanas.

No fueron, por tanto, esos peligros ya conjurados lo que la burguesía jacobina se propuso erradicar, sino la competencia de todo cuanto pudiera suponer una merma en su ejercicio absoluto del poder. De ahí que el primer objetivo a abatir fuesen las unidades militares y las organizaciones seccionarias *sans-coulottes*, utilizadas hasta entonces como fuerza de choque brutal para laminar a sus primeros oponentes, pero que, una vez reducidos éstos, pasaron a convertirse en un peligroso estorbo que era preciso neutralizar. Pero una vez alcanzados sus primeros objetivos la maquinaria represiva emprendió una dinámica ciega y feroz que golpeaba indiscriminadamente a todo lo que se interpusiera en su camino, una dinámica en la que el poder y el terror ya no se justificaban más que en sí mismos y en su lógica criminal.

A través de los dos organismos que asumieron los poderes excepcionales, el Comité de Salud Pública y el Comité de Seguridad General, la burguesía jacobina pudo instaurar un régimen de dominio cuya naturaleza difería cualitativamente de todo lo conocido hasta entonces. De hecho se trataba de una forma de Poder que, tanto por sus resortes ideológicos, como por sus procedimientos, rebasaba ampliamente los viejos esquemas del absolutismo del Antiguo Régimen. Dicho con otras palabras, lo que se estaba gestando en aquel episodio no era otra cosa que el basamento del totalitarismo moderno. Y así lo vio, adelantándose incluso al desarrollo de los hechos, el *enragé* Leclerc, quien supo vislumbrar la naturaleza de las primeras propuestas de Danton, en el verano de 1793, cuando éste abogara por convertir el Comité de Salud Pública en un órgano de gobierno dotado de poderes excepcionales. "*En esa masa de poderes reunidos -apuntó premonitoriamente Leclerc- no veo otra cosa que una dictadura espantosa*".

En cuanto a la filosofía que inspiró el régimen de Terror instaurado por la dictadura jacobina, nada mejor para captar su alcance y significado que reproducir los términos empleados por el dirigente Couthon, términos que serían recogidos por la ley represiva del 24 Pradial del año II (10-Junio-1794): "*Se trata menos de castigar a los enemigos de la Revolución que de exterminarlos*".

Todo lo dicho guarda, a su vez, un estrecho parentesco con otro de los temas apuntados, el genocidio, pues eso, y no otra cosa, fueron las matanzas perpetradas en la Vendée por la filantropía revolucionaria. Vaya por delante el hecho de que, del aluvión de víctimas causadas por la represión y el Gran Terror, aproximadamente un 86% se registraron en las capas sociales inferiores. Una circunstancia, por otra parte, que desde entonces ha venido siendo la norma de todas las revoluciones desencadenadas para "liberar" a los parias.

Hoy son ya bien conocidas la sevicia y la saña con que el régimen jacobino combatió a sus adversarios, en primera instancia, y seguidamente a todo aquél que no comulgara con sus procedimientos. De la dureza con que fueron reprimidos sus oponentes dan buena cuenta varias órdenes oficiales dirigidas por el Comité de Salud Pública a sus delegados departamentales. Sirva como muestra al respecto el decreto dictado en 1794 para aplastar la rebelión lionesa:

"La ciudad de Lyon debe ser destruida. Sobre sus ruinas se levantará una columna que dará testimonio a la posteridad de los crímenes y el castigo de los realistas de dicha ciudad con esta inscripción: Lyon combatió contra la libertad; Lyon dejó de existir".

Pero donde sin ninguna duda desplegó el Terror jacobino su más abyecta política exterminadora fue en las regiones del noroeste, y especialmente en la Vendée. La proclama emitida por la Convención burguesa tan pronto como tuvo noticia del levantamiento vendeano no dejaba lugar a dudas sobre el fanatismo criminal

con que se iba a desarrollar la represión subsiguiente: "*Se trata de exterminar a los bandoleros de la Vendée para purgar completamente el suelo de la libertad (sic) de esa raza maldita*".

¿Y quiénes eran esos "bandoleros" a los que había que exterminar? En la Vendée, sencillamente toda la población. Una población que, dicho sea de paso, se había decantado en los primeros momentos por el nuevo régimen revolucionario, pero que, al igual que ocurría en otros lugares de Francia, acabó levantándose contra las arbitrariedades, las tropelías, la desolación y la miseria provocadas por aquél. Las levadas masivas decretadas por el poder republicano supusieron el acicate definitivo para el desencadenamiento de la insurrección. Acto seguido, se sucedieron los pronunciamientos criminales de la Convención. "*Se trata de despoblar la Vendée*", rezaba uno de ellos, cosa que fue llevada a cabo de manera sistemática mediante una política de matanzas indiscriminadas de todo cuanto se tuviera en pie: prisioneros, ancianos, mujeres, aunque estuvieran encintas, y niños. Como la destrucción debía ser completa, la Convención elevó sus resoluciones al Comité de Salud Pública para que el territorio rebelde fuera devastado, una de las cuales decía así:

"No se ha incendiado bastante en la Vendée; es preciso que durante un año ninguna persona, ningún animal, encuentren subsistencia en ese suelo".



Lo realmente significativo, pues, del impulso que movió a los pregoneros de la "libertad", la "fraternidad" y los "derechos del hombre", fue su afán no ya de derrotar al oponente, sino de exterminarlo. Buena prueba de ello es que la represión y las matanzas se prolongaron bastante tiempo después de que la rebelión hubiese sido aplastada. Los ahogamientos en masa perpetrados en Nantes en diciembre de 1793, con la situación totalmente controlada por el poder republicano desde varios meses antes, son uno de los varios ejemplos que podrían citarse a este respecto. Centenares de personas fueron ahogadas en dicha localidad tras ser amarradas a embarcaciones provistas de un dispositivo para que se hundieran. En relación con aquel, suceso siniestro aún podría citarse la sangrante anécdota de la amonestación que el Comité de Salud Pública dirigiera a su comisario en la zona, Carrier, por haberse permitido enviar a París 110 detenidos para que el Tribunal Revolucionario los juzgase formalmente, en lugar de liquidarlos *in situ* sin más miramientos.

El episodio 'vendeano', por tanto, no fue otra cosa que un genocidio en toda la regla y con todos los ingredientes de éste, a saber:

- *propósito de exterminio* y no de simple doblegamiento del adversario;
- *represión indiscriminada* dirigida contra toda la población; y
- *alevosía manifiesta* en la prolongación de las matanzas, una vez que el enemigo ya ha sido sojuzgado, obediendo todo ello a un plan consciente y sistemático trazado desde las altas instancias del Poder.

Resumir en media docena de líneas todo lo dicho a lo largo de este epígrafe podría parecer imposible, pero no lo es. Léase, si no, y léase con atención, el contenido de un escrito confidencial que el aristócrata jacobino Mirabeau le envió a Luis XVI durante los primeros meses de la Revolución con el evidente propósito de hacerle ver las ventajas del nuevo Poder que ya despuntaba sobre el viejo y caduco autoritarismo monárquico. Esto era lo que Mirabeau le decía al monarca francés:

"Comparad el nuevo estado de cosas con el Antiguo Régimen, pues es ahí donde nacen los consuelos y las esperanzas. Una parte de las actas de la Asamblea, y la más considerable, es favorable al gobierno monárquico....La idea de no formar más que una sola clase de ciudadanos habría gustado a Richelieu; esa superficie igual facilita el ejercicio del Poder. Varios reinados de un gobierno absoluto no habrían hecho tanto por la autoridad real como este único año de Revolución".

En aquellas breves líneas estaba condensado de manera magistral y con muchas décadas de adelanto el trasfondo del nuevo Poder y la naturaleza de la nueva sociedad que las revoluciones burguesas iban a alumbrar. En unas pocas palabras se apuntaba con diabólica perspicacia la magnitud de un dominio asentado y ejercido sobre una masa uniformizada.

CAPÍTULO II

LA FALACIA BOLCHEVIQUE

Un examen mínimamente riguroso de la evolución y el desarrollo del capitalismo moderno basta para constatar el papel fundamental desempeñado en la consolidación de éste por las dos grandes corrientes político-ideológicas que habrían de presentarse como sus más encarnizados adversarios. Y es que, como bien muestran los hechos, cada confrontación con esos pretendidos adversarios se ha traducido invariablemente en un reforzamiento progresivo del Sistema en vigor. Algo lógico, por otra parte, si se tiene en cuenta que los fundamentos básicos del capitalismo burgués (materialismo, cientificismo, economicismo, etc) constituyeron también la fuente de inspiración de sus teóricos enemigos, el marxismo y el fascismo, que en realidad no serían sino variaciones circunstanciales de un mismo tema. De ahí que esas diversas corrientes, antagónicas en las formas y apariencias, pero complementarias en lo esencial, hayan contribuido a configurar un proceso único plenamente consolidado en la actualidad.

De lo que significó el fascismo, de las causas que lo motivaron, de quiénes lo promovieron y de las utilidades que en su momento rindió, ya se habló en un ensayo precedente. Lo que aún queda por desvelar son las motivaciones que empujan a quienes a toda costa pretenden resucitar su fantasma, cosa que se hará cumplidamente en el último capítulo. Pero de lo que ahora toca ocuparse es del bolchevismo marxista y del régimen soviético.

De entre las diversas contribuciones del marxismo a la configuración de la sociedad contemporánea caben destacarse dos. En el ámbito ideológico, su mayor aportación, su verdadero cometido no sería otro que actuar como amplificador de los postulados materialistas inherentes a la mentalidad burguesa, postulados sin cuyo extendido arraigo el modelo socio-económico vigente en la actualidad nunca se habría impuesto de la forma abrumadora que lo ha hecho. En modo alguno es casual que los grandes foros del mundo capitalista se manifiesten en el presente abiertamente "progresistas".

Pero todavía queda un segundo aspecto que merece resaltarse, y para ello bastará con comprobar los efectos inmediatos producidos por el sistema capitalista a raíz de su implantación. Al hacerlo podremos ver que el régimen de explotación que dicho sistema instauró, las condiciones de vida en las que sumió a sus víctimas, y el inexorable descrédito de las falacias que sirvieron de sustento a su modelo político e ideológico, habrían desembocado inevitablemente en el colapso sin la aparición "providencial" de la "alternativa" marxista, que, entre todas las opciones posibles era, sin duda, la más nefasta, aunque para el Sistema (y no por casualidad) resultara ser la mejor. A mayor abundamiento, la táctica que el discurso marxista empleó no fue otra que reeditar en una nueva versión, y adaptados a las nuevas circunstancias, los clichés humanistas y los reclamos democráticos esgrimidos tiempo atrás por las revoluciones burguesas para implantar su régimen político. Una táctica que con el marxismo volvió a funcionar de nuevo, provocando aún mayores expectativas entre las masas desheredadas, y desencadenando un régimen de opresión todavía mayor, tan pronto como fue llevada a la práctica.

Aunque tributario de la dictadura jacobina, cuyos procedimientos le sirvieron de inspiración, fue en el terreno de la filosofía y de la técnica totalitarias donde el marxismo desarrolló algún grado de innovación, y no en los señuelos liberadores de la clase obrera o en las tesis igualitarias, conceptos, ambos, muy anteriores al credo marxista, y que en éste nunca pasaron de ser espúreos adornos, como se pondría de manifiesto reiteradamente, y sin ninguna excepción, en sus sucesivas manifestaciones prácticas. De hecho, bajo la férula del régimen marxista instaurado en la URSS, la mayor máquina de picar carne que recuerdan los siglos y el modelo prototípico de todos los siguientes, la explotación y la opresión de los parias alcanzarían cotas desconocidas hasta entonces.

Hecha esta breve introducción, lo oportuno ahora será abordar más detenidamente dos aspectos fundamentales del régimen marxista por excelencia, el de la Rusia soviética, al objeto de poner de manifiesto la auténtica realidad de unos hechos permanentemente falsificados por la maquinaria ideológica oficial.

Esos dos aspectos a los que se ha hecho mención se corresponden con sendas falacias ya consagradas en el ámbito occidental, una de ellas merced a la intensa tarea manipuladora desplegada al efecto por el bando progresista, y la otra gracias a la desarrollada por el Sistema en su totalidad.

La *primera* de tales falacias es la que ha atribuido al estalinismo todos los males de la puesta en escena del programa marxista, cuando lo cierto es que el régimen estalinista no supuso en realidad sino su más fidedigna y genuina interpretación; y ahí están como muestra reciente los escritos del ínclito Althusser, un purista de la causa.

La *segunda* falsificación está aún más arraigada, y goza de un consenso mayor, pues no en vano se trata de un dogma oficial compartido, a izquierda y derecha, por todas las facciones del Sistema. Un dogma en virtud del cual el régimen bolchevique se ha venido presentando como la alternativa antagónica y como una amenaza mortal para el capitalismo occidental, lo que nunca pasó de ser una solemne patraña. Muy pronto lo comprobaremos al describir los apoyos financieros que, desde un principio, y durante largo tiempo, afluyeron desde el bloque capitalista al "ogro" soviético.

Por lo que se refiere al primer punto, esto es, a la falacia de la "desviación" estalinista, se trata de un argumento que comenzó a utilizarse con profusión una vez finalizado el gobierno de Stalin en la URSS, y precisamente por aquéllos que, hasta ese mismo momento, habían negado sistemáticamente los excesos criminales de esa supuesta desviación, aunque las pruebas concluyentes se acumularan desde hacía tiempo. No obstante, lo más endeble de semejante argumento es que en todas las ocasiones y latitudes en que el marxismo se implantó, lo hizo siguiendo los cauces de la "desviación" totalitaria, incluso después de que el autócrata georgiano hubiera muerto. Y es que esa 'pretendida anomalía' no fue sino la pura normalidad desde los primeros momentos, algo implícito e inherente al propio modelo, como bien demuestran los hechos; sirvan como muestra elocuente los que se exponen a continuación.

En pleno fragor de la revolución bolchevique, con Lenin y Trotski al mando de la misma, la ciudad de Petrogrado fue escenario de graves convulsiones sociales, que comenzaron en los círculos proletarios de esa localidad, extendiéndose muy pronto a los marineros de la flota del Báltico, vanguardia durante 1917 del levantamiento soviético. El 28 de febrero de 1921, la tripulación del acorazado *Petropavlosk* emitió una resolución en la que se formulaban las reivindicaciones de la tropa naval, resolución que sería aprobada al día siguiente en el curso de una asamblea de toda la guarnición de Cronstadt.

Los principales puntos del programa aprobado eran: la reelección de los soviets, la libertad de palabra y de prensa para los obreros, la libertad de reunión, el derecho a fundar sindicatos, y el derecho de los campesinos a trabajar la tierra del modo que lo desearan. Reivindicaciones, todas ellas, fieles al más puro ideario soviético. Así pues, los marineros de Cronstadt no se sublevaban *contra* la causa revolucionaria, sino *contra* el régimen totalitario del Partido Comunista. De hecho, uno de los párrafos de la resolución, cuyo elocuente título era "Por qué luchamos", rezaba así:

"Al efectuar la Revolución de Octubre la clase obrera esperaba obtener su libertad. Pero el resultado ha sido un avasallamiento mayor de la persona humana.....Cada vez ha ido resultando más claro, y ello es hoy una evidencia, que el Partido Comunista ruso no es el defensor de los trabajadores que dice ser, que los intereses de éstos le son ajenos y que, una vez llegados al poder, no piensan más que en conservarlo".

Como se podrá apreciar, volvían a reproducirse los mismos hechos que ya tuvieron lugar durante la Revolución Francesa, y de nuevo se levantaban los parias para reclamar la "soberanía del pueblo" y los restantes señuelos en cuyo nombre habían sido movilizados contra el régimen anterior. No será ocioso decir que también el desenlace se reprodujo otra vez.

El 2 de marzo, Lenin y Trotski denunciaban el movimiento de Kronstadt y lo calificaban de "conspiración blanca", ordenando acto seguido la provisión de una fuerza de 50.000 hombres que, al mando de Tukhatchevski, salió para aplastar la revuelta. En la noche del 17 al 18 de marzo, tras encarnizados combates, la expedición punitiva penetró en la ciudadela rebelde defendida por 5.000 marinos y aplastó la insurrección. De entre los supervivientes, una parte fueron fusilados, y el resto trasladados a los campos de concentración de Arkangelsk y Kholmogory. La revuelta de Kronstadt, había declarado Lenin durante el X Congreso del PCUS celebrado en marzo de 1921, *"es más peligrosa para nosotros que Denikin, Yudenitch y Koltchak (jefes de la contrarrevolución) juntos"*.



La represión y el gulag fueron instituciones consustanciales al Estado bolchevique desde sus inicios. Así, en una fecha tan temprana como 1925, la cifra oficial de fusilados por el régimen marxista se elevaba a 1.722.747, de los cuales un setenta y cinco por ciento eran obreros, campesinos y soldados. No obstante, y debido precisamente a su carácter oficial, esa cifra no recogía las ejecuciones sumarias ni las muertes ocurridas en las prisiones, y mucho menos aún las masacres colectivas. Según otro recuento igualmente oficial elaborado por el propio régimen leninista, en 1922 había 825.000 personas internadas en los campos de concentración de Kholmo, Kem, Naryn, Mourmane, Tobolsk, Portaminsk y Solovski. Al final de la época estalinista, el balance total de víctimas, incluidas las ocasionadas por las hambrunas provocadas artificialmente, arrojaba una cifra que oscila, dependiendo de las estimaciones, entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco millones de muertos.

Todos estos hechos, que incluso todavía hoy se pudren en el silencio, fueron denunciados desde muy pronto por revolucionarios disidentes, si bien sus acusaciones alcanzaron muy escaso eco en el ámbito occidental, ideológicamente colonizado por la nutrida ralea de los pseudointelectuales acomodados de izquierdas, cuya labor se vería propiciada, cuando no auspiciada claramente, por un Sistema capitalista que empezaba ya a explotar la utilidad que, en todos los órdenes, habrían de reportarle los estereotipos "progresistas".

La ocultación y la manipulación sistemáticas de lo que realmente significó aquel evento ha sido de tal calibre que, pese a todo lo ocurrido, el mero hecho de proclamarse de izquierdas sigue valiendo todavía hoy como certificado de altruismo para un sinnúmero de fanticos, además de constituir el mejor procedimiento para convertir en éxito la más absoluta mediocridad. Por contra, los individuos íntegros que se atrevieron a denunciar la mascarada criminal fueron metódicamente silenciados y escarnecidos por una

jauría de desalmados y medradores que, a cambio de su bajeza, han venido recibiendo la correspondiente recompensa en forma de reconocimiento y de status social. Vayan, pues, estas líneas en homenaje y desagravio de André Gide (calumniado y vejado tras sus denuncias de la infamia bolchevique por sus antiguos colegas de La Liga de los "Derechos" del Hombre), de Victor Serge, Boris Suvarin, Panaït Istrati, Artur Koestler y, en fin, de tantos otros militantes de una causa falaz, que repudiaron tan pronto como los acontecimientos pusieron de manifiesto que no era la suya.

Hubo que esperar al desmoronamiento del bloque marxista para que una pléyade de farsantes se dieran cuenta de evidencias clamorosas que hasta poco antes prefirieron ignorar. Farsantes que ahora abominan de sus pasados planteamientos para abrazar con entusiasmo el nuevo credo progresista-liberal, esa fórmula definitiva en la que ya se amalgaman felizmente la libertad de beneficio y los "valores" de izquierdas. Aunque es lo cierto que, tanto los conversos recientes, como los devocionarios perennes del sistema capitalista que hoy denuncian con afectación los excesos del marxismo, deberían en realidad guardarle reconocimiento público, ya que la labor de disolución en todos los órdenes llevada a cabo por el materialismo marxista no ha hecho más que allanarle el terreno al capitalismo multinacional. Fue necesaria, por tanto, la dictadura jacobina, como lo sería después el totalitarismo soviético, para que el sistema capitalista alcanzara el poderío de que disfruta en la actualidad.

Todo lo dicho en el párrafo anterior enlaza directamente con la segunda gran mistificación apuntada al comienzo de este capítulo. Una falacia sostenida, como ya se señalara, por todas las facciones política del Sistema, y en virtud de la cual se presentó al régimen bolchevique como una amenaza mortífera para el capitalismo occidental. De la envergadura de semejante patraña dan buena cuenta, entre otros hechos, las cuantiosas aportaciones realizadas por la Alta Finanza en pro del asentamiento y posterior desarrollo de su "temible" adversario, algunas de las cuales se citan a continuación.

El 2 de febrero de 1918, el rotativo *Washington Post* recogía una breve reseña en la que se consignaba la entrega de un millón de dólares a los dirigentes bolcheviques por parte de la banca Morgan.

Un año después, el *Anuario Judío* reproducía un informe fechado en Londres el 4 de abril de 1919, y firmado por su corresponsal E.R.Fields, en el que se aportaban nuevas y más completas informaciones al respecto. Dicho informe reseñaba las aportaciones a la causa bolchevique del financiero judío-norteamericano Jacob Schiff, patrón de la Banca Khun&Loeb, junto con las de sus asociados y correligionarios Felix Warburg, Otto Kahn, Jerónimo Hanauer, Max Breitung e Isaac Seligman.

Con todo, aquel documento no reflejaba al completo el alcance de la red financiera que colaboró en el sostenimiento económico del régimen leninista, ya que, junto a la Banca Khun & Loeb, que figuraba a la cabeza de la causa, operaron también varias entidades bancarias adscritas a la American International Corporation (Chase National Bank, de Rockefeller, National City Bank, J.P.Morgan, Equitable Building, Bankers Club, entre otras). así como diversas Corporaciones Comerciales (Guggeheim Exploration, General Electric, Sinclair Gulf, Stone and Webster, etc).

Los fondos económicos enviados a Lenin y Trotzki recorrían un largo circuito bancario hasta llegar a su destino final. Por lo regular, las aportaciones financieras eran canalizadas hasta territorio europeo por Jacob Schiff a través del establecimiento que la banca Warburg poseía en Hamburgo, y esta última, a su vez, las hacía llegar a las diversas cuentas abiertas por los intermediarios de Lenin en varias capitales europeas. Los principales centros de aprovisionamiento fueron Copenhague, donde actuaba como corresponsal recaudador un estrecho colaborador de Lenin llamado Israel Gelfand (más conocido como Parvus), y Estocolmo, ciudad en la que operaba otro fiel auxiliar de Lenin y Trotzki, de nombre Jacob Furstemberg, aunque conocido en la nomenclatura bolchevique como Hanecki. En la capital sueca, la entidad bancaria

receptora de los fondos destinados al gobierno soviético era el Nye Bank, dirigido por el financiero judío-ruso Wladimir Olaf Aschberg, quien a la muerte de Jacob Schiff, acaecida en 1920, pasaría a desempeñar un papel similar al desarrollado por éste. En 1921 Aschberg fundó la Banca Comercial Rusa, establecimiento a través del cual se gestionaron, entre las dos guerras mundiales, buena parte de los empréstitos concedidos por la Alta Finanza internacional a la Rusia soviética.

A todo esto deben añadirse las declaraciones públicas de simpatía y los ofrecimientos de ayuda económica (ayuda que se hizo efectiva de forma cuantiosa) manifestados desde muy pronto al régimen soviético por parte de los dos dirigentes más destacados del área capitalista, el premier británico Lloyd George y el presidente estadounidense Woodrow Wilson.

Otro personaje que desempeñó un relevante papel en este asunto fue el financiero norteamericano Bernard Baruch, quien ya durante el mandato presidencial de Woodrow Wilson le había "sugerido" a éste el sexto punto de la Declaración de Apoyo a la Rusia soviética. Aunque fue en los años de la Administración Roosevelt cuando el peso y la influencia de Baruch alcanzaron su apogeo. Considerado unánimemente como la eminencia gris de la Casa Blanca, así describía el *American Hebrew* del 1-diciembre-1933 la posición de este banquero en los círculos políticos:

"Cuando el presidente de los Estados Unidos sale de vacaciones de verano, Bernard Baruch es oficialmente designado presidente suplente".

Una vez concluida la 2ª Guerra Mundial, el ínclito Baruch ocupó la primera presidencia de la Comisión de Energía Atómica, si bien su labor más significativa habría de desarrollarse en el marco de las negociaciones tripartitas mantenidas por los vencedores de la Gran Guerra. Durante la *Conferencia de Londres* de 1945, reservada a los ministros de Exteriores de las potencias vencedoras, Bernard Baruch se trasladó a la capital británica dispuesto a intervenir, cosa que hizo en efecto. Preguntado por el periodista Víctor Lasky sobre las razones de su presencia en dicha reunión, el financiero respondió:

"He venido a amenazar a los muchachos grandes con el palo grande para asegurarme de que no estropeen la paz".

Una "paz" que, entre otras cosas, incluía la entrega de media Europa al totalitarismo soviético.

Después de la 2ª Guerra Mundial, y hasta el momento mismo del colapso del régimen bolchevique, los contactos económicos y comerciales no dejaron de multiplicarse. Bien directamente, ya a través de organismos creados al efecto, fueron varios los trusts económicos del área capitalista que mantuvieron una relación fluida con la URSS, cuya economía llegó a depender en no pocos aspectos de los empréstitos y aprovisionamientos procedentes del bloque occidental. Durante todo ese tiempo el suministro de cereales (trigo en especial) y de todo tipo de equipamientos industriales, sistemas electrónicos, productos petroquímicos, abonos, etc, fue vital para la supervivencia económica de la Unión Soviética, al tiempo que proporcionó sustanciosos beneficios a sus proveedores occidentales.

Entre los personajes que se distinguieron en las labores de mediación y ayuda al bloque marxista destacan los nombres del magnate Edgard Bronfman, presidente del Congreso Judío Mundial, y de su correligionario Armand Hammer, otro poderoso financiero cuyos contactos con la URSS se desarrollaron a través de la American Trading Organization, un consorcio comercial controlado por él.

No menos digna de mención es la figura del multimillonario estadounidense Cyrus Eaton, que en estrecha colaboración con el clan Rockefeller puso en marcha una sociedad comercial dedicada específicamente a los países del Este. Dicho consorcio estaba formado por la International Basic Economy Corporation, dirigida por Nelson Rockefeller, y la Tower International Inc., encabezada por Cyrus Eaton junior. La asociación de ambas

entidades era descrita el 16 de enero de 1967 por el *New York Times* (diario del *Establishment*) en estos términos: "El esfuerzo mancomunado de la International Basic Economy y la Tower International puede verse como una combinación de las habilidades inversoras y los recursos de los Rockefeller con el privilegio de que goza la Tower dentro del oficialismo comunista, como resultado de los contactos que a lo largo de los últimos quince años ha venido cultivando Cyrus Eaton senior, recibido siempre como un VIP en los países comunistas". Por otro lado, Cyrus Eaton fue el promotor y organizador de la Conferencia de Pugwash, con la que se iniciaron los contactos periódicos entre las altas esferas científicas de ambos bloques.

Otros organismos que destacaron en esas mismas labores fueron el US-URSS Trade and Economic Council (USTECO), y el American Committee on East-West Accord (ACEWA), esta última una entidad adscrita a los círculos de la **Comisión Trilateral** y creada por iniciativa de varios miembros del poderoso **Council on Foreign Relations** (CFR) o Consejo de Relaciones Exteriores, cuya importancia se irá viendo a lo largo de las páginas sucesivas.

Por lo que se refiere al ámbito europeo, merece destacarse el papel desempeñado en ese mismo sentido por la firma multinacional Royal-Dutch, dependiente del grupo judío-británico Lazard, así como el de los dos principales empresarios de Italia, Giovanni Agnelli, patrón de la Fiat y figura destacada de la Comisión Trilateral, y Carlo de Benedetti, miembro prominente de la comunidad israelita de aquel país

A mayor abundamiento, las cumbres periódicas convocadas por la Comisión Trilateral (una especie de cónclave de grandes Multinacionales) contaron desde el principio con la presencia de un delegado soviético. A esto podría añadirse, entre otras "anécdotas", la consideración de nación más favorecida otorgada por la Administración norteamericana desde comienzos de los años 70 a la Unión Soviética.

Cabría significar por último el hecho de que los inicios de la celebrada perestroika se vieron precedidos por una reunión de alto nivel mantenida en Moscú entre una delegación del Comité Ejecutivo de la Comisión Trilateral, con David Rockefeller a la cabeza, y los principales dirigentes soviéticos, con Gorbachov, Yacovlev, Dobrinin, Arbatov y Primakov entre ellos. Por supuesto que se trató de una simple coincidencia.

El breve recorrido efectuado a lo largo de este capítulo bastará para constatar la puntualidad con la que se ha desarrollado la célebre dialéctica hegeliana, y cómo de la antítesis de los falsos opuestos (capitalismo y marxismo) ha resultado finalmente el capitalismo multinacional y progresista, que es la síntesis deseada y la fórmula más idónea para impulsar la expansión del modelo socio-económico materialista y consumista vigente en la actualidad. Justamente el modelo que mejor garantiza el dominio absoluto de la oligarquía plutocrática.

CAPÍTULO III

EL SISTEMA FINANCIERO MUNDIAL Y SUS NÚCLEOS DE PODER

1. LA URDIMBRE EN SUS ORÍGENES

LOS ILLUMINATI DE WEISHAUPT

La Orden de los Iluminados de Baviera fue fundada el 1 de marzo de **1776** por Adam Weishaupt, un profesor de Derecho Canónico de la Universidad alemana de Ingolstadt, formado en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal. Sus primeros adeptos fueron cuatro alumnos de su propia cátedra, que en un principio constituyó el epicentro de la labor proselitista del fundador. A partir de ese reducido núcleo se articuló la expansión de la Orden sobre la premisa básica de conseguir la adhesión de elementos situados en posiciones sociales y económicas relevantes.

Consecuentemente, el reclutamiento de los nuevos acólitos no se efectuaba por candidatura, sino por cooptación, atendiendo a las propuestas de algún miembro de la secta e iniciando seguidamente una discreta maniobra de aproximación al candidato considerado idóneo.

Poco tiempo después de que fuese creada, tuvo lugar la incorporación a la Orden del primer adepto de alto rango social, un barón protestante de Hannover llamado Adolf von Knigge, cuyo temperamento ecléctico y ambicioso se dejaría sentir en las futuras actividades de la organización. A partir de entonces las incorporaciones de nuevos acólitos de destacada posición se sucederían ininterrumpidamente: el duque Luis Eduardo de Saxe-Gotha, el duque de Saxe-Weimar, el príncipe Ferdinand de Brunswick, el conde de Stolberg, el príncipe Karl de Hesse, el príncipe de Neuwied, el conde von Pappenheim, el barón de Dalberg, el escritor Wolfgang Goethe (Abaris, en la nomenclatura de la secta) y un largo etcétera.

La estrategia diseñada por Spartacus (nombre sectario de Weishaupt) habría de convertirse con el tiempo en el modelo inspirador de todas las sociedades afines orientadas al advenimiento de un "nuevo orden", y básicamente se resumía en los puntos siguientes:

- reclutamiento en los círculos sociales oligárquicos;
- rígida jerarquización interna;
- mando restringido a un reducido grupo de iniciados; y
- agitación ideológica fundamentada en los señuelos humanistas, filantrópicos y democráticos plenamente consagrados en la actualidad.

De los Illuminati y de la Francmasonería procede igualmente el esquema organizativo en círculos concéntricos, adoptado después por las sociedades carbonarias (Babeuf, Buonarrotti, Bakunin, Marx), y por las actuales agrupaciones financiero-tecnocráticas de ámbito mundial.

El hecho de que se disponga de un conocimiento prácticamente absoluto de los inicios de la Orden, cuyos documentos internos cayeron en manos de la policía bávara, permite seguir el rastro de sus actividades y constatar la permanencia en el tiempo de sus métodos operativos. Las directrices de Weishaupt no podían ser más elocuentes:

"es en la intimidad de las sociedades secretas donde ha de saberse preparar la opinión";

"cada adepto debe llevar un diario donde anotará todas las particularidades concernientes a las personas con las cuales esté en relación".

Por otra parte, y en tanto, que iniciado en la masonería regular, y condecorador, por ello, de los métodos de ésta, Weishaupt adoptó la máxima según la cual *"cada iluminado debía actuar como si el grado al que pertenecía fuera el último"*, para añadir a continuación que *"la franqueza sólo es una virtud cuando se manifiesta con los superiores jerárquicos"*

Por lo que se refiere a los objetivos de la Orden, las consignas impartidas por Weishaupt a sus grados superiores no dejan espacio a la duda:

"Cada uno de los hermanos debe poner en conocimiento de su jerarquía los empleos, servicios, beneficios y demás dignidades de las que podamos disponer o conseguir por nuestra influencia, a fin de que nuestros superiores tengan la ocasión de proponer para esos empleos a los dignos miembros de nuestra Orden";

"De lo que se trata es de infiltrar a los iniciados en la Administración del Estado, bajo la cobertura del secreto, al objeto de que llegue el día en que, aunque las apariencias sean las mismas, las cosas sean diferentes";

"En una palabra -apostillaba Weishaupt- es preciso establecer un régimen de dominación universal, una forma de gobierno que se extienda por todo el planeta. Es preciso conjuntar una legión de hombres infatigables en torno a las potencias de la tierra, para que extiendan por todas partes su labor siguiendo el plan de la Orden".

Como será fácil advertir, esos últimos pronunciamientos guardan un estrecho paralelismo con las manifestaciones efectuadas en nuestra época por varias figuras prominentes del Nuevo Orden Mundial. Sirvan como muestra las que se reproducen a continuación:

Edmond de Rothschild, en declaraciones a la revista *Enterprise*: *"La estructura que debe desaparecer es la nación"*

James Paul Warburg, patrón del grupo financiero S. G. Warburg, miembro de la Round Table y del Council on Foreign Relations, en una alocución pronunciada ante una comisión del Senado estadounidense: *"La única interrogante de nuestro tiempo no es si el Gobierno Mundial será alcanzado o no, sino si será alcanzado pacíficamente o con violencia. Se quiera o no, tendremos un gobierno mundial. La única cuestión es saber si será por concesión o por imposición"*.

Guardando el debido orden jerárquico, y una vez que han hablado los patronos, es ahora el turno de sus subalternos.

Gianni de Michelis, ex-ministro italiano de Asuntos Exteriores y presidente del *Instituto Aspen* (un apéndice de la Comisión Trilateral), en declaraciones efectuadas al diario *El País* el 4 de abril de 1990: *"El poder ha de ser inevitablemente transferido de las naciones soberanas a instituciones supranacionales"*

John Kennet Galbraith, socialista fabiano, profesor de la Universidad de Harvard (feudo académico del Council on Foreign Relations y de la Comisión Trilateral), en declaraciones publicadas el 9 de marzo de 1977 por el diario *La Vanguardia*: *"El socialismo moderno no dependerá de los teóricos o de los políticos, sino de los dirigentes de las empresas multinacionales"*.

El corpus ideológico iluminista, idéntico en lo esencial al de la francmasonería especulativa, hace del culto al racionalismo una de sus piedras angulares, lo que no es obstáculo para que, simultáneamente, recurra a un variopinto galimatías de conceptos extraídos arbitrariamente de la Biblia o del confucionismo, conceptos a los que se añaden otros tomados de filósofos como Epicteto, Séneca o Marco Aurelio. Se trata, pues, del característico ejercicio de sincretismo doctrinal, un hecho que aplicado al terreno metafísico e iniciático, al

que habitualmente apelan las organizaciones pseudoiniciáticas modernas, es síntoma inequívoco de mascarada y de fraude.

Por lo que se refiere a las relaciones entre los Illuminati y la Francmasonería, y al margen de su notoria afinidad ideológica, cabe subrayar, en primer término, la pertenencia del propio Weishaupt a la masonería regular, en la cual había sido iniciado tiempo antes de que fundara la Orden iluminista. Más significativa aún a este respecto fue la Reunión o Convento de Wilhelmsbad, una especie de Conferencia de todos los grupos masónicos que tuvo lugar en 1782, y en la que participó la logia de la Estricta Observancia, a la cual pertenecían extraoficialmente los Iluminados de Baviera. En dicha reunión se acordó refundir los tres primeros grados de todas las obediencias masónicas, dejando los restantes al arbitrio de cada una de las logias.

A raíz de aquel evento, y tras el intento fallido de Weishaupt de unificar bajo su autoridad todas las disciplinas masónicas, se produjo un fluido trasvase merced al cual numerosos francmasones fueron iniciados en la Orden iluminista, mientras que otros tantos acólitos de Weishaupt ingresaban en las filas de diversas logias masónicas, duplicando así, unos y otros, su filiación. A esa circunstancia obedecería la pervivencia en el tiempo de la corriente iluminista, aunque la Orden fuese declarada ilegal en 1784 por el Elector de Baviera, y pese a que su fundador fuera desterrado y, más tarde, una vez conocido el alcance de la trama iluminista, condenado a muerte.

Tras dicha condena, que en realidad no fue sino un gesto efectista del Elector bávaro, y contando con la aquiescencia de este último, Weishaupt se evadió a la corte del duque de Saxe, uno de sus adeptos, que le nombró su consejero y le confió la educación de su heredero. Los restantes dirigentes de la Orden se evaporaron 'temporalmente', prosiguiendo su actividad en las logias masónicas europeas y americanas, aunque su ostracismo duraría poco tiempo.

En efecto, en 1786 vuelven a aparecer en una reunión que tuvo lugar en Frankfurt, casa matriz de los Rothschild, y en la que se gestaron los preparativos de la Revolución Francesa. Allí fue acordada la muerte de Luis XVI, y la creación de la Guardia Nacional republicana, y desde allí se impartieron las correspondientes órdenes a las logias militares francesas para que, llegado el momento, no obstaculizaran el desarrollo del proceso revolucionario.

No menos relevante fue la participación en dicho proceso de los acólitos iluministas, muchos de los cuales militaban simultáneamente en diversas logias de la masonería regular. Figuraron entre ellos el abate Siéyes, el marqués de Condorcet, Danton y Tayllerland, así como Mirabeau, Marat y Robespierre, afiliados a una sociedad iluminista conocida como el *Comité Secreto de los Amigos Reunidos*. Por otro lado, las labores de agitación y los disturbios sociales promovidos por los militantes iluministas en Francia contaron con el generoso patrocinio económico de financieros como Benjamín y Abraham Goldsmid, Moisés Mocatta, David Friedlander, Herz Cerfbeer y Moisés Mendelsshon.

En la línea de lo apuntado conviene significar que la filosofía y la simbología iluministas jugaron asimismo un papel sobresaliente en la gestación de la República Norteamericana, como muy pronto veremos.

Para cerrar este epígrafe bueno será dedicar algunas líneas a una de las herramientas ideológicas que más propició el óptimo desenvolvimiento de la francmasonería en su conjunto y del iluminismo en particular, dando paso con ello a la instauración del nuevo régimen. Se trata de la *filantropía*, un concepto que habría de consolidarse como una de las peculiaridades características del modelo burgués. Partiendo de los postulados del humanismo renacentista, dicho concepto fue desarrollándose a modo de 'sucedáneo' de las creencias religiosas, sometidas a un progresivo descrédito como lógica consecuencia de su sórdida instrumentalización durante el Antiguo Régimen; un hecho, este último, en el que nunca reparan ciertos

críticos del mundo moderno, casualmente pertenecientes a los sectores de la burguesía que siguieron practicando esa espúrea instrumentalización. Devenida, pues, en una suerte de *pseudoreligión antropocéntrica*, la filantropía pasaría a convertirse en el instrumento predilecto de la nueva clase dominante para engalanar su mentalidad materialista, y como contrapunto de la vacuidad metafísica y espiritual que le es característica.

Desde entonces la causa filantrópico-humanista serviría para promover las convulsiones más sangrientas, para justificar los mayores despotismos y para adulterar los más elementales principios, amén de convertirse en la mejor cobertura del dominio oligárquico. Ese fue el mecanismo ideológico de la dictadura jacobina, y en cuyo nombre se perpetraron las matanzas de la Vendée y se instauró el Gran Terror. El mismo que utilizaría después el totalitarismo marxista y el mismo que esgrimen en el presente los psicópatas "filántropos" del Nuevo Orden Mundial.

LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA NORTEAMERICANA

El 4 de julio de 1776, los delegados de los trece Estados de Nueva Inglaterra proclamaban la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América. De los trece firmantes del *Acta de Independencia*, nueve eran francmasones (Ellery, Franklin, Hancock, Hewes, Hooper, Paine, Stockton, Walton y Whipple). Idéntica condición compartían nueve de los trece delegados que rubricaron los artículos de la nueva Confederación (Adams, Carroll, Dickinson, Ellery, Hancock, Harnett, Laurens, Roberdau y Bayard Smith), así como los trece firmantes de la *Constitución* estadounidense (Bedford, Blair, Brearley, Broom, Carroll, Dayton, Dickinson, Franklin, Gilman, King, McHenry, Paterson y Washington). La gran mayoría de los congresistas que ratificaron dichos acuerdos eran igualmente miembros de la hermandad masónica, lo mismo que la práctica totalidad de los *mandos* del ejército republicano que combatió a las tropas realistas de la metrópoli inglesa.

La influencia de la francmasonería se haría patente desde el principio en todos los ámbitos del incipiente Estado, modelando sus componentes ideológicos y políticos, e inspirando buena parte de su simbología.

Inmediatamente después de proclamar la Declaración de Independencia, el Congreso, reunido en Filadelfia adoptó una resolución encargando a John Adams, Benjamín Franklin y Thomas Jefferson la confección del sello oficial del nuevo Estado. A tal efecto, cada uno de los tres miembros del comité sugirió un diseño para el sello de la Unión. Jefferson propuso una imagen que representase al pueblo de Israel marchando hacia la Tierra Prometida. Franklin proyectó una alegoría en la que aparecía Moisés conduciendo a los israelitas a través del Mar Rojo. John Adams, por su parte, se inclinó por un tema de la mitología griega que representaba a Hércules. A estas primeras propuestas se les fueron añadiendo las de sucesivos comités hasta que, finalmente, fue aprobado el diseño definitivo propuesto por el secretario del Congreso, Charles Thomson, maestre de una logia masónica de Filadelfia dirigida por Benjamín Franklin.

El reverso de dicho sello no era (es) sino una transcripción de la simbología iluminista. En su parte central figura una pirámide truncada de trece escalones, el último de los cuales contiene una fecha escrita en caracteres romanos: MDCCLXXVI, esto es, 1776. Coronando la cima de la pirámide aparece un triángulo radiante con un ojo en su interior. Tal ideograma era el símbolo de los Illuminati de Baviera, y el que figuró en las portadas de los textos jacobinos más radicales durante la Revolución Francesa. El reverso del Gran Sello incluye también dos leyendas, una en su parte superior, circundando el triángulo, que reza "Annuit Coeptis", y otra en su parte inferior, que circunda la base de la pirámide y dice "Novus Ordo Seclorum".

Los trece escalones de la pirámide representan a los trece Estados firmantes de la Declaración de Independencia. La leyenda "Annuit Coeptis" se traduce como "(él) ha favorecido nuestra empresa",

refiriéndose al ojo encerrado en el triángulo, que representa a una fuerza providencial cuya naturaleza será mejor dejar para otra ocasión.

Esta consigna refleja fielmente esa especie de mesianismo pseudorreligioso que ha impregnado desde sus comienzos la idiosincrasia nacional estadounidense. No será necesario extenderse aquí sobre las pretensiones "salvíficas" de ese país, pretensiones que se han venido manifestando como una constante prácticamente desde su nacimiento. De ahí los innumerables atropellos "libertadores" cometidos por tan emérita nación sobre sus vecinos continentales del sur, por no hablar de los perpetrados contra los nativos amerindios, y de ahí sus ínfulas contemporáneas que le llevan a erigirse en 'faro de la humanidad', pese a tratarse una de las sociedades en las que con mayor virulencia se manifiestan todas las lacras de la patología occidental. Aunque justo es reconocer que también se trata de uno de los pocos países, por no decir el único, en el que aún subsiste una prensa independiente digna de ese nombre, minoritaria y arrinconada, naturalmente. Entendiendo por prensa independiente, claro está, aquélla que desenmascara al Sistema en su conjunto, y no la que practica la nauseabunda farsa de censurar las irregularidades de 'alguna' de las facciones políticas que lo componen, santificando simultáneamente al Sistema que está por encima de todas ellas.

En cuanto a la otra frase del sello, "Novus Ordo Seclorum", su traducción correspondiente vendría a ser "El Nuevo Orden de los Siglos" o "El Nuevo Orden de las Eras". Como podrá apreciarse, las referencias a un Nuevo Orden y a una Nueva Era, tan recurrentes a todo lo largo de la época moderna, no son nada nuevas. Esta frase, tomada del filósofo romano Virgilio, es interpretada en su sentido más superficial como una equiparación del nuevo Estado norteamericano con la antigua Roma Imperial. Pero en la simbología iluminista la leyenda en cuestión no se refiere a nada de eso, sino a la "Nueva Era de Acuario" (otro concepto muy en boga hoy), que habrá de suceder a la Era de Piscis, o Era Cristiana. Con arreglo a dicha simbología, la fecha que figura en el Gran Sello norteamericano, 1776, que es la fecha en la que tuvo lugar tanto la Declaración de Independencia como la fundación de la Orden de los Iluminados, marca el inicio de un período de 250 años durante el cual deberá consumarse la transición de la Era de Piscis a la de Acuario. Y en esa transición, tal y como pensaban los diseñadores del Sello, los Estados Unidos desempeñarían un papel determinante.

Un buen colofón de todo lo apuntado hasta aquí podría ser la carta que el propio George Washington le escribiera en 1798 al pastor protestante G. W. Snyder, y en la que se expresaba en estos términos:

"Yo no tenía la intención de poner en duda que la doctrina de los Iluminados y los principios del jacobinismo se habían extendido en los Estados Unidos. Al contrario, nadie está más convencido de ello que yo. La idea que yo querría exponeros era que yo no creía que las logias de nuestro país hayan buscado, en tanto que asociaciones, propagar las diabólicas doctrinas de los primeros, y los perniciosos principios de los segundos, si es que es posible separarlos. Que las individualidades lo hayan hecho, o que el fundador o los intermediarios empleados para crear las sociedades democráticas en los Estados Unidos hayan tenido ese proyecto, es demasiado evidente para permitir la duda".

Como culminación del proceso, en 1945 otro hermano francmasón, el presidente Franklin Delano Roosevelt, ordenó que el reverso del Gran Sello norteamericano se imprimiera en la cara posterior del billete de dólar, sin duda el lugar más idóneo. Todo un símbolo de la religión humanista del poder y del dinero que impera en la actualidad y que tiene sus centros de culto en la Sala de Oración del Capitolio, en el Templo del Entendimiento de Washington y en el Salón de Meditaciones de la ONU.



Desde el primer presidente de la nación, George Washington, iniciado en la logia Fredricksburg n° 4 de Virginia, y con el tiempo Gran Maestro de la logia Alejandría n° 22, quince han sido sus sucesores en la suprema magistratura de los Estados Unidos que han vestido el mandil francmasón:

- **James Monroe**, presidente de 1817 a 1824. Maestro de la logia Williamburg n° 6 de Virginia.
- **Andrew Jackson**, presidente de 1829 a 1836. Gran Maestro de la logia Harmony n°1 de Nashville (Tennessee).
- **James Knox Polk**, presidente de 1845 a 1849. Maestro de la logia Columbia n° 31 de Tennessee.
- **James Buchanan**, presidente de 1857 a 1861. Maestro de la logia n° 43 de Lancaster (Pensilvania).
- **Andrew Johnson**, presidente de 1865 a 1868. Grado 33 del rito escocés.
- **James Garfield**, presidente en 1881. Grado 14 en la logia Mithras de Washington.
- **William McKinley**, presidente de 1897 a 1901. Caballero del Templo en la logia Canton n° 60 de Ohio.
- **Theodore Roosevelt**, presidente de 1901 a 1909. Maestro en la logia Matinecock n° 806, de Oyster Bay (Nueva York).
- **William Howard Taft**, presidente de 1909 a 1913. Gran Maestro de la masonería de Ohio.
- **Warren G. Harding**, presidente de 1921 a 1923. Grado 33 en la fraternidad n° 26 de Ohio.
- **Franklin Delano Roosevelt**, presidente de 1933 a 1945. Grado 32 del rito escocés.
- **Harry S. Truman**, presidente de 1945 a 1953. Gran Maestro de la masonería de Missouri y, posteriormente, grado 33, el máximo de la organización.
- **Lyndon B. Johnson**, presidente de 1963 a 1969. Iniciado en la masonería de Tejas.
- **Gerald Ford**, presidente de 1974 a 1977. Miembro de la logia Columbia n°3 de Washington e Inspector General Honorario del grado 33, y
- **George Bush**, grado 33 del Supremo Consejo, además de Gran Carnicero de Panamá y Gran Devastador de Irak, aunque este tipo de títulos no suelen ser reconocidos oficialmente por la filantropía francmasónica.

Esto no es más que una muestra de la presencia de la francmasonería en la vida pública estadounidense, ya que la nómina de todos los adeptos pertenecientes a las altas esferas económicas, políticas y sociales sería, por su extensión, imposible de reproducir aquí.

Junto a las logias adscritas al rito escocés, es decir, a las Constituciones de Anderson, y en estrecha relación con las mismas, opera en los Estados Unidos otra masonería con identidad propia agrupada en torno a la Logia B'naï B'rith, y reservada exclusivamente a los ciudadanos de origen judío. Esta entidad, cuyo peso e influencia en las altas esferas del Poder serán analizados más adelante, cuenta con ramificaciones distribuidas por 47 países, y el número de sus afiliados supera la cifra de 600.000. De cualquier modo, el hecho de pertenecer a la logia B'naï B'rith no impide la militancia de sus miembros en otras logias de la masonería regular, cosa, por lo demás, hartamente frecuente, si bien el flujo en sentido inverso no es posible.

Por otro lado, el papel desempeñado por los francmasones judíos en la fundación y desarrollo de la masonería norteamericana fue, desde los mismos inicios de ésta, más que notable. Y nada mejor para constatarlo que acudir a la valoración efectuada sobre ese particular por la publicación *Jurisdiction Sud*, boletín oficial del rito escocés reservado a los adeptos, en cuyo número correspondiente a marzo de 1990, el francmasón de grado 32, Paul M.Bessel, escribía lo siguiente:

"Los judíos han estado activamente vinculados a los inicios de la francmasonería en los Estados Unidos. Numerosos detalles prueban, en efecto, que ellos estuvieron entre los fundadores de la francmasonería en siete de los trece Estados primitivos: Rhode Island, New York, Pennsylvania, Maryland, Georgia, Carolina del Sur y Virginia".

"Un francmasón judío, de nombre Moisés Michael Hays, fue el primero que introdujo el rito masónico escocés en los Estados Unidos. Fue igualmente Inspector General delegado para la francmasonería de América del Norte en 1768, y Gran Maestro del Estado de Massachussets de 1788 a 1792".

"Los francmasones judíos jugaron un papel importante en el curso de la Revolución Americana: 24 de ellos fueron oficiales del ejército de George Washington, y otros muchos ayudaron con su dinero a la causa americana. Hayim Salomon, un masón de Filadelfia que, junto con otros, contribuyó a la colecta de fondos destinados a sostener el esfuerzo de guerra americano, también prestó dinero a Jefferson, Madison y Lee".

"Se dispone de pruebas de que numerosos judíos, rabinos incluidos, permanecieron vinculados al movimiento francmasón americano a todo lo largo de la historia de los Estados Unidos. Ha habido al menos una cincuentena de Grandes Maestros judíos americanos. Hoy, numerosos judíos son activos francmasones en los Estados Unidos, así como en otros países. A título indicativo, el Estado de Israel cuenta con unas sesenta logias que comprenden un total de casi trece mil miembros. Sin hablar de los afiliados a la logia B'naï B'rith".

Tiempo antes, el Masonic Service Association of the United States había incluido en su publicación confidencial *"Short Talk Bulletin"* (vol. XLV, nº3) una lista de los Grandes Maestros judíos de la francmasonería estadounidense.

Por lo demás, la relación existente en el ámbito francmasónico no es más que un reflejo de la estrecha vinculación que, a todos los niveles, se ha dado siempre entre el protestantismo norteamericano y el universo judío. Vinculación que no sólo se manifiesta en los altos círculos sociales de ese país, donde la trabazón entre la oligarquía protestante y la plutocracia judía ha sido y sigue siendo íntima, sino también en la esfera ideológico-religiosa del fundamentalismo anglosajón. Es, por lo tanto, una solemne patraña, o si se prefiere, pura intoxicación, la idea que, desde los medios voceros del capitalismo progresista, atribuye al fundamentalismo protestante norteamericano un contenido anti-judaico (como muestra perfecta de dicha intoxicación léase un artículo aparecido en el rotativo *El Mundo* el 29-4-95 bajo el título *"Del Mayflower a Forrest Gump"*).

Intoxicación que, como se habrá podido comprobar, arreció con ocasión del atentado de Oklahoma, un suceso a partir del cual los manipuladores de costumbre han pretendido extender al conservadurismo protestante, en su conjunto, los planteamientos de los supuestos autores del delito, individuos pertenecientes a unos círculos ideológicos marginales y absolutamente minoritarios en aquel país. Baste decir a este respecto que los militantes de tales grupúsculos ultras no superan en los Estados Unidos la cifra de unas cuantas docenas, cantidad a todas luces irrisoria en un territorio habitado por doscientos cincuenta millones de personas, y en el que cualquiera de las aberraciones y extravagancias que lo recorren cuenta con millares de adeptos. A título de anécdota grotesca, tampoco será ocioso recordar la intervención del presidente Clinton, que se dirigió a los niños norteamericanos que vieron las escenas de la catástrofe por televisión para mitigar el impacto traumático de tales imágenes y recordarles que "*las personas mayores son buenas*". Como si los niños norteamericanos no estuviesen hasta las criadillas de ver violencias y carnicerías de toda índole en la televisión de su país.

Lo cierto, pues, con arreglo a los hechos, y la auténtica realidad es que los sectores más conservadores del republicanismo estadounidense simpatizan con la causa sionista con el mismo entusiasmo que lo hacen los progresistas del partido demócrata. Y tal cosa ha sido así desde los mismos comienzos de esa nación.

El fundamentalismo norteamericano moderno hunde sus raíces en los puritanos *pilgrims* que arribaron a las costas de Nueva Inglaterra a principios del siglo XVII. Ahítos de Biblia e imbuidos de una especie de fanatismo mesiánico, los tripulantes del *Mayflower* y del *Arbella* se consideraban a sí mismos los elegidos de Dios, un concepto que, por aberrante que a la luz de los hechos pueda parecer, ha estado siempre presente en el protestantismo estadounidense.

Concepciones similares a aquéllas fueron reproducidas después por "teólogos" más cercanos en el tiempo, entre los que cabría citar a John Wilson, un frenólogo londinense que en 1840 publicó un libro titulado "*Our Israelitisch Origin*", donde se establecían las bases "históricas" y "científicas" del mesianismo anglosajón. Según el citado autor, a raíz de las invasiones asirias un contingente del pueblo judío marchó al exilio. Con el transcurso del tiempo esos judíos exiliados se convirtieron en los escitas, que, a su vez, eran los antepasados de los sajones. Una vez establecida semejante cadena genealógica, y tras afirmar que la palabra "sajón" significaba "hijo de Israel", el tal Wilson concluyó finalmente que los ingleses eran descendientes por línea directa de la tribu judía de Efraín.

Como será fácil de suponer, Wilson no estuvo sólo en esa labor de búsqueda "científica". Muy pronto sus fantasmagóricas pesquisas se vieron secundadas e incluso sobrepasadas por otros lunáticos de parecido calibre. Uno de ellos fue el reverendo Glover, que identificó al león británico con el león de Judá y, al igual que Wilson, afirmó que los ingleses descendían de la tribu de Efraín, y los galeses y escoceses de la tribu de Manasés. Poco después aparecería otro investigador similar, Edward Hine, quien en 1870 publicó una obra donde se ratificaban y ampliaban las conclusiones de sus predecesores ("*The English nation identified with the lost house of Israel by twenty-seven identifications*"- La nación inglesa identificada con la tribu perdida de Israel mediante veintisiete identificaciones-). La primera edición de dicha obra fue seguida cuatro años más tarde de una segunda edición revisada según la cual los anglosajones ya no estaban entroncados con varias de las antiguas tribus hebreas, sino con todas ellas.

Todo esto no pasaría de ser una anécdota esperpéntica si no fuera por el hecho de que tales dislates no sólo alcanzaron una considerable aceptación en su época, sino que todavía hoy se incluyen como conceptos básicos en los libros de texto del fundamentalismo protestante anglosajón.

Con el declive del Imperio Británico, semejantes elucubraciones mesiánicas, tan idóneas por otra parte para servir de soporte ideológico al expansionismo y a la dominación, se afincaron en el nuevo centro de

gravedad del mundo capitalista, donde encontrarían un terreno abonado para su arraigo en las mistificaciones del protestantismo *pilgrim*.

No hará falta decir que el enemigo supremo fue identificado durante años por el fundamentalismo norteamericano con la URSS. Pero ésa no era la única amenaza que se cernía sobre tan benemérita nación. Entre algunos sectores de los más adinerados e influyentes círculos del ultra-conservadurismo republicano, también estuvo extendida la idea de que la *Bestia de las Diez Diademas del Apocalipsis*, era la Comunidad Europea, integrada entonces por diez naciones. Aunque es de suponer que la posterior incorporación de nuevos países a la Comunidad dejaría un tanto desconcertados a tan sagaces cabalistas, que a buen seguro estarán escudriñando con redoblada atención en el esoterismo numérico en busca de nuevas combinaciones que confirmen su tesis según la cual *"la CE reducirá a la esclavitud a Gran Bretaña y a Norteamérica"*.

Otro de los elementos recurrentes del fundamentalismo protestante es el célebre Harmagedón ², una idea que reviste especial importancia entre amplios sectores de la oligarquía económica y política del conservadurismo estadounidense. Así, durante la campaña presidencial de 1980, y en el curso de una alocución pronunciada ante un grupo de dirigentes del lobby judío neoyorquino, Ronald Reagan se refirió a ese tema asegurando que *"Israel es la única democracia estable en la que podemos confiar en la zona donde puede llegar el Harmagedón"*. No será ocioso significar que uno de los mentores "espirituales" de Ronald Reagan era por entonces Jerry Falwell, destacado predicador fundamentalista, y presidente de la llamada "Mayoría Moral" de los Estados Unidos, colectivo que tiempo después se integraría en la Liberty Federation.

Por otra parte, las opiniones de Reagan eran compartidas por varios altos cargos de la Administración, entre los cuales figuraban James Watt, secretario de Interior, James Watkins, jefe de Operaciones Navales, John Vessey, jefe del Estado Mayor conjunto, y Caspar Weinberger, secretario de Defensa. Este último también se manifestó sobre el particular durante una conferencia celebrada en la Universidad de Harvard, donde afirmó que, por su condición de judío practicante, estaba familiarizado con los temas bíblicos, señalando su convicción de que la gran batalla del Harmagedón se libraría en la colina de Meggido, un pequeño promontorio situado a unos veinticinco kilómetros de la localidad israelita de Haifa.

Por lo demás, la importancia que los postulantes del Harmagedón otorgan al territorio israelí es algo común y reiterativo en esos ambientes ideológicos, importancia que, en cualquier caso, no tiene más fundamento que sus estafalarias interpretaciones de ciertos pasajes bíblicos. Muy distinto, por el contrario, es el criterio sobre ese respecto de quienes han sabido valorar la verdadera relevancia estratégica de dicha zona basándose en elementos de juicio bastante más pragmáticos y realistas. Tal fue el caso de Nahum Goldmann, fundador del Congreso Judío Mundial y, posteriormente, presidente de Israel, quien en el curso de la 7ª sesión plenaria del Congreso Judío canadiense se refirió a ese tema en los siguientes términos:

"El Medio Oriente, situado entre tres continentes, cruce de Europa, Asia y África, es probablemente la región estratégica más importante del mundo....Recuerdo que el encargado de la administración del petróleo en Norteamérica durante la guerra, el señor Ickes, me manifestó que los informes de los expertos confirmaban la presencia de más petróleo en el Medio Oriente que en toda América del Norte y Central juntas, de diez a veinte veces más. Y ustedes saben lo que el petróleo significa para el mundo. Una vez que hayamos establecido un Estado judío en Palestina, todo estará a nuestro favor.....Palestina es hoy el centro de la estrategia política mundial, y los hombres de Estado que se ocupan ahora del sionismo piensan así. Querría que los sionistas lo comprendieran. No siempre lo que se sustenta en la justicia y la honradez es lo que cuenta en este mundo. Las naciones y los gobernantes del mundo determinan su actitud con arreglo a sus intereses realistas. Esas serán las

2 La palabra "Armagedón" viene de la palabra hebrea "Har-Magedone" que significa "Monte Megido".

consideraciones decisivas. Todos los aspectos humanitarios del problema palestino no serán, pues, decisivos, y nosotros debemos adaptar nuestra política a los aspectos realistas del asunto". (Seventh Plenary Session, National Dominion Canadian Jewish Congress, May 31, 1947)

Para concluir este breve repaso relativo a las claves mentales propias del fundamentalismo protestante estadounidense, bueno será dedicar unas palabras a la Liberty Federation, auténtico núcleo ideológico de la antigua "Mayoría Moral" y del movimiento ultraconservador actualmente encabezado por Gingrich bajo el lema del 'Contrato con América'. Dicha Federación mantiene una especie de *índice de libros proscritos* en el que, a juzgar por el puritanismo exacerbado del que hacen gala sus mentores, sólo sería previsible encontrar textos atentatorios contra la moral sexual, cosa que, por supuesto, no es así. Esa hipócrita obsesión por todo lo referente al sexo es simplemente la clásica y manida fachada conservadora, de la que tan buen partido suelen sacar sus "rivales" y equivalentes de la burguesía progresista, el otro bando del muladar, que aprovechan tal circunstancia para proponer a cambio su característico repertorio de esnobismos sórdidos y para intensificar sus campañas de disolución global. Pero el meollo fundamental de ese índice de lecturas malsanas no son los panfletos pornográficos, sino las obras que cuestionan el liderazgo político y militar de los Estados Unidos, las que se muestran críticas con el culto al dinero, las que desenmascaran la "ética" de las finanzas y de las sociedades anónimas, y las que ponen en solfa el sacrosanto "liberalismo" económico. Aunque todavía hay más. Entre los libros censurados figuran títulos como "**1984**", de Orwell, y "**Un Mundo Feliz**", de Huxley, dos retratos premonitorios del totalitarismo pos-moderno. También aparece en la lista negra la obra de Solzhenitsin "**Un día en la vida de Iván Denisovich**", uno de los más preclaros alegatos que se hayan podido escribir contra la dictadura soviética.

De esta forma, con un paso hacia atrás de los fariseos piadosos, y dos hacia adelante de sus homólogos progresistas, se va culminado el proceso.

LOS DOCTRINARIOS DEL IMPERIO BRITÁNICO

Para establecer las bases inmediatas del imperialismo británico, cuyo testigo pasaría con los avatares del siglo XX a sus antiguas colonias de Nueva Inglaterra, es ineludible referirse al papel desempeñado en el mismo por dos figuras de especial significación, John Ruskin y Cecil Rhodes, alrededor de las cuales se iba a tejer una tupida maraña de poderosas entidades en las que pueden detectarse las claves de algunos de los acontecimientos que han configurado el mundo actual.

John Ruskin nació en Londres el año 1819. Hijo de un acaudalado hombre de negocios, cursó estudios en el Christ Church de Oxford, donde muy pronto se pondrían de relieve sus peculiares inclinaciones, en las que entremezclaban la pasión por el arte, las inquietudes de tipo social y la expansión del Imperio Británico, al que Ruskin consideraba el vehículo más idóneo para llevar a cabo la labor mesiánica a que estaban destinadas las "élites" de su país.

Fue a través de su cátedra en la Universidad de Oxford como Ruskin inició una labor de proselitismo y adoctrinamiento que no tardó en depararle numerosos adeptos entre sus alumnos, todos ellos procedentes de las altas esferas sociales británicas. De ese vivero saldrían sus más íntimos colaboradores, como Arnold Toynbee, Henry Birchenough, George Parkin, Philipp Lyttelton y **Alfred Milner**. Este último personaje, que volveremos a encontrarnos más adelante, sería en 1915 uno de los cuatro integrantes del Gabinete de Guerra británico, organismo desde donde puso en práctica las enseñanzas de su maestro. De ahí que su condición de director de una potente institución financiera, el *London Joint Stock Bank* (hoy Midland Bank), no le impidiera utilizar su cargo político para brindar una eficaz cobertura al tráfico de armamento realizado durante la revolución rusa por Basil Zaharoff, uno de los principales proveedores del bando bolchevique.

El ideario de Ruskin consistía en el hoy ya consagrado esquema del capitalismo oligárquico y "humanista", y se basaba en la acción conjunta de una élite de tecnócratas y académicos, sostenidos y auspiciados por los poderes financieros. Lógicamente, tales planteamientos suscitaron muy pronto el interés de las altas esferas económicas, que no tardaron en promover su divulgación al otro lado del atlántico. Esa labor corrió a cargo de dos simpatizantes norteamericanos de la doctrina ruskiniana, Walter Vrooman y Charles Beard, quienes, tras entrevistarse con el maestro, fundaron en Estados Unidos el Ruskin College, contando para ello con el soporte financiero y el apoyo social del duque de Norfolk, miembro de la Gran Logia Unida de Inglaterra, de lord Ripon, virrey de la India y maestro de la citada logia, de lord Rosebery, nieto del barón de Rothschild, y del duque de Fife, militante igualmente del Gran Oriente inglés.

El otro gran embajador de la filantropía británica, **Cecil Rhodes**, nació en 1853, y fue el tercer vástago de la numerosa prole del pastor protestante Francis Rhodes. Su trayectoria ascendente comenzaría poco después de trasladarse a África, donde su hermano Herbert administraba una plantación algodonera ubicada en el territorio de Natal. Tras una breve estancia en la plantación, Cecil se dirigió a los campos diamantíferos sudafricanos, montando allí una empresa de extracción en sociedad con un tal Charles Rudd. La buena marcha del negocio le permitió regresar a la metrópoli y graduarse en Oxford, donde entró en contacto con el que habría de convertirse en su mentor ideológico, John Ruskin. El promotor del encuentro entre ambos personajes fue W. Stead, director de una publicación sensacionalista llamada *Pall Mall Gazette*, que se dedicaba a promover el ideario progresista sobre la base, eso sí, de un proyecto de alcance mundial dirigido por la civilización angloparlante.

Acto seguido, Cecil Rhodes se asoció con otros dos empresarios del negocio diamantífero, Alfred Beit y Barney Barnato, con los que creó una vasta red industrial y comercial que muy pronto se hizo con el control mundial de la producción y venta de diamantes, monopolio que posteriormente pasaría a manos de dos ilustres firmas de la plutocracia internacional, los Rothschild y los Oppenheimer, que a través de la sociedad De Beers Consolidated Mines Ltd. controlan en la actualidad el 85% del mercado mundial de diamantes.

Los éxitos económicos de Cecil Rhodes corrieron parejos al importante papel que desempeñó durante el conflicto anglo-boer, desencadenado por los poderes financieros británicos, y muy especialmente por la casa Rothschild, para hacerse con el control de las inmensas riquezas del territorio sudafricano. Y es que, como muy bien señalara el rabino y escritor Marcus Eli Ravage, excelente conocedor de los entresijos político-económicos de aquella época, el poder oculto de Cecil Rhodes no era otro que el dinero de los Rothschild.

La concepción ideológica y los pilares doctrinales de nuestro protagonista no eran sino una perfecta prolongación de las tesis de su maestro Ruskin. En lo esencial, se trataba de los mismos planteamientos que han venido reiterándose a todo lo largo del presente siglo por los promotores y teóricos del Gobierno Mundial. El ideario de Rhodes aparece perfilado con diáfana nitidez en varias de las cartas que dirigiera a unos de sus más íntimos confidentes, el ya mencionado W.T. Stead. Una correspondencia en la que pueden leerse frases como éstas:

"Sostengo que somos la primera raza del mundo y que cuanto mayor porción del mismo sea habitado por nosotros, tanto más se beneficiará la humanidad. Imponer nuestro gobierno significará terminar con las guerras";

"Anhele la unión con América y la paz universal, que supongo podrá ser una realidad dentro de cien años. He pensado, además, en la fundación de una sociedad secreta organizada como la compañía de Loyola y sustentada por la riqueza creciente de aquellos que aspiren a hacer algo".

Bien es cierto que tan conmovedoras inquietudes pacifistas y humanitarias de proyección mundial no incluían entre sus objetivos el poner término a la explotación y a las condiciones inhumanas en que vivían

los trabajadores de las minas sudafricanas controladas por el filántropo británico. Pero comparado con sus elevados planes aquello no pasaba de ser una anécdota insignificante.

El exponente más visible, aunque ni mucho menos el único, de la labor proselitista de Rhodes habrían de ser la Fundación y las Becas Cecil Rhodes, con cuyos fondos han completado su formación innumerables peones de lujo de la plutocracia internacional.

La influencia de estos dos personajes, John Ruskin y Cecil Rhodes, se materializó a lo largo de su época en una serie de entidades surgidas al amparo de su inspiración ideológica, y sostenidas por las altas esferas económicas y oligárquicas, como veremos seguidamente. Más tarde, con el declive del Imperio Británico, sus cánones y procedimientos pasarían al otro lado del Atlántico, como también veremos más adelante.

Entre esas instituciones aludidas en primer lugar merecen destacarse dos: la Pilgrims Society y la Round Table. La Pilgrims Society fue presentada oficialmente el 24 de julio de 1902. Su nombre, como será fácil deducir, se adoptó en memoria de los puritanos ingleses que desembarcaron en la costa de Massachussets, y fundaron la colonia de New Plymouth en septiembre de 1620. Los promotores de esta sociedad fueron varios miembros del Rhodes Trust, entre los que figuraban Harry Britain, Joseph Wheeler, C. Roll, patrón de la firma Rolls-Royce, y Lindsay Russell. La presidencia de la entidad recayó en lord Roberts, célebre por las matanzas y estragos que perpetrara como plenipotenciario del gobierno británico durante la guerra anglo-boer.

Unos meses más tarde, el 13 de enero de 1903, nació la rama americana de la Pilgrims Society por iniciativa del anteriormente citado Lindsay Russell, que en 1921 se convertiría en el primer presidente del Council on Foreign Relations (Consejo de Relaciones Exteriores), un organismo privado de corte oligárquico del que han salido los más altos cargos de la Administración norteamericana desde su creación hasta hoy. Debe precisarse que, con anterioridad a la fundación en los Estados Unidos de la Pilgrims Society, ya existía en aquel país la *Sociedad de Descendientes del Mayflower*, un influyente club que agrupa a la cerrada oligarquía protestante cuyo árbol genealógico se remonta a los puritanos *pilgrims*. Son las mismas familias que, junto con ciertos clanes de la alta finanza, nos encontraremos más adelante cuando salga a relucir una hermética y poderosa sociedad estadounidense denominada **The Order**.

Por lo que se refiere a la Round Table, fue fundada en 1909 por lord Milner. A pesar de su carácter cerrado y elitista, este restringido club no era en realidad sino el círculo más visible o exterior de la sociedad secreta Table Mountain, creada en 1891 por Cecil Rhodes y su íntimo colaborador, W.T.Stead, e integrada por un reducido grupo de iniciados entre los que figuraban el citado lord Milner, lord Grey, lord Rotschild, lord Esher, sir Harry Johnston y lord Balfour. Este último sería algún tiempo después Primer Ministro británico (1902-1905) y, posteriormente, ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Lloyd George (1916-1919).

Para costear los cuantiosos gastos derivados de los proyectos y actividades de la Round Table, lord Milner, que ostentaba simultáneamente el cargo de Gran Vigilante de la Gran Logia Unida de Inglaterra, contó con las aportaciones económicas de dos acaudalados industriales mineros, sir Abe Bayley y Alfred Beit, ex-socios de Cecil Rhodes en el negocio diamantífero sudafricano. Desde la Round Table y la fundación Rhodes, lord Milner influyó decisivamente en las directrices políticas del gabinete presidido por Lloyd George, cuyos asesores fueron todos ellos miembros de dicha sociedad. Como muestra de lo apuntado, bastará citar la célebre *Declaración Balfour*, así como las ayudas brindadas por el Gobierno de Lloyd George a los dirigentes bolcheviques, ya comentadas líneas atrás.

Uno de los objetivos primordiales de la Round Table, desde su creación, fue extender su radio de acción al resto de los territorios de habla inglesa, cosa que no tardó en conseguir. Al punto que en **1915** contaba ya con delegaciones en seis países, además de la sede inglesa (Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, la India,

Australia y Nueva Zelanda). La actividad de los diversos grupos se mantuvo en todo momento coordinada a través de las reuniones periódicas de sus miembros y por medio de un boletín informativo muy completo.

Finalizada la Iª Guerra Mundial, la Round Table entraría en una fase de gran expansión, entre otras razones merced al extraordinario incremento de las aportaciones económicas que comenzaron a lloverle desde un aerópago financiero en el que figuraban los trusts J.P. Morgan, Rockefeller, Carnegie y Lazard Brothers. A través de ese proceso de expansión y penetración social la Round Table han venido ejerciendo desde entonces su poderosa influencia en los círculos académicos, políticos y mediáticos. Entre sus actuales feudos, cuyo dominio comparte con otras sociedades afines del *Establishment*, figuran los rotativos *The International Herald Tribune*, *The Financial Times*, *The Wall Street Journal*, *The Economist*, *The New York Times* y *The Washington Post*, voceros prototípicos todos ellos del capitalismo progresista y multinacional, y órganos cuyos editoriales y artículos son recogidos en todo el ámbito occidental como si procediesen de un oráculo. Otro de los enclaves dominados por la Round Table es la Universidad de Princeton, donde ha organizado el Instituto de Estudios Avanzados, una entidad entre cuyos más conspicuos y asiduos residentes figura el ideólogo marxista Adam Schaff.

Uno de los mejores conocedores del entramado oligárquico mundial, al que no en vano perteneció durante largo tiempo, sería el historiador **Carroll Quigley**. Este autor, de obligada referencia en esta materia, fue profesor de historia en la Escuela del Servicio Exterior de la Universidad de Georgetown, además de profesor invitado en las Universidades de Harvard y Princeton. Fue miembro asimismo de la Asociación Americana de Economía, y de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, becario de la Brookings Institution, y colaborador de la Smithsonian Institution, organismos todos ellos adscritos a los círculos del *Establishment*. Fruto de sus muchos años de estudios e investigaciones en los archivos de dichas entidades, Quigley publicó en **1965** un libro ("**Tragedy and Hope**") cuya primera y única edición se agotó en pocos días, y no precisamente a manos de sus potenciales lectores. Desde entonces la obra en cuestión no ha conocido nuevas reediciones, por lo que resulta prácticamente inencontrable, habiendo desaparecido incluso de las bibliotecas y establecimientos similares de acceso público. Convendría, pues, retener el nombre de este historiador, a quien se acudirá en más de una ocasión a lo largo de las próximas páginas.

A modo de anticipo, bueno será reproducir uno de los más esclarecedores párrafos que Quigley dedicara en su libro a la Round Table. Párrafo que no tiene desperdicio, y dice así.:

"Existe, y ha existido durante una generación, una red anglófila que opera con el objeto de que la derecha radical crea en la acción comunista. De hecho, esta red, que podríamos identificar con los grupos de la Round Table, no tiene aversión a cooperar con los comunistas o con cualquier otro grupo, y así lo hace frecuentemente. Sé de las operaciones de esta red porque las he estudiado durante veinte años, y pude, durante dos años, a principios de 1960, examinar sus papeles y grabaciones secretas. No tengo aversión por ella ni por la mayoría de sus fines, y he estado mucho tiempo de mi vida cerca de ella y de muchos de sus instrumentos. He objetado, tanto en el pasado como recientemente, algunos de sus procedimientos. Pero en general, mi principal diferencia de opinión son sus deseos de permanecer desconocida, y creo que su papel en la historia es suficientemente significativo como para ser conocida".

El rápido repaso efectuado hasta aquí quedaría incompleto sin hacer alusión a la **Fabian Society**, otra importante entidad íntimamente relacionada con las citadas anteriormente.

El convulso clima reinante en la Inglaterra victoriana, derivado del hecho de ser aquel país la primera potencia industrial de su época, con todo lo que ello suponía de explotación y marginación social, brindó el caldo de cultivo adecuado para el alumbramiento de la Fabian Society. Esta entidad fue así concebida al

amparo de las consabidas consignas obreristas y humanitarias por un reducido grupo de "filántropos" perteneciente a los medios acomodados de la burguesía británica y estrechamente vinculados a los círculos de la alta sociedad. Una circunstancia, esta última, nada sorprendente, por cuanto ha venido siendo algo habitual a todo lo largo de los últimos cien años. Entre los mentores y dirigentes de la Fabian Society figuraban Frank Podmore, George Bernard Shaw, Sidney Webb y lord Olivier, a los que se sumó poco después el influyente columnista Graham Wallas. Posteriormente se sucederían las incorporaciones de personajes tan notorios como el economista John Keynes, el filósofo Bertrand Russell, el escritor H. G. Wells y el historiador Arnold Toynbee. También se incorporaron a sus filas algunos dirigentes sindicales, Ben Tiller y Tom Mann entre ellos, así como otras figuras que iremos viendo más adelante.

Pero antes de trazar un sucinto perfil de las actividades de esta sociedad y de sus dirigentes, no estará de más recordar sus orígenes "proletarios", toda vez que la Fabian Society surgió como un grupo escindido de otra organización anterior denominada Hermandad de la Nueva Vida. Entre los quince miembros fundadores de dicha hermandad figuraban , además de Podmore y Bernard Shaw, Edward Pease, agente de bolsa del Hutchinson Trust, Havelok Ellis, psicólogo precursor del sexo libre, Ramsay MacDonald, futuro primer ministro, lord Haldane, más tarde ministro de la Guerra, y Hubert Bland, columnista del influyente diario *Star*. Sin olvidarse de **Annie Besant**, quien a la muerte de la célebre y fantasmagórica **Mme. Blavatsky** había asumido el mando de la *Sociedad Teosófica*, inmersa ya por aquellas fechas en un cisma imparable debido, entre otras razones, al hecho de que muchos de sus militantes europeos empezaban a constatar que la tal sociedad no era fundamentalmente sino un instrumento al servicio del imperialismo británico.

Los quince integrantes de la *Hermandad de la Nueva Vida* se reunieron en Londres el 24 de octubre de 1883 con el objetivo de impulsar un nuevo proyecto ,del que después saldría la Fabian Society. Y lo hicieron bajo los auspicios de Thomas Davidson, un profesor escocés afincado en los Estados Unidos, donde había fundado la American Economy Association en compañía de Woodrow Wilson y del financiero Isaac Seligman.

Por lo que se refiere a las vinculaciones existentes entre la Fabian Society y la Round Table, puede decirse que fueron desde un principio manifiestas, y no solamente por la doble militancia de varios de sus respectivos miembros, sino también por la pertenencia común de muchos de ellos a entidades como la Sociedad de Relaciones Culturales y el Real Instituto de Asuntos Internacionales, desde donde se marcaban al Gobierno británico las directrices a seguir en política exterior; organismos que, por otra parte, estaban patrocinados y sostenidos económicamente por las mismas potencias financieras (Hutchinson Trust, Lazard Brothers, Rothschild, Oppenheimer). Y es que el socialismo fabiano representaba el primer intento sistemático de amalgamar el modelo económico capitalista con las tesis del colectivismo marxista, todo ello, claro está, bajo la sabia y filantrópica dirección de las "élites" angloparlantes. Se trataba, en suma, de una temprana manifestación del proyecto totalitario que, por una u otra vía, se viene acariciando desde hace tiempo.

Naturalmente, la evolución gradual hacia el nuevo modelo de sociedad no se ultimaría en un plazo breve. Como los socialistas fabianos sabían y saben muy bien, ese proceso llevaría algún tiempo, siendo preciso, por tanto, contemporizar con ciertos excesos, necesarios en cualquier caso para la consecución de tan elevado fin. De ahí que, tras unos primeros momentos de rechazo, las más notorias figuras de la Fabian Society manifestasen sus simpatías por el régimen de exterminio implantado en la URSS. Tal fue la actitud, entre otros, del ínclito H. G. Wells, turiferario destacado del régimen bolchevique, y de Sidney Webb, que definió a la Unión Soviética como "*una democracia madura*" y justificó las purgas estalinistas con el argumento de que "*la justicia comunista tendría sus buenos motivos para actuar así*". En la misma línea se manifestaría el dramaturgo Bernard Shaw, que aunque no aprobaba las huelgas obreras en su país, como el resto de los burgueses fabianos, sí se mostró comprensivo con el terror bolchevique, al que consideraba "*un mal necesario*".

Sea como fuere, lo cierto es que el renombrado dramaturgo británico, acostumbrado a transitar por los pasillos del Poder, y por tanto buen conocedor de lo que se cocía en ellos, puso en boca de uno de sus personajes literarios, el financiero Undershaft, unas significativas palabras que bien merecen reproducirse aquí. Así le habla el financiero al político en una obra de Shaw titulada *La Comandante Bárbara*:

"¡El gobierno de tu país! Yo soy el gobierno de tu país, yo y Lazarus. ¿Crees que tú y unos cuantos principiantes como tú sentados en fila en esa institución de estúpido parloteo pueden gobernar a Undershaft y a Lazarus? No, amigo mío, ustedes harán lo que nos convenga. Harán la guerra cuando nos sirva. Comprenderán que el comercio necesita ciertas medidas cuando nosotros hayamos decidido esas medidas. Cuando yo necesite algo que aumente mis ganancias, ustedes descubrirán que mi voluntad es una necesidad nacional, y cuando los demás necesiten algo que disminuya mis ganancias, ustedes llamarán a la policía y al ejército. Como recompensa gozarán del apoyo de mis diarios y de la satisfacción de pensar que son grandes estadistas.....Vuestras multitudes depositan sus votos y se imaginan que de esa forma gobiernan a sus gobernantes. ¡Votar! Cuando usted vota lo único que cambia son los nombres del Gabinete".

Dos de los más activos animadores de la Fabian Society en los inicios de ésta fueron los esposos Webb (Sidney Webb y Beatriz Potter), que, como el resto de los dirigentes de dicha entidad, procedían de los medios acomodados de la burguesía inglesa. Entre las más significativas dotes de este matrimonio fabiano figuraba su encendida verborrea proletaria, lo que les impediría condenar la huelga minera de 1920, y negar toda ayuda a las familias de los huelguistas. Igualmente, sus públicas muestras de simpatía hacia el régimen soviético no entorpecieron en lo más mínimo la buena acogida que en todo momento se les dispensó en los círculos oligárquicos de la alta sociedad británica. Más bien todo lo contrario, pues como muy certeramente señalara el sindicalista americano George Meany, la retórica izquierdista siempre ha gozado de un buen cartel entre amplios sectores de la "mejor" gente. De hecho, Sidney Webb fue distinguido en 1929 con el título de barón Pasfield, y su cuñada, Georgina Potter, entroncó con la élite financiera tras casarse con David Meinertzhagen, presidente de la Banca Lazard londinense. Los Webb constituían, pues, una muestra prototípica de esa burguesía esnob que adopta poses obreristas sin renunciar ni por un momento a sus privilegios de clase y al vacuo tipo de vida característico de su condición social. El conmovedor afán redentor de esas almas sensibles y progresistas se cifra, por tanto, en hacer de los atrasados proletarios unos burguesitos de provecho, trasladándoles a tal efecto todas las taras propias de su decrepita mentalidad, cosa que, como bien prueban los hechos, ya han logrado casi completamente.

Entre las iniciativas del matrimonio Webb destacó la constitución de un Club de "cerebros" cuyo objetivo sería lograr la máxima eficacia en todos los campos, dentro del más puro estilo tecnocrático. Esa agrupación de "superdotados", bautizada por Beatriz Webb con el nombre de Los Coeficientes, fue tratada por H.G. Wells en uno de sus escritos, "*Experiment in Autobiography*", donde le dedicaría todo un capítulo cuyo elocuente título (*La idea de un mundo planificado*) ahorra cualquier comentario.

En 1894 el trust de Henry Hutchinson, en el que Sidney Webb ocupaba un alto cargo, concedió a la Fabian Society diez mil libras para propaganda y demás actividades. Con este dinero y los cuantiosos fondos aportados por la casa Rothschild, los máximos dirigentes de la Fabian Society (Webb, Wallas, Shaw) crearon la *London School of Economics and Political Science* (Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres), cuyo cometido sería formar a los futuros arquitectos de una nueva sociedad regida por los principios fabianos. A lo largo de los últimos decenios este centro académico ha recibido ingentes aportaciones económicas de la Alta Finanza, y muy especialmente del trust Rockefeller, a través de la Fundación L. Spellman-Rockefeller, y por sus aulas ha pasado el propio David Rockefeller, así como una pléyade de políticos y tecnócratas de la izquierda occidental.

EL EASTERN ESTABLISHMENT

En una de sus acepciones, el término *establishment* se traduce como un conjunto de personas unidas por un propósito u objetivo común. Más explícitamente, con la expresión *Eastern Establishment* se designa al entramado plutocrático del *Big Banking* (Gran Banca) y del *Big Business* (Gran Empresa) que domina la vida económica, política y social de los Estados Unidos.

El origen de los grandes capitales estadounidenses se sitúa en la Guerra de Secesión de 1861-65, con la confrontación entre la economía comercial e industrial del Norte y el viejo modelo latifundista y agrícola del Sur. No hará falta aclarar a estas alturas de los tiempos que las razones humanitaristas (abolición de la esclavitud) esgrimidas por el expansionismo nordista no eran otra cosa que espúreos adornos. De hecho, las condiciones de vida del proletariado norteamericano diferían muy poco de las reinantes en las plantaciones esclavistas del Sur. Lo que se ventiló, pues, en aquel conflicto no fue otra cosa que la supremacía del modelo económico del Norte, que era el que mejor respondía a las exigencias del capitalismo expansivo.

El balance de aquella guerra, tan trágico para muchos como rentable para unos pocos, ofrece por tal motivo dos caras bien distintas. En una de ellas aparecen sus 600.000 víctimas, y las cuantiosas pérdidas materiales causadas por la contienda. Y en la otra figura el gran desarrollo industrial que el esfuerzo bélico proporcionó a la zona Norte, así como el espectacular enriquecimiento que de ello se derivó para los especuladores y los proveedores del ejército. La transformación económica operada por el conflicto permitió la acumulación de enormes fortunas y dio paso al ulterior proceso de concentración mercantil e industrial en beneficio de los grandes trusts económicos.

El curso iniciado con la guerra de Secesión, durante la cual se gestaron los primeros imperios económicos (Vanderbilt, Carnegie, Morgan, Rockefeller), daría paso a la concentración monopolista que comenzó a desarrollarse a partir de aquel evento. Desde entonces cada nueva contienda bélica supondría un reforzamiento de esa dinámica. Así, la guerra hispano-norteamericana de 1898 abrió el camino a los oligopolios azucareros. A ésta le seguiría la 1ª Guerra Mundial, que consolidó la concentración de la industria pesada y consagró el ascenso de otros dos imperios económicos: el de la dinastía Pont de Nemours, de Detroit (Unites States Rubber, General Motors, National Bank of Detroit), y el del clan financiero Mellon, de Pittsburg (Aluminium Co. of America, Westinghouse, Mellon Bank).

La concentración prosiguió a ritmo acelerado durante el boom de 1925-29, período en el cual 4.583 sociedades industriales fueron absorbidas por los grandes trusts, que se lanzaron preferentemente sobre las empresas de servicios públicos (electricidad, agua, gas, ferrocarriles, etc). Posteriormente, la 2ª Guerra Mundial y los conflictos sucesivos incrementaron aún más los beneficios y el poderío de los grandes complejos económicos, como tendremos ocasión de comprobar. Pero antes convendrá retrotraerse nuevamente a los inicios de este proceso para analizar más de cerca sus características y la trayectoria de sus principales protagonistas.

De entre las grandes fortunas amasadas a partir de la guerra civil norteamericana, **cuatro nombres** sobresalen en especial: **Cornelius Vanderbilt, Andrew Carnegie, John Pierpont Morgan y John Davison Rockefeller**. El primer apellido prácticamente ha desaparecido del concierto plutocrático mundial y de las altas esferas de influencia política. Los dos últimos, por el contrario, se sitúan actualmente en su vértice más elevado. El hecho de que los Morgan y los Rockefeller ligaran el destino de sus grandes empresas a un potente complejo bancario habría de jugar, sin duda, un papel fundamental en su proyección futura.

Cornelius Vanderbilt era ya un próspero empresario en los comienzos de la guerra. También era, y con diferencia, el de más edad, 65 años, ya que el mayor de sus tres concurrentes no sobrepasaba la treintena.

Las concepciones empresariales de Vanderbilt y su forma de gestionar los negocios estaban, por ello, más próximas a los viejos métodos que a las técnicas que demandaba el capitalismo avanzado. Tampoco en esto se asemejaba a los otros tres. Su imperio económico se articulaba en torno a varias compañías navieras subvencionadas por el Estado. Durante la guerra de Secesión, el "comodoro" Vanderbilt registró enormes beneficios proporcionando al Gobierno nordista la flota de guerra destinada a la toma de Nueva Orleans. Otro sector en el que desarrolló una notable actividad fue el del tendido ferroviario.

La escalada de Andrew Carnegie se fraguó a partir de su cargo como secretario del director de Transportes del Ministerio de la Guerra. Valiéndose de su ventajosa posición, este ambicioso inmigrante escocés montó una factoría de raíles a través de la cual suministraba al Departamento de Transportes todos los pedidos efectuados por éste. Los ingentes beneficios así obtenidos constituyeron la base de la futura Carnegie Steel Co. of New Jersey, uno de los más potentes complejos industriales estadounidenses hasta principios del siglo XX, en que pasaría a la órbita del grupo J. P. Morgan.

Pero vayamos ya con los dos grandes de aquel cuarteto. John Pierpont Morgan era hijo de un inmigrante inglés asociado a la banca británica Peabody&Co., cuyos negocios estaban estrechamente vinculados a los intereses nordistas. Su primera operación comercial, realizada precisamente a través de dicha entidad bancaria, consistió en suministrar cinco mil fusiles anticuados al ejército del Norte, embolsándose en la transacción la nada despreciable suma de 92.500 dólares, una fortuna por aquel entonces. Los sustanciosos beneficios obtenidos durante la guerra constituyeron el punto de partida de su futuro imperio económico. En 1901 fundó la United States Steel Corp., que con el tiempo se convertiría en uno de los mayores trusts acereros del mundo, y en 1903 creó, mediante la fusión de varias empresas navieras, otro gigante comercial, la International Mercantile Marine Co.. Tras su muerte, acaecida en 1913, fue su heredero, J. P. Morgan junior, quien consolidó el poderío del trust, dotándole de una potente institución financiera, la Banca Morgan and Co.

La influencia en los medios políticos de los grandes trusts económicos fue significada ya en la década de los años veinte por el diplomático americano James W. Gerard, quien se refirió al asunto en estos términos:

" Los factores económicos dominan toda la vida nacional en este momento, y los hombres que reinan sobre las fuerzas económicas reinan también sobre el país".

La 2ª Guerra Mundial supuso para la casa Morgan una nueva oportunidad de incrementar su vasto imperio. Con motivo de dicha contienda, el gobierno norteamericano destinó 17.000 millones de dólares a la creación de modernas factorías para la fabricación de material bélico, ya que la demanda armamentista amenazaba con desbordar la capacidad productiva de la industria privada. Naturalmente, la mayor parte de esas nuevas instalaciones (un 80% aprox.) fueron puestas a disposición de las grandes compañías industriales, con todas las ventajas derivadas de ello, pero con la particularidad añadida de que, una vez finalizada la Gran Guerra, las factorías estatales, ya reconvertidas, pasaron a manos de los esos grandes trusts en virtud de una disposición de compra preferente ejecutada a precio de saldo. Uno de los mayores beneficiarios de aquellas transacciones fue el imperio Morgan, que a través de su macrocompañía United States Steel incorporó a su red comercial las imponentes acerías de Geneva (Utah).

Como ya se señalara, el centro neurálgico de este gigantesco trust es la Banca J.P. Morgan, que constituye el instrumento a través del cual se articula toda su red empresarial. No será preciso extenderse aquí sobre el decisivo papel desempeñado por las instituciones financieras como núcleo fundamental de los grandes complejos económicos. El hecho de que los más sobresalientes se articulen en torno a una poderosa banca no obedece precisamente a la casualidad, sino a razones tan sencillas como notorias, ya que los recursos financieros de que dispone un gran establecimiento bancario son inmensamente superiores a los del más

acaudalado propietario. Como resulta evidente, el mecanismo operativo de las sociedades por acciones y de las instituciones bancarias no se basa en las fortunas personales de los plutócratas que las controlan, por cuantiosas que pudieran ser, sino en las gigantescas sumas aportadas por los millares de pequeños accionistas y depositantes de dichas entidades. El poder y la influencia de un magnate económico no se mide, pues, por el volumen de su patrimonio personal, sino en razón de los recursos que es capaz de movilizar y, lo que es más importante aún, por su emplazamiento en los centros decisorios de poder, esto es, en los organismos y cónclaves donde se decide el curso de los acontecimientos. Y éste es un asunto sobre el que conviene aclarar algunos conceptos.

El hecho de que en los últimos años varios bancos japoneses se hayan situado en los primeros lugares del escalafón mundial (en volumen de depósitos o de activos financieros), no tiene, ni por aproximación, la trascendencia que le confieren no pocos expertos en el arte de la confusión. Primeramente sería preciso significar que, tanto los activos de los bancos de inversión japoneses, como su rentabilidad y radio de acción, proceden y se circunscriben casi exclusivamente al mercado nipón. Así pues, su enorme volumen de negocios y de beneficios proceden del mercado nacional, mercado que dominan prácticamente en su totalidad. Sin embargo, y debido a las circunstancias ya expuestas, la incidencia de los bancos de inversión japoneses en el plano internacional es poco menos que irrelevante.

A todo lo apuntado en el párrafo anterior deberá añadirse todavía otra circunstancia no menos importante, como es el hecho de que Japón, pese a haberse convertido en un emporio económico, no pasa de ser un pigmeo en el terreno político y militar. Esto implica, entre otras cosas, que, a diferencia de otras potencias, y de una muy en especial, el Estado japonés no dispone de una poderosa maquinaria de proyección internacional que actúe en beneficio de los intereses exteriores de sus firmas económicas. Justamente lo contrario de lo que sucede en el caso de la Administración estadounidense, cuyo dilatado historial de servicios a los grandes trusts radicados en aquel país no será preciso (ni posible por su extensión) reproducir aquí. Aunque se trata de algo notorio, bastaría con repasar el contenido de diversos informes secretos elaborados por la Administración yanqui para confirmar la evidencia. Algunos de ellos, sacados recientemente a la luz por Noam Chomski, resultan sobradamente explícitos al respecto cuando señalan que *"la mayor amenaza la constituyen los regímenes nacionalistas que obedecen a presiones internas para mejorar el nivel de vida y promover reformas sociales, sin prestar demasiada atención a las necesidades de los inversores estadounidenses"*.

Indudablemente, el mayor banco japonés posee una envergadura económica superior al Chase Manhattan Bank, pero, por citar un solo ejemplo, no fue al presidente de ese banco nipón a quien recibió el gobierno de Gorbachov para dirimir los términos del desmantelamiento del caduco régimen soviético, sino a una selecta delegación de la Comisión Trilateral, comandada por David Rockefeller. Del mismo modo, todavía no se ha interrumpido ningún Consejo de Ministros del gobierno español para que el jefe del gabinete recibiera a un financiero japonés, cosa que, por el contrario, sí ha ocurrido tratándose del ínclito David Rockefeller.

Queda aún otro aspecto digno de mención, y es el artificio fraudulento en virtud del cual los intoxicadores de oficio abundan en la falacia del "libre mercado", apoyándose en la pugna que mantienen los grandes consorcios multinacionales para encaramarse a las más altas posiciones del escalafón empresarial. De tal modo que las fluctuaciones en el *ranking* de los mejor colocados son aducidas por los oficiantes del liberalismo económico como muestra de la libre competencia, competencia que, obviamente, está reservada a un reducido pelotón de oligopolios económicos, y cuyos resultados, sean cuales sean éstos, en nada modifican lo esencial de la situación. Debe quedar claro, además, que las rivalidades circunstanciales que se puedan producir en la superficie del Sistema no afectan en lo más mínimo a los pilares sobre los que éste se asienta. Como podrá comprenderse, las disputas entre los oligopolios económicos, cuya importancia

es en cualquier caso secundaria, pasan a un segundo plano tan pronto como aparece en el horizonte algo que suponga un atisbo de amenaza para sus intereses conjuntos, en cuyo caso todas las piezas del engranaje actúan como un bloque granítico.

Esta mecánica, que constituye el denominador común de todos los círculos oligárquicos, se manifiesta de idéntica forma en el ámbito político, donde las rivalidades y los golpes bajos entre las diversas facciones que conforman el cotarro se convierten en sólida alianza desde el mismo instante en que algún elemento ajeno a la farsa pseudodemocrática pone en tela de juicio la validez del Sistema del que todas ellas son tributarias. Exactamente la misma línea seguida por los grandes medios de comunicación, otro de los pilares del *Establishment* y su más eficiente herramienta, pues no en vano el poder económico y el aparato mediático se encuentran en las mismas manos. De ahí que, más allá de sus sórdidas disputas de intereses y de su adscripción a banderías políticas diversas, todos los grandes medios compartan idénticos planteamientos en lo tocante a la validez incuestionable del Sistema vigente. Unos y otros, partidos políticos y medios de comunicación, no hacen sino interpretar con diferentes matices una misma partitura, y es en los centros de poder plutocrático donde se compone esa partitura y desde donde se dirige la orquesta.

Volviendo el tema central de este análisis, el otro gran protagonista empresarial de la escena decimonónica estadounidense fue John Davison Rockefeller, fundador de una dinastía financiera que, junto con la casa Morgan y el grupo bancario Warburg-Lehman-Kuhn&Loeb, constituyó el triunvirato plutocrático sobre el que habría de cimentarse el Eastern Establishment. Por el momento, y a la espera del análisis más detallado que se dedicará al clan Rockefeller en el próximo epígrafe, bastará con adelantar aquí que su imperio económico, gestado también durante los años de la guerra de Secesión, se articuló en sus inicios en torno a una gran empresa, la Standard Oil, afianzándose posteriormente sobre la base de una poderosa institución financiera, el Chase Manhattan Bank

Como ya se apuntara páginas atrás, uno de los autores que con más conocimiento de causa ha descrito las claves ideológicas y los métodos operativos del *Eastern Establishment* es el historiador Carroll Quigley. En su análisis del asunto, que conocía desde dentro, Quigley sitúa la génesis del sistema financiero occidental en el vuelco de las relaciones de poder producido por las revoluciones capitalistas o burguesas. Como consecuencia de la instauración del sistema capitalista como modelo, el poder efectivo pasó de las instituciones aristocráticas defenestradas a las oligarquías burguesas, plenamente conscientes de que, una vez implantado dicho modelo, el dinero habría de erigirse en el factor determinante del acontecer moderno.

Seguidamente, Quigley describe el proceso a través del cual las grandes dinastías bancarias (Rothschild, Baring, Lazard, Warburg, Schiff, Seligman, Malet, Erlanger etc.) conformaron un sistema de alianzas financieras de alcance internacional. El procedimiento seguido desde el primer tercio del siglo XIX consistió en incorporar a su órbita de dominio un creciente número de bancos provinciales, sociedades aseguradoras y complejos industriales, para desarrollar a continuación, y a nivel internacional, un mecanismo de control del dinero y de su circulación. De esta forma, tanto la economía en desarrollo como las altas esferas políticas entraron en una situación de absoluta dependencia.

Durante el apogeo del imperialismo inglés, el centro operativo desde donde actuó la alta finanza internacional fue el Banco de Inglaterra, el más eficiente de sus instrumentos de dominio por entonces. Posteriormente, con el declive del Imperio Británico y la transferencia de su papel hegemónico a los Estados Unidos, el principal núcleo operativo pasó a ser la Reserva Federal o Banco Central estadounidense, como veremos más adelante.

Por lo que se refiere a los ingredientes ideológicos del engranaje, el citado historiador no duda en señalar como sus máximos mentores a John Ruskin y a Cecil Rhodes, cuyas concepciones basadas en un gobierno

mundial regentado por una oligarquía plutocrático-tecnocrática ya fueron debidamente comentadas con anterioridad. De hecho, las sociedades creadas por ambos personajes fueron el principal vehículo de expansión de sus doctrinas al otro lado del atlántico.

En los Estados Unidos, la configuración del *Eastern Establishment* se desarrolló siguiendo los mismos cauces, y transcurrió de la mano de los dos grandes de la economía norteamericana, Morgan y Rockefeller, a quienes se sumaría en las postrimerías del siglo XIX otro poderoso grupo financiero del que en breve se hablará. Quigley, por su parte, refiere el modo en que, a partir del último tercio del pasado siglo, los trusts Morgan y Rockefeller desarrollaron una labor sistemática de absorción y de concentración económica ejercida fundamentalmente sobre los bancos comerciales, las sociedades aseguradoras, la industria pesada, las compañías de servicios públicos y el ferrocarril. En su obra "*Tragedy and Hope*", Quigley también hace alusión a las fundaciones "filantrópicas" auspiciadas por ambos trusts. Instituciones que, además de constituir plataformas inmejorables de penetración e influencia en todos los ámbitos de la sociedad, habrían de revelarse muy pronto como instrumentos de primer orden para burlar la inoperante legislación antitrust, otro de los espúreos adornos de los regímenes "democráticos" occidentales.

Para completar esta descripción, nada mejor que reproducir textualmente algunos comentarios sumamente ilustrativos escritos por el propio Quigley sobre el particular:

"La estructura de los controles financieros que crearon los magnates del Big Banking y del Big Business en el período 1880-1933 era de una extraordinaria complejidad. Una empresa feudo era erigida sobre otra, ambas eran ligadas con firmas semi-independientes, y el todo creció hasta formar dos cimas de poder económico y financiero, de las cuales, una, con centro en Nueva York, era comandada por J.P. Morgan, y la otra, en Ohio, por la familia Rockefeller. Cuando ambas trabajaban en común, como por lo general hacían, podían influenciar la vida económica del país en alto grado, y casi controlar su vida política, al menos a nivel federal"

"En 1930, las doscientas grandes sociedades(estadounidenses) poseían el 49,2% de los activos de cuarenta mil sociedades del país. De hecho, en 1930 los activos de una sola sociedad, la American Telephone and Telegraph, controlada por Morgan, eran superiores a la riqueza total de 21 Estados de la Unión. La influencia de estos dirigentes de la economía era tan grande que los grupos Morgan y Rockefeller, cuando operaban conjuntamente, o incluso Morgan actuando en solitario, hubieran podido destruir el sistema económico de todo el país".

Otro buen conocedor del panorama reinante en la Norteamérica de principios de siglo fue John Moody, fiel partidario, por otra parte, del modelo capitalista, lo que no le impediría expresarse en una obra publicada en 1904 ("*The Trusts About the Trusts*") en estos elocuentes términos:

"Consideradas en conjunto, las influencias hegemónicas de los trusts obedecen a una intrincada red de pequeños y grandes grupos de capitalistas, muchos de ellos aliados entre sí por lazos de mayor o menor importancia, pero todos apéndice o partes de grupos mayores que, a su vez, dependen y se alían con los dos grupos mastodónticos de Rockefeller y Morgan. Estos dos gigantes constituyen el corazón y la vida comercial del país. Los otros son las arterias que se extienden en miles de ramificaciones por la vida nacional, haciendo sentir su influencia en todos los lugares, sin dejar de estar conectados y depender de esa gran fuente central, cuya influencia y política domina a todos".

Finalmente, el tercer bloque financiero que, junto con los trusts Morgan y Rockefeller, compuso la cima del poder plutocrático en los albores del *Eastern Establishment*, fue el grupo Warburg-Lehman-Kuhn&Loeb.

Este potente complejo bancario se había configurado a través de las alianzas familiares de varios financieros judío-alemanes que, en las últimas décadas del siglo XIX., se instalaron en territorio estadounidense.

Entre los forjadores de dicho imperio económico, muchos de los cuales ya salieron a relucir en páginas anteriores, figuran los nombres de Jacob Schiff, máximo dirigente de la banca Kuhn&Loeb hasta su fallecimiento en 1920, Isaac Seligman, cuya firma bancaria ligó sus intereses a la casa Kuhn&Loeb tras su matrimonio con la segunda hija de Loeb, Felix Warburg, casado, a su vez, con una hija de Schiff, lo que estrechó los vínculos entre la banca Warburg y la firma Kuhn&Loeb, Herbert Lehman, presidente de la banca Lehman Brothers, antiguo gobernador de Arkansas y vicepresidente honorario del American Jewish Committee, y por último, Lewis L. Strauss, consejero de la familia Rockefeller, asociado de la firma Kuhn&Loeb, almirante de la armada estadounidense durante la 2ª Guerra Mundial y, posteriormente, presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos.

Este complejo bancario ha sido tradicionalmente el *alma mater* del American Jewish Committee, así como de la Organización Sionista Americana y de la United Jewish Appeal, organismos a través de los cuales se han canalizado los fondos para el patrocinio de la causa sionista y los empréstitos de la Administración norteamericana al Estado de Israel.

Entre los diversos instrumentos articulados por la plutocracia del Eastern Establishment para dominar la vida pública estadounidense merecen destacarse dos: el Council on Foreign Relations, o Consejo de Relaciones Exteriores, y la Reserva Federal. Del primero, que es un club oligárquico de carácter privado, han salido a lo largo de los últimos setenta años la práctica totalidad de los altos cargos políticos de la Administración norteamericana, con independencia de cuál haya sido el partido político gobernante en cada momento. Más adelante se dedicará a esta poderosa entidad la atención que indudablemente merece. Por lo que se refiere a la Reserva Federal, esto es, al Banco Central estadounidense, se trata de una institución de importancia crucial que, en contra de lo que pudiera suponerse a tenor de su carácter público, está gestionada y dirigida por la Alta Finanza privada.

La creación de este organismo se gestó durante una reunión restringida convocada al efecto por Nelson Aldrich (abuelo de Nelson Rockefeller) el 22 de noviembre de 1910 en Jekyll Island (Georgia), y en la que participaron Benjamín Strong, en representación del Bankers Trust Company, adscrito a la órbita de la casa Morgan, Henry Davison, alto ejecutivo igualmente de J.P.Morgan, Frank Vanderlip, presidente del National City Bank, de Rockefeller, Paul Warburg, director de la banca Warburg, y Piatt Andrew, secretario de Hacienda estadounidense. En dicha reunión se redactaron los informes que poco después recogería con puntualidad el Decreto del Federal Board System, refrendado oficialmente el 20 de diciembre de 1913.

En virtud de aquella disposición legal, que establecía el sistema de la Reserva Federal vigente desde entonces, el Estado otorgó a un grupo bancario privado la facultad de acuñar moneda y el derecho exclusivo a la emisión de billetes, o dicho de otro modo, el control absoluto de la circulación monetaria en todo el país. Desde que dicho sistema fuera adoptado, el gobierno estadounidense se limita a emitir bonos estatales, que son respaldados por la Reserva Federal gestionada por la banca privada. Como consecuencia de ello, la banca privada titular del Board System percibe anualmente en concepto de intereses miles de millones de dólares, que son pagados, naturalmente, por el contribuyente norteamericano.

La adopción del Federal Board System respondía fielmente a la dinámica señalada por el profesor Carroll Quigley cuando describiera los mecanismos y procedimientos empleados por la oligarquía financiera:

"Se trataba, señala Quigley, de la creación de un sistema internacional de hegemonía financiera en manos de algunas individualidades capaces de dominar la política de cada país y la economía mundial. El sistema así estructurado descansaría sobre la autoridad de tipo feudal de los Bancos

Centrales, enlazados entre sí a través de acuerdos estipulados en el curso de entrevistas periódicas y de reuniones privadas".

Efectivamente, desde que ese sistema fuera implantado de forma generalizada, los gobernadores de los Bancos Centrales se reúnen con periodicidad, aunque por encima de los encuentros de quienes a la postre no son sino meros subalternos del Gran Capital, se sitúan los contactos entre los financieros rectores del Establishment mundial, que, en palabras de Quigley: *"conforman un sistema de dominación nacional y de cooperación internacional más potente y más discreto que el de los agentes de los Bancos Centrales"*.

El elemento sobre el que habría de basarse este proceso, iniciado en el siglo XVIII, no fue otro que el papel moneda o billete bancario, cuya emisión y control circulatorio fueron pronto prerrogativas exclusivas de los Bancos Centrales, gestionados y dominados por la banca privada. Las ventajas que para la Alta Finanza supondría la instauración de un sistema económico basado en la moneda fiduciaria, aparecen reflejadas sin tapujos en una carta enviada por los Rothschild de Londres a un banquero neoyorquino el 25 de junio de 1863. Dicha carta, recogida en el documento nº 23 del National Economy and the Banking System of the United States, dice así:

"Las escasas personas que puedan comprender el sistema -cheques y créditos- mostrarán tanto interés por sus beneficios o dependerán en tal manera de sus ventajas que no se debe esperar de ellas ninguna oposición, mientras que, de otro lado, la gran masa de público, mentalmente incapaz de comprender las enormes ventajas que el capital saca de ese sistema, soportará los costes sin oponerse e, incluso, sin sospechar siquiera que ese sistema es contrario a sus intereses".

El modelo de los Bancos centrales fue adoptado en los principales países europeos a lo largo del siglo XIX, con la única excepción sobresaliente de la Rusia zarista. Por lo que a los Estados Unidos se refiere, uno de los más solventes especialistas en esta materia, Gustavus Myers, describió en su obra *"History of the Great American Fortunes"* el modo en que varios banqueros europeos, y muy especialmente los Rothschild, ejercieron su poderosa influencia para la adopción de las leyes financieras norteamericanas. Los archivos legislativos, señala Myers, muestran claramente el poder de los Rothschild en la antigua Banca de los Estados Unidos, suprimida por el presidente Jackson en 1836.

Sin embargo, el financiamiento de la guerra de Secesión (la guerra es uno de los elementos clave sobre los que ha pivotado el progresivo endeudamiento de los Estados modernos) empujó al presidente Lincoln a recurrir a los grandes bancos internacionales, que en 1863 le impusieron la adopción de la National Bank Act, en virtud de la cual dichas entidades compraban los bonos emitidos por el Estado para sufragar los gastos de guerra, con los correspondientes intereses en su favor, obteniendo como contrapartida la facultad de emitir billetes bancarios sin interés; es decir, beneficios a dos bandas para la Alta finanza. Ése sería el régimen bancario vigente en los Estados Unidos hasta que fuera adoptado el Federal Board System, que no hizo sino completar el modelo anterior y garantizar todavía mejor los intereses de sus beneficiarios.

No podría cerrarse este asunto sin mencionar el nombre de Edward Mendel House, alias "coronel" House, un sujeto cuya posición cerca del presidente Woodrow Wilson (del que fue asesor especial y eminencia gris) hizo posible sus turbias maniobras en los círculos políticos norteamericanos hasta lograr la aprobación del sistema de la Reserva Federal. Un servicio inestimable a sus patrones del club plutocrático estadounidense, que éstos no dudarían en reconocerle, como bien muestra esta carta que uno de ellos, el banquero Jacob Schiff, le dirigió al eficiente peón:

Mi querido coronel House

Yo tengo que decirles cuánto aprecio el trabajo tan útil, incluso más cuando se persigue en la sombra, que acabáis de cumplir para la legislación bancaria...Esta ley es

buena bajo muchos aspectos; ella permite comenzar bajo felices auspicios, y dejará que el tiempo cumpla su obra; y cuando pida algunos retoques, nosotros estaremos en buena posición para proceder entonces. De todos modos, tenéis excelentes razones para estar satisfecho con los resultados obtenidos, y yo espero que ese sentimiento acrecentará el placer tomándoos unas vacaciones.

Yo soy, con mis mejores votos, Jacob W. Schiff

Ese mismo sistema sería posteriormente adoptado como modelo inspirador del Fondo Monetario Internacional, a través del cual la Alta Finanza privada ejercita sus mecanismos de control del dinero y del crédito a nivel mundial. Y es también el que sirve de marco al Banco Mundial, otra institución financiera gestionada por la banca privada, aunque sus fondos procedan de las aportaciones de los Estados, es decir, de los ciudadanos. Una institución cuyas concesiones crediticias a los países tercermundistas van invariablemente acompañadas de las directrices económico-políticas que deben seguir. Ambas entidades fueron creadas en el curso de la Conferencia de Bretton Woods (julio 1944), un foro promovido y auspiciado por el Grupo Económico y Financiero del Consejo de Relaciones Exteriores estadounidense.

UNA DINASTÍA PARADIGMÁTICA: EL CLAN ROCKEFELLER

El forjador de la saga, John Davison Rockefeller, nació en 1839 en Richford (New York), en el seno de una familia descendiente de inmigrantes judío-alemanes llegados a Estados Unidos en 1733.

Durante sus modestos inicios como contable de la firma Hewit and Tuttle, el joven John Davison emprendió la redacción de una especie de diario económico al que tituló *Libro Mayor A*. Aquel curioso registro, que todavía se conserva actualmente, y las anotaciones contenidas en su libro autobiográfico "*Random Reminiscences*", ofrecen un esbozo magistral de su personalidad, en la que se combinaban, a partes iguales y en una suerte de simbiosis perfecta, la austera cicatería del buhonero y la ambición ilimitada del empresario predador. Y como se comprenderá, un hombre adornado de tales cualidades, y de otras que iremos viendo, estaba irremisiblemente abocado al éxito económico.

En 1858 abandonó su primer empleo para asociarse con un negociante inglés llamado Maurice Clark, con quien fundó la compañía Clark and Rockefeller. A la habilidad para los negocios del joven Rockefeller vino a sumarse muy pronto un acontecimiento crucial: la guerra de Secesión. Tal suceso multiplicó los pedidos y el volumen comercial de la firma, aunque ése no fue más que el primer capítulo de su dilatada carrera empresarial. El segundo y más importante comenzaría el 10 de enero de 1870, cuando, después de una experiencia de varios años en el sector petrolífero, fundara ya en solitario la Standard Oil.

A partir de ese momento se inició una ascensión imparable que acabaría desembocando en el dominio prácticamente absoluto del trust Rockefeller en la industria del petróleo. Por el camino quedaron sus competidores y un largo rosario de artimañas, extorsiones, sobornos e irregularidades de toda índole. Nada, por otra parte, que no fuera la propia lógica del capitalismo llevada a sus naturales consecuencias. Desde entonces, la jaculatoria preferida del fundador de la dinastía sería "*Dios bendiga a la Standard Oil*", y la divisa de su imperio económico, perpetuada en el tiempo por sus descendientes, dice así: "*Por el bien de la Humanidad*".

Entre las prácticas habituales de la Standard Oil figuraban los sobornos a los empleados de otras compañías, las coacciones a los clientes de sus competidores, amenazándoles para que cancelasen sus pedidos, y la compra de parlamentarios, mediante la cual paralizó en numerosas ocasiones diversos proyectos legales tendentes a poner coto a sus desmanes. A todo esto se añadiría la extraordinaria

complejidad jurídica de su estructura, lo que, unido a la absoluta laxitud e inoperancia de las leyes federales antimonopolísticas, garantizaba a la Standard una amplia impunidad. Tanto es así que, desde su creación en 1870, la Standard pasó de una producción inicial equivalente al 4% del mercado petrolífero americano, al control en 1876 del 95% de dicho mercado. En el corto espacio de seis años la compañía de Rockefeller había laminado o absorbido prácticamente a todos sus competidores.

Las innumerables tropelías perpetradas por la Standard se fueron acumulando con los años en forma de otras tantas demandas legales interpuestas por sus víctimas, a las que se añadieron las de diversos Estados de la Unión. Huelga decir que sin ningún resultado satisfactorio para los querellantes. Pero en 1907 un juez encontró a la Compañía culpable de 1.642 casos de extorsión, condenándola por ello al pago de indemnizaciones por valor de 29.240.000 dólares. Cuando John Davison Rockefeller tuvo noticia del fallo, comentó sin inmutarse:

"El juez Landis estará muerto mucho antes de que hayamos saldado esa deuda".

El magnate americano, que conocía muy bien el terreno que pisaba, no se equivocó. Aquella resolución condenatoria sería anulada en recurso años después.

Con el transcurso del tiempo, el nivel de organización y eficacia del Trust se iría ampliando de acuerdo con las exigencias del capitalismo en expansión. Una de las innovaciones más provechosas para la firma fue adoptada por el primogénito del fundador, John Davison Rockefeller junior, quien, a raíz de su matrimonio con Abby Greene Aldrich, había entroncado con una de las más rancias familias de la oligarquía pilgrim.

En 1923, Junior incorporó al trust familiar una nueva categoría de colaboradores: los asociados, una especie de consultores con rango oficial que en poco tiempo conformaron una amplia red de influencia cuyas ramificaciones abarcaban todos los sectores de la sociedad norteamericana. Además de velar por los intereses de la casa Rockefeller, uno de los más importantes cometidos de sus asociados consistía en contactar con personas bien situadas y relacionadas e incorporarlas a la firma, extendiendo así el peso y la influencia de ésta. Sin embargo, las bazas más importantes en lo tocante a la consolidación y la expansión del Trust fueron, sin ninguna duda, su implantación en el ámbito bancario, y sus inversiones filantrópicas.

En 1911, John D. Rockefeller adquirió un grueso paquete de participaciones de la Equitable Trust Company, convirtiéndose así en su accionista mayoritario. Nueve años después esa entidad financiera manejaba ya un volumen de depósitos superior a los 250 millones de dólares, y se había situado en el octavo lugar del escalafón bancario estadounidense.

El siguiente paso tuvo lugar en 1930, cuando John Davison Junior ultimó la fusión de la Equitable Trust Company con el Chase National Bank, que pasó a convertirse de ese modo en el mayor banco del país. No habían transcurrido aún tres años desde la fusión cuando el clan Rockefeller lograba situar a uno de sus miembros (Winthrop Aldrich) en la presidencia del Consejo de Administración de la entidad. El proceso de consolidación financiera culminaría finalmente en 1955, con la fusión del Chase National Bank y el Bank of the Manhattan Company, ligado al grupo Warburg, fusión de la que resultó el Chase Manhattan Bank, presidido desde 1969 por David Rockefeller, nieto del fundador de la dinastía y cabeza de la misma en la actualidad.

No será difícil advertir que la conformación de esos mastodónticos conglomerados económicos, que no ha hecho sino acentuarse con el transcurso del tiempo, contradice frontalmente las cacareadas reglamentaciones antitrust, así como el no menos vociferado sofisma del libre mercado, conceptos que no son en la práctica más que entelequias propagandísticas, como los hechos demuestran hasta la saciedad.

Por lo que se refiere a la evolución del trust Rockefeller, pueden mencionarse dos simulacros jurídicos de impedimento a sus prácticas monopolistas, que se saldaron, como no podía ser de otra forma, con sendos

fiascos. Considerando cuál es la dinámica propia y connatural del sistema capitalista, esperar otra cosa habría sido absurdo.

El primero de tales intentos tuvo lugar en 1887, a raíz de una resolución adoptada por el Congreso (Inter State Commerce Act) en contra de los consorcios comerciales interestatales y de las rebajas discriminatorias practicadas por las compañías ferroviarias en favor de los grandes trusts. La Standard Oil, que vulneraba dichas disposiciones, fue emplazada ante los Tribunales y condenada en juicio a su disolución. Pero la sentencia no fue ejecutada.

Poco después, en 1889, el Estado de Ohio demandaba de nuevo a la Standard, apoyándose en una ley que prohibía toda asociación económica cuya red comercial se extendiese por varios Estados de la Unión. El fallo de los Tribunales volvió a ser condenatorio, conminando a los responsables de la Compañía a disolverla. Como respuesta, John D. Rockefeller, que en esa ocasión simuló acatar formalmente la resolución judicial, estableció con los administradores y fideicomisarios de sus empresas un "*gentlemen agreement*", es decir, un acuerdo tácito entre "*hombres de honor*" por medio del cual se mantuvo de facto la vinculación orgánica de todas las compañías del Trust. Todo siguió, por tanto, igual que antes.



Veinte años más tarde, tras un largo paréntesis de calma, se desencadenaba la segunda y última tentativa. Por aquellas fechas, el juzgado federal móvil de Missouri emprendía un proceso contra el trust Rockefeller bajo la acusación de complot contra el libre mercado, iniciándose así un dilatado proceso a lo largo del cual fueron acumulándose las resoluciones condenatorias y los consiguientes recursos. Finalmente la causa llegó a la Corte Suprema, que en marzo de 1911 decretó la desmembración de la Standard en 39 compañías diferentes, cada una de las cuales debería operar independientemente y en competencia con las demás. Aquello no fue más que un nuevo espejismo, ya que las participaciones de la Standard siguieron, lógicamente, en manos de los mismos accionistas, de tal modo que el único cambio que se produjo consistió en que el Trust dejó de operar con un solo nombre para hacerlo bajo varios distintos. Fue así como nacieron La Standard Oil of New Jersey, la Standard Oil of Ohio, la Standard Oil Company of New York (SOCONY), la Vacuum Oil, la Humble Company, etc.

Por su parte, John D. Rockefeller, que seguía siendo el accionista mayoritario, eludió cualquier sospecha de intentar reconstruir el consorcio creando una serie de fundaciones filantrópicas a las que transfirió buena parte de sus acciones. A título de muestra, sólo una de ellas, la Rockefeller Foundation, recibió cuatro millones de acciones de la Standard de New Jersey, y dos millones de títulos de la Standard de Indiana. Un

tema del que convendrá ocuparse a continuación, no sin antes consignar que el único resultado efectivo de aquella "desmembración" fue la espectacular subida experimentada por las acciones de la Standard en la bolsa neoyorquina, al punto que, en el breve plazo de cinco meses, el valor de las mismas aumentó en 200 millones de dólares, una cifra nada despreciable para la época. Poco después de aquel evento era elegido nuevo presidente de los Estados Unidos William Taft, quien manifestaría públicamente sus escasas simpatías por la legislación antitrust, calificándola de insensata e inoperante.

Por lo que se refiere a las Fundaciones filantrópicas, el primero que supo vislumbrar sus polifacéticas utilidades fue Andrew Carnegie, quien, por otra parte, era un decidido entusiasta del darwinismo social ; una contradicción que, a la luz de la realidad que se enmascara tras esas instituciones, no es más que aparente. Pero serían los Rockefeller quienes mejor partido iban a sacar a este valioso instrumento, que en sus manos se reveló como un recurso de efectividad inigualable. Y es que tales entidades no sólo sirvieron para convertir la animosidad social hacia el clan de los primeros momentos en creciente simpatía, derivada de su nuevo papel "benefactor", sino también como un útil de primer orden para burlar la reglamentación antitrust.

Con todo, no se agotan ahí los múltiples usos de las Fundaciones, toda vez que éstas se han mostrado también como un vehículo inmejorable de penetración e influencia en todos los ámbitos de la sociedad.

Si nos ceñimos al terreno estrictamente económico, las prerrogativas que la legislación norteamericana concede a este tipo de instituciones hablan por sí mismas. Así, los fondos transferidos a una Fundación son deducibles en la declaración de la renta, y todos los bienes que le son entregados están exentos de derechos sucesorios. Por lo demás, las donaciones pueden ser efectuadas tanto por personas físicas como por cualquier tipo de sociedad, sea o no de carácter lucrativo. Asimismo, las fundaciones están exentas a perpetuidad del pago de impuestos, lo que no impide que puedan poseer, comprar o vender todo tipo de bienes inmuebles y de valores mobiliarios, así como conceder préstamos a sus donantes. Todo ello hace que los miembros de sus Consejos Directivos dispongan de una plataforma óptima para actuar en beneficio propio al amparo de los privilegios de que goza la Fundación.

En el ámbito político, las diversas Fundaciones del clan Rockefeller le rindieron igualmente un valioso servicio a éste. A través de ellas, y de otros eficaces instrumentos, como el Consejo de Relaciones Exteriores, el clan Rockefeller ha mantenido durante las últimas cinco décadas una considerable influencia en las altas esferas del poder político. De hecho, buena parte de los personajes que han determinado la política norteamericana a lo largo de ese período, estuvieron vinculados a las entidades del trust Rockefeller, cuando no procedían directamente de los órganos directivos de las mismas. La relación es tan numerosa que sólo podrán citarse algunos de los más significativos, entre los cuales figuran Douglas Dillon, James Forrestal, John McCloy, Robert Patterson, Allen y John Foster Dulles, Winthrop Aldrich y Dean Rusk, destacados protagonistas todos ellos de la escena pública estadounidense de posguerra.. La lista continúa con los hombres que constituyeron el relevo generacional de los primeros, como son Walt W. Rostow, Zbigniew Brzezinski y Henry Kissinger, salidos igualmente de los foros y organismos patrocinados por las Fundaciones Rockefeller.

No menos importante ha sido y es la presencia de las diversas Fundaciones Rockefeller en la vida social estadounidense, acerca de cuyo alcance tan solo podrán ofrecerse aquí algunas muestras, ya que la actividad de esa maquinaria fundacional se extiende por campos tan diversos como la demografía, la religión o la enseñanza académica, si bien su orientación ideológica es la misma en todos los casos.

Uno de los campos en el que la Fundación Rockefeller fue pionera es el del control de la natalidad, al punto que ya en 1934 comenzó a desarrollar su labor en ese terreno uno de los miembros del clan, John D.

Rockefeller III, si bien los condicionantes mentales de la época no eran aún lo suficientemente propicios para tales planteamientos. Pero ese inicial inconveniente no habría de suponer un gran obstáculo. Todo era cuestión de tiempo y del adecuado despliegue propagandístico para que la mentalidad occidental fuera adaptándose a las necesidades del capitalismo moderno. A medida que el asunto se fue divulgando, el rechazo de los primeros momentos a las tesis anti-conceptivas fue dando paso a una acogida más favorable, de tal modo que ya a finales de los cincuenta el control de la natalidad se había convertido en una de las prioridades de la política exterior norteamericana. Tanto es así que, en 1958, el Departamento de Estado adoptó como tesis oficial que el crecimiento demográfico constituía el mayor obstáculo para el desarrollo económico y social y para el mantenimiento de la estabilidad política en los países del Tercer Mundo. Una tesis que ha venido manteniéndose desde entonces, y mediante la cual se han soslayado sistemáticamente las razones de fondo de la postración tercermundista. No será ocioso significar que buena parte del presupuesto dedicado por la Administración norteamericana al control de la natalidad en las regiones subdesarrolladas ha corrido tradicionalmente a cargo de las Fundaciones Ford y Rockefeller, cuyo proverbial altruismo se manifiesta igualmente en el ámbito occidental a través de sus aportaciones millonarias a la causa pro-abortista.

También en el terreno académico las inversiones del trust Rockefeller han sido cuantiosas. Figura entre sus principales logros la Universidad Rockefeller, cuyo antecedente embrionario fue el Instituto de Investigación Médica. Otro importante centro cultural financiado por las Fundaciones Rockefeller ha sido el complejo de Morningside Heights, una especie de emporio académico del que forman parte la Universidad de Columbia, el Teachers College, el Barnard College, la International House, la Iglesia Riverside, el Seminario de la Unión Teológica y el Seminario Teológico Hebreo.

También el ámbito religioso, por llamarlo de alguna manera, ha suscitado la atención de la filantropía rockefelleriana. El primer impulsor de semejante labor fue John D. Rockefeller junior, que ya a principios de los años treinta comenzó a significarse como el principal promotor financiero del protestantismo liberal. Título al que se hizo acreedor mediante sus cuantiosas aportaciones y su entrega personal a la causa promovida por instituciones como el Movimiento Mundial Interiglesias, el Consejo Federal de Iglesias y el Instituto de Investigaciones Sociales y Religiosas, cuyos postulados ideológicos se basaban en una especie de ecumenismo pseudorreligioso y en un cambio de las instituciones eclesíásticas al objeto de que éstas se incorporasen a las tesis ideológicas propugnadas por el capitalismo expansivo y progresista. Todo ello, naturalmente, sobre la base de la preponderancia internacional estadounidense, un concepto que estaba presente en la raíz misma del entramado filantrópico creado por el fundador de la dinastía. De hecho, el reverendo Frederick Gates, que fue el brazo derecho de John D. Rockefeller senior, y el verdadero artífice de su imperio filantrópico, manifestó reiteradamente la doctrina que subyacía tras ese proyecto, que no era sino la consabida "misión civilizadora" de las razas de habla inglesa, y el desarrollo económico del planeta bajo la tutela de los Estados Unidos.

Con el discurrir del tiempo la orientación de los programas "religiosos" financiados por las Fundaciones Rockefeller ha corrido en paralelo con la de las más avanzadas corrientes pseudoespirituales modernas, cuyo trasfondo se sitúa en la línea de los postulados comentados en el párrafo anterior. A ello obedecen las ayudas financieras de dichas Fundaciones a numerosas sectas (Hare Krisna entre ellas) divulgadoras de un orientalismo burdo y adulterado a la medida del vacuo esnobismo occidental. Como militante de alto grado de la francmasonería, el actual cabecilla de la dinastía, David Rockefeller, patrocina también varias sociedades pseudoineciáticas que se dicen representantes de la tradición perdida, como es el caso de la denominada AMORC (Antiquae et Mysticae Ordo Rosae Crucis).

Con todo, las diversas Fundaciones Rockefeller no son sino un instrumento más, ciertamente importante, aunque no exclusivo, de la intervención del clan en la vida pública. Intervención que se ha venido articulando a través de otros conductos, como son ciertos organismos privados de crucial influencia política entre los que figuran el Consejo de Relaciones Exteriores, la Comisión Trilateral y el Bilderberg Group, entidades, todas ellas, financiadas por los grandes oligopolios económicos, cuyos intereses representan.

Por lo demás, la intervención del trust Rockefeller en las esferas políticas no es un fenómeno reciente, pues, como ya se apuntara, sus primeras manifestaciones vienen de muy atrás. Ya en fechas tan tempranas como el período presidencial de McKinley (1897-1901), las maniobras políticas de la Standard Oil se hicieron patentes sin el menor disimulo. De hecho, el soborno a los miembros del Senado estadounidense llegó a convertirse en algo habitual. Sobran testimonios fehacientes al respecto, entre ellos varias cartas dirigidas por John Archbold, brazo derecho de John D. Rockefeller, a otros tantos senadores, señalándoles las medidas a adoptar, agradeciéndoles los servicios prestados y notificándoles el ingreso en su cuenta de la correspondiente gratificación. Por otro lado, el factotum y eminencia gris de la Administración McKinley, Mark Hanna, era un viejo amigo y estrecho colaborador del patrón de la Standard.

Al presidente McKinley le sucedió Theodore Roosevelt, quien, presionado por la indignación pública, se vió en la necesidad de abordar el tema de los turbios manejos de los grandes consorcios, aunque no tardaría en dejar bien clara su posición al respecto. Y al hacerlo, no sólo subrayó la absoluta inoperancia de la normativa anti-monopolista, sino que calificó a los trusts de inevitables, añadiendo que *"todo esfuerzo por desmantelarlos resultaría fútil, a menos que se hiciera de una manera que ocasionara un grave detrimento a todo el cuerpo político"*.

Téngase en cuenta, por otra parte, el hecho de que, desde hace largo tiempo, las campañas electorales de todos los candidatos políticos estadounidenses son costeadas con los fondos aportados por los magnates económicos de aquel país. Dada la magnitud de las cifras necesarias para afrontar dichas campañas, resulta claro que las posibilidades de cualquier candidato que no cuente con tales ayudas son totalmente nulas; y no hará falta decir que los dueños de la economía suelen saber muy bien en quién invierten.

Ya en la década de los cincuenta, fue uno de los candidatos a la Casa Blanca, Robert Taft, quien manifestó que *"desde 1936, todos los candidatos republicanos a la presidencia de los Estados Unidos han sido nominados por el Chase Manhattan Bank"*. Aparentemente, el punto álgido de la intervención del clan en la vida pública iba a producirse durante los años en que Nelson Rockefeller se convirtió en uno de los principales protagonistas de la política norteamericana. Pero ese capítulo no debe considerarse sino como una anécdota circunstancial, ya que las oligarquías económicas han demostrado sobradamente su inclinación a ejercitar su dominio de forma indirecta y sin estridencias, sirviéndose para ello de sus correspondientes peones políticos. El caso de Nelson Rockefeller, pues, obedeció menos a los manejos hegemónicos de la plutocracia, mejor ejercitados por otros conductos, que al afán de notoriedad del personaje en cuestión.

La trayectoria de David Rockefeller, por el contrario, se sitúa en el extremo opuesto a la de su hermano Nelson, y responde bastante mejor a las coordenadas clásicas del poder plutocrático ejercido más allá y muy por encima de las contingencias políticas de cada momento. Un poder que, en el caso de David Rockefeller, ha venido basándose en una amplia red de influencias y relaciones sociales tejida a lo largo de decenios por las Fundaciones del Trust, así como en los puestos de primer rango detentados en organismos tales como la Round Table, el Consejo de Relaciones Exteriores, la Comisión Trilateral o el Bilderberg Group, sin contar la presidencia del Chase Manhattan Bank. Y no es en los estamentos políticos, sino en los organismos de ese tipo, donde reside el auténtico poder.

Todo lo reseñado hasta aquí no ha sido más que una sucinta muestra de la influencia ejercida en la vida pública estadounidense por el clan Rockefeller, escogido como paradigma de unas prácticas extensivas y comunes a todos los trusts financieros. Lo oportuno, por tanto, será completar este repaso dedicando algunas líneas a las influencias de la saga en el ámbito de la política exterior.

Sí, como en el primer caso, nos remontamos a los principios de la dinastía, podremos comprobar que, ya en la época de su fundador, la Standard Oil contó para su expansión exterior con la estrecha colaboración de las instituciones políticas estadounidenses. El propio John D. Rockefeller anotaría en su libro autobiográfico *Random Reminiscences* que *"una de las entidades que más nos ha ayudado ha sido el Departamento de Estado"*, aunque se le olvidara añadir que, para hacer más grata esa ayuda, muchos de los embajadores y cónsules norteamericanos figuraban en la nómina de la Standard, percibiendo a cambio de sus servicios las oportunas compensaciones económicas.

Uno de los capítulos más lucrativos de las actividades comerciales de la Standard en el exterior se sitúa en el ámbito de los conflictos bélicos. En la década de los veinte, la Standard de Nueva Jersey formó un consorcio con la corporación petroquímica alemana I.G. Farben. Las relaciones comerciales entre ambas compañías continuaron después de la subida de Hitler al poder, e incluso se prolongaron durante los primeros años de la guerra. Y es que los buenos negocios no entienden de otras desavenencias que no sean las económicas. Una carta dirigida en 1939 por el vicepresidente de la Standard, Frank Howard, a sus socios de la Farben, se expresaba en términos tan elocuentes como éstos:

"Hemos hecho todo lo posible por trazar proyectos y llegar a un modus vivendi, independientemente de que los Estados Unidos entren o no en guerra".

Por otro lado, uno de los más destacados directivos de la Rockefeller Brothers Inc., Lewis Strauss, desempeñó también un papel relevante durante las postrimerías del conflicto. Este polifacético personaje, que a su condición de banquero asociado a la firma Kuhn&Loeb, añadía la de consejero gubernamental, fue el promotor de la Misión Técnica destacada por el gobierno norteamericano al término de la 2ª Guerra Mundial para la captación de científicos nazis; también en este caso el pragmatismo de Strauss se impuso a su origen étnico.

Posteriormente, tanto la guerra del Vietnam, como la árabe-israelí de 1973, dieron lugar a numerosas denuncias acusando a los trusts petroleros (la EXON y la SOCONY de Rockefeller entre ellos) de lucrarse con la primera y, más aún, de promover la segunda con el propósito de provocar el alza de los precios del crudo. En tal sentido se manifestaron el rotativo *Washington Observer* y, muy especialmente, una documentada obra publicada en 1974 por C. Baker bajo el título *"The Great Rockefeller Energy Hoax"*.

En los países sudamericanos las actividades económicas del trust Rockefeller, y de las restantes macro-empresas norteamericanas, se beneficiarían de la política oficial diseñada por el Departamento de Estado para esa región, política basada en el principio de la prioridad de los intereses privados estadounidenses sobre cualquier consideración de carácter político.

Otro de los principios que han regido la política exterior de los Estados Unidos en el Tercer Mundo, y que sirvió de cobertura a la actuación de los grandes trusts, fue formulado precisamente por Nelson Rockefeller a comienzos de la década de los cincuenta, cuando señalara la importancia que tendrían en el futuro los recursos de los países tercermundistas, así como la necesidad de asegurarse su control. Tesis que, obviamente, serían adoptadas con puntualidad por el Departamento de Estado.

De todos los miembros de la dinastía, ha sido sin duda David Rockefeller quien con más empeño y mayor éxito ha cultivado su proyección internacional. Desde los inicios de los años sesenta hasta hoy, este financiero-estadista ha recorrido el planeta en su reactor particular para entrevistarse y negociar con jefes

de Estado y primeros ministros de toda laya ideológica. En todos los lugares donde recaló fue (y es) recibido con respeto reverencial, y muy especialmente en los países de la antigua órbita soviética. Esta última circunstancia sería comentada por George Gilder, un íntimo de la familia, en los siguientes términos:

"Cuando David va a Rusia es tratado a cuerpo de rey. Y resulta curioso que nadie sea capaz de reverenciar, halagar y exaltar a un Rockefeller tan bien como lo hacen los marxistas".

2. LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS: ANILLOS EXTERIORES Y ANILLOS INTERNOS.

LA SUPERFICIE DEL PODER MUNDIAL

LA COMISION TRILATERAL

Tras año y medio de intensos tanteos y reuniones preparatorias auspiciadas por el Chase Manhattan Bank, en julio de 1973 hacía su presentación oficial la Comisión Trilateral, un organismo de carácter privado que su más destacado ideólogo, Zbigniew Brzezinski, iba a definir como *"el conjunto de potencias financieras e intelectuales mayor que el mundo haya conocido nunca"*.

Después de varias reuniones del Comité Ejecutivo, en las que se estableció una declaración de principios y se trazaron las líneas maestras de la organización, en mayo de 1975 tuvo lugar en la localidad japonesa de Kyoto la primera sesión plenaria de la Trilateral. Los delegados asistentes a la misma representaban en su conjunto alrededor del 65% de las firmas bancarias, comerciales e industriales más poderosas del planeta.

Figuraban entre ellos los máximos dirigentes de las bancas Rothschild y Lehmann, del Chase Manhattan Bank, de las multinacionales Unilever, Shell, Exxon, Fiat, Caterpillar, Coca-Cola, Saint-Gobain, Gibbs, Hewlett-Packard, Cummins, Bechtel, Mitsubishi, Sumitomo, Sonny, Nippon Steel, etc., así como los mandatarios de varias Compañías públicas nacionalizadas de proyección multinacional. En definitiva, los mayores productores mundiales de petróleo, de acero, de automóviles y de radio-televisión, y los principales grupos financieros del planeta estaban en manos de miembros activos de la recién creada Comisión Trilateral. Con el transcurso del tiempo y las sucesivas incorporaciones, la concentración de grandes firmas en el seno de la Comisión iría a más. Los dos temas que constituyeron el objeto central de aquel encuentro no podían llevar títulos más expresivos: *"La distribución global del Poder"* y *"Perspectivas y asuntos claves de la Comisión Trilateral"*.

El organigrama de la Comisión se articula atendiendo a las tres regiones hiperdesarrolladas del globo para las que fue concebida, esto es, América del Norte (EE.UU y Canadá), Europa y Japón. Cada una de estas tres zonas dispone de un Comité Ejecutivo que, entre otras cosas, se encarga de elaborar la relación de empresarios, políticos, sindicalistas, académicos y dirigentes de medios de comunicación considerados idóneos para su incorporación a la entidad; todos ellos constituyen la base sobre la que se levanta la estructura piramidal de la Comisión. El órgano supremo trilateralista es el Comité Directivo Mundial, presidido por David Rockefeller e integrado por los presidentes, los diputados presidentes y los directores de cada una de las tres grandes zonas en que está implantada la organización. Dado que la extensa nómina de miembros de la Comisión Trilateral ya fue expuesta en un trabajo precedente, no parece oportuno reproducirla nuevamente. Aquí bastará con significar que entre sus integrantes se encuentran indistintamente individuos adscritos tanto a la derecha como a la izquierda política, por emplear una

terminología que, si bien carece de significado en lo esencial de los planteamientos de unos y otros y en la práctica de los hechos, resulta de uso obligado en el terreno de lo convencional.

Tampoco estará de más referirse a las inclinaciones pseudoesotéricas manifestadas por los promotores de esta organización, inclinaciones que han incorporado a la simbología de la misma. En efecto, el emblema de la Comisión consiste en un círculo periférico dividido en tres trazos de los que parten otras tantas flechas que convergen en un círculo interior. Se pretende con ello reflejar el clásico arcano de la Unidad que se despliega en el dos y en el tres, y a la que, a su vez, se llega por medio de éstos; simbología que, en este caso, no es más que nada una siniestra parodia tras la que se encuentra el culto al demiurgo inspirador de la religión "humanista" del poder y del dinero, que es el culto que se oficia en los aerópagos del Nuevo Orden Mundial.

En cuanto a los objetivos de la Comisión, éstos se componen de una amalgama de enunciados teóricos y de planteamientos prácticos sin ninguna relación entre sí. Se trata, pues, de separar la retórica de la realidad, cosa que tampoco reviste excesiva dificultad.

Entre los primeros figuran los consabidos estereotipos característicos de la demagogia oficial. La declaración trilateralista enunciada en el World Affairs Council de Filadelfia (24-10-1975) ofrece una buena muestra de lo dicho:

"Todos los pueblos forman parte de una comunidad mundial, dependiendo de un conjunto de recursos. Están unidos por los lazos de una sola humanidad y se encuentran asociados en la aventura común del planeta tierra....La remodelación de la economía mundial exige nuevas formas de cooperación internacional para la gestión de los recursos mundiales en beneficio tanto de los países desarrollados como de los que están en vías de desarrollo"

Efectivamente, desde que fuera creada la Comisión Trilateral, y después de veinte años de "distribución" de los recursos mundiales, éstos son acaparados en más de un 80% por los países pertenecientes a la órbita de la Comisión, países que apenas representan en su conjunto el 10% de la población mundial.

Prescindiendo de las declamaciones altisonantes y de los efectismos hipócritas, lo cierto es que uno de los objetivos para los que fue creada la Comisión se basa justamente en lo contrario, esto es, en consolidar la hegemonía del bloque desarrollado sobre los países del Tercer Mundo y en impedir que éstos puedan obstaculizar el futuro de ese predominio. De ahí que una de las primeras propuestas del ideólogo trilateralista Z. Brzezinski, consistiese en "el establecimiento de un sistema internacional que no pueda verse afectado por los "chantajes" del Tercer Mundo". En ese mismo sentido se manifestaría durante la cumbre de Kyoto de 1975, donde señaló explícitamente que "el eje esencial de los conflictos ya no se sitúa entre el mundo occidental y el mundo comunista, sino entre los países desarrollados y los que aún no lo están", una declaración que reflejaba adicionalmente la doctrina desarrollada por la Comisión Trilateral en sus relaciones con el bloque marxista.

En efecto, las reuniones plenarias de la Trilateral contaron desde el principio con la asistencia de una delegación soviética, habida cuenta que los analistas de la Comisión estimaban que, en su conjunto, la situación reinante en la URSS no suponía el menor impedimento para una mutua comprensión. Muy al contrario, los expertos trilateralistas calificaron como "óptimo" para los objetivos de la Comisión "el gran conjunto económico soviético, donde se afirma la concentración de fuertes unidades de producción que, aunque todavía nacionales, operan con fundamentos y capacidad de acción multinacional".

Ignorando, pues, la situación interna de la Unión Soviética y sus violaciones sistemáticas de los cacareados derechos humanos, ya que lo contrario, según Brzezinski, no haría sino obstaculizar una futura y más estrecha colaboración, y bajo el eslogan "el comercio es la paz", los diversos trusts económicos integrados

en la Trilateral mantuvieron un lucrativo negocio con la extinta URSS y sus satélites, procurándoles todo tipo de equipamientos industriales, sistemas electrónicos, productos petroquímicos, cereales, etc. La magnitud de esas operaciones crediticias y comerciales implicaba, como consecuencia adicional, una dependencia casi absoluta del régimen soviético respecto del área de implantación de la Comisión Trilateral, sumamente interesada, a su vez, en no malograr con humanitarismos extemporáneos tan importante mercado. Por otro lado, la situación hacía perfectamente tolerable el enfrentamiento indirecto entre ambos bloques y sus guerras en el Tercer Mundo, siempre y cuando se mantuviesen en un nivel que no perturbara los intereses de las grandes potencias en el plano internacional. Una confrontación, por lo demás, que nunca fue más allá de las habituales pugnas limítrofes entre ambos bandos en sus respectivas zonas de influencia, y que resultaba necesaria, además, para dar salida a sus excedentes armamentísticos y para justificar su industria militar.

Pero el caballo de batalla de la Comisión Trilateral, y aquí ya entramos de lleno en sus motivaciones esenciales, es la interdependencia, un concepto que, en la práctica, no es sino el elemento básico en torno al cual se articula la tesis y el propósito fundamental de la organización, a saber, el Gobierno Mundial.

La idea según la cual los Estados nacionales deben renunciar a su soberanía en aras de un proyecto supranacional, controlado e instrumentalizado, naturalmente, por los cónclaves plutocrático-tecnocráticos, aparecía ya esbozada en un comunicado emitido por el Comité Directivo de la Trilateral a raíz de la cumbre de 1975:

"La comisión Trilateral espera que, como feliz resultado de la Conferencia, todos los gobiernos participantes pondrán las necesidades de interdependencia por encima de los mezquinos intereses nacionales o regionales".

Posteriormente, las manifestaciones en ese mismo sentido, pero expresadas ya de forma más explícita, se han venido sucediendo como algo habitual. A título de muestra, bastará con citar algunas de ellas.

Así, en una entrevista publicada por el New York Times (1-8-76), el inefable Brzezinski afirmaba que *"en nuestros días, el Estado-Nación ha dejado de jugar su papel"*. En términos parecidos se expresaba el financiero Edmond de Rothschild en la revista *Enterprise*. *"La estructura que debe desaparecer es la nación"*. Otro destacado trilateralista, R Gardner, significaba en el *Foreign Affairs* (revista del Consejo de Relaciones Exteriores) *"los diversos fracasos internacionalistas acaecidos desde 1945, a pesar de los esfuerzos por evitarlos llevados a cabo por las distintas instituciones de reclutamiento mundial"*, proponiendo como refuerzo alternativo a esa situación *"la creación de instituciones adaptadas a cada asunto y de reclutamiento muy seleccionado, al objeto de tratar caso por caso los problemas específicos y corroer así, trozo a trozo, las soberanías nacionales"*. Declaraciones similares a las citadas, pero más contundentes aún, ya fueron reproducidas al principio del este capítulo, por lo que bastará con remitirse a ellas.

Todos estos planteamientos, que conforman el eje de la actuación de la Trilateral, constituyeron el *leit motiv* de su nacimiento, justificado en razón de la necesidad de que los problemas de Norteamérica, Europa y Japón se resolviesen en común a través de su interdependencia económica y tecnológica. Planteamientos que, como será fácil advertir, son los mismos que han inspirado el alumbramiento de otros foros de ámbito multinacional (Fondo Monetario Internacional, GATT, Maastricht, etc) dominados por los poderes económicos y gestionados por sus peones político-burocráticos. El principio básico, que es el mismo en todos los casos, sería perfectamente enunciado por David Rockefeller con estas palabras:

"De lo que se trata es de sustituir la autodeterminación nacional que se ha practicado durante siglos en el pasado por la soberanía de una élite de técnicos y de financieros mundiales".

Para conocer el exacto significado de esa 'interdependencia', perfectamente claro por otra parte, basta con prescindir de la retórica practicada por dichos foros supranacionales, y acudir a las conclusiones que adoptan en sus cumbres periódicas. La Conferencia de Davos de **1971** ofrece una buena muestra al respecto:

"En los próximos treinta años, alrededor de trescientas multinacionales geocéntricas regularán a nivel mundial el mercado de los productos de consumo, y no subsistirán más que algunas pequeñas firmas para abastecer mercados marginales. El objetivo deberá alcanzarse en dos etapas: primeramente, diversas firmas y entidades bancarias se reagruparán en el marco multinacional; después, hacia finales de la década, esas multinacionales se acoplarán al objeto de controlar, cada una en su especialidad, el mercado mundial".

Si nos situamos en la más inmediata actualidad, la última reunión de Davos tenía lugar entre el 26 y el 31 de enero de **1995**, con la asistencia de los dirigentes de las más poderosas Multinacionales del planeta y de un nutrido elenco de tecnócratas y líderes políticos. En el curso de dicho encuentro, uno de los principales animadores del Foro Económico Mundial, el trilateralista y ex-ministro francés Raimond Barre, se dirigió a los asistentes lamentando el hecho de que, pese al indudable avance experimentado en los últimos años por el proceso de globalización de la economía mundial, éste no progresa al ritmo adecuado, añadiendo como colofón que *"tal vez sea necesaria la experiencia de un crack económico para que queden definidas las nuevas reglas de juego"*.

A la vista de todo esto, no resulta complicado conocer las claves de esa "benéfica" interdependencia. Traducida a la práctica, y a medida que avanza el proceso de cesión de las soberanías nacionales a los organismos supranacionales, no significa otra cosa que la sumisión progresiva a las directrices de estos últimos, o lo que es lo mismo, a los dictados de la Alta Finanza. La globalización de la economía bajo la férula del Gran Capital supone igualmente la garantía más eficaz para que ningún país se salga del redil, so pena de verse abocado a una debacle económica. Todo lo cual no impide que las tesis mundialistas vayan acompañadas de la vitola del 'progresismo' (aunque gozan del beneplácito general, nadie las propaga con más ahínco que los medios de izquierdas), ni que cualquier tentativa por desenmascarar su trasfondo totalitario sea tachada de reaccionaria.

En el ámbito europeo, la instancia oficial que mejor encarna todo lo apuntado es el Tratado de Maastricht. Tratado que no es producto de la improvisación sino que obedece a los designios trazados desde tiempo atrás por los núcleos oligárquicos de poder. Con arreglo a tales directrices, esbozadas públicamente en más de una ocasión (ver *El País* de 19-11-89) por el ex-presidente de la Unión Europea, Jacques Delors, el territorio europeo habrá de ajustarse a un modelo supranacional basado en la **delegación progresiva de las soberanías estatales**, a través de acuerdos comunitarios cada vez más estrechos; un modelo en cuyo núcleo se situaría una red de empresas multinacionales conectadas entre sí a nivel mundial. Otro de los elementos tácticos de ese diseño ha sido el fomento de las aspiraciones regionalistas, algo que en no pocos casos constituye un factor más de desestabilización y debilitamiento de las estructuras estatales, y que no responde sino al viejo aforismo del "divide y vencerás". No se necesitan grandes dosis de perspicacia para constatar que los fenómenos independentistas debilitan la estructura de los Estados europeos donde se manifiestan, lo que redundará en beneficio de las superestructuras de alcance multinacional.

Sí, a título de ejemplo, nos detenemos en el caso español, tampoco resultará difícil reparar en la actitud de los nacionalismos más recalcitrantes (vasco y catalán), cuyos líderes políticos se muestran tan contrariados por la falacia del yugo españolista como entusiastas del dogal europeísta. Y no deja de ser significativo que los mismos sujetos que abominan del pretendido centralismo de Madrid sean fervientes partidarios del centralismo plutocrático-tecnocrático consagrado por los acuerdos de Maastricht.

Por lo demás, ese mecanismo soterrado de disolución tampoco ha sido ajeno al desencadenamiento del conflicto yugoslavo, en cuyos inicios jugaría un papel crucial el reconocimiento de las repúblicas secesionistas por parte de varias cancillerías occidentales.

Por lo que se refiere al ámbito político, las intervenciones directas en el mismo por parte de la Comisión Trilateral comenzaron a producirse al poco de su creación, al punto que ya en 1977, con motivo de las elecciones que llevaron a Jimmy Carter a la presidencia de los Estados Unidos, salió a la luz una de sus muestras más flagrantes. En efecto, una vez constituida la Administración Carter pudo comprobarse que, además del presidente, varios de los altos cargos del nuevo gobierno estaban vinculados a la Comisión. Figuraban entre ellos Walter Mondale, vicepresidente del gabinete, Cyrus Vance, titular de la secretaría de Estado, Harold Brown, secretario de Defensa, y Zbigniew Brzezinski, en la jefatura del Consejo Nacional de Seguridad.

El rotativo francés *Le Monde Diplomatique* se haría eco de esa situación, describiéndola en los siguientes términos:

"La candidatura del Sr. Carter ha estado preparada desde lejos y sostenida hasta la victoria por un grupo de hombres que representan el más alto nivel del poder. Figuran entre ellos los presidentes del Chase Manhattan Bank, del Bank of America, de Coca-Cola, Caterpillar, Bendix, Lehman Brothers, Hewlett-Packard, CBS, etc. Estos hombres, junto con varios tecnócratas, algunos sindicalistas y unos cuantos políticos constituyen la rama americana de la Comisión Trilateral".

Simultáneamente, un destacado dirigente trilateralista, George Franklin, se pronunciaba sobre el particular con estas palabras.

"En el caso Carter creo que hemos jugado un papel considerable; él, por su parte, merece la confianza de la Comisión por su educación en política extranjera".

Más rotundas serían aún las observaciones vertidas en la revista *Penthouse* por el analista Graig Harpel, quien escribió:

"La presidencia de los Estados Unidos y los ministerios clave del gobierno federal han sido acaparados por una organización privada consagrada a lograr la subordinación de los intereses intrínsecos de los Estados Unidos a los de los bancos y empresas multinacionales. El dominio de los intereses privados sobre el poder público es el mayor escándalo político de la historia de América. El asunto Watergate fue un robo con fractura cometido durante la noche por un tal Martínez en las oficinas del comité nacional demócrata. El Cartergate, en cambio, es la irrupción de David Rockefeller en el despacho oval en plena luz del día. Sería inexacto decir que la Comisión Trilateral manda en la Administración Carter. La Trilateral es la Administración Carter".

Con todo, tales comentarios no ofrecían sino una visión incompleta, diríase incluso que intencionadamente equívoca, de la realidad, toda vez que la intervención de los círculos plutocráticos en la política norteamericana no era nada nuevo, sino algo que se venía produciendo con mucha anterioridad desde instancias bastante más discretas y poderosas que la Comisión Trilateral, que en último extremo no representa sino la parte visible del iceberg. Todo lo cual tiene su explicación si se considera que los medios citados, pese a sus denuncias ocasionales y siempre calculadas, son devotos partidarios del modelo establecido, cuya validez global no cuestionan, aunque puedan manifestar sus discrepancias con ciertas anomalías. Anomalías que los medios pseudocríticos imputan en todo caso a determinadas conductas aisladas, pero nunca al Sistema en su conjunto, que está diseñado precisamente para que esas "anomalías" sean la norma.

Entre las actividades internas de la Comisión Trilateral merece citarse la elaboración de informes redactados por equipos de expertos de la organización, y a través de los cuales se analizan los asuntos más relevantes del mundo actual, siempre enfocados desde la perspectiva de los intereses trilateralistas. Dado su número (hasta el momento más de 40), sería imposible ocuparse aquí, siquiera brevemente, de todos ellos. Pero hay uno sobre el que merece la pena detenerse. Se trata del informe nº 8, de 211 páginas de extensión, que lleva por título "*La Crisis de la Democracia*". Este trabajo, elaborado por los trilateralistas Michel Crozier, sociólogo, Samel Huntington, profesor de Harvard, e ideólogo del plan de devastación de las aldeas vietnamitas, y Joji Watanuki, profesor de sociología en la Universidad Sophia de Tokio, contiene análisis y recomendaciones tan sugestivas como éstas:

"En el curso de los últimos años el funcionamiento de la democracia parece haber provocado un desmoronamiento de los medios clásicos de control social, una deslegitimación de la autoridad política y una sobrecarga de exigencias a los gobiernos.....De igual modo que existen unos límites potencialmente deseables de crecimiento económico, también hay unos límites deseables de extensión democrática. Y una extensión indefinida de la democracia no es deseable.....Un desafío importante ha sido lanzado por ciertos intelectuales y por grupos próximos a ellos, que afirman su disgusto por la corrupción, el materialismo y la ineficacia del sistema, al mismo tiempo que ponen de manifiesto la subordinación de los gobiernos democráticos al capitalismo monopolístico. Los contestatarios que manifiestan su desagrado ante la sumisión de los gobiernos democráticos al capitalismo monopolístico constituyen hoy un serio peligro. Se hace preciso reservar al gobierno el derecho y la posibilidad de retener toda información en su fuente".

Tampoco nada de esto representaba ninguna novedad, habida cuenta que los análisis vertidos en ese informe se ajustaban rigurosamente al esquema de la pseudodemocracia oligárquica implantado por las revoluciones burguesas y perfeccionado después por las "democracias populares" marxistas.

Ese fue el concepto que compartieron también los padres fundadores de la República norteamericana, como tendremos ocasión de ver más adelante, y el mismo que ha inspirado las actividades de diversas sociedades clandestinas, entre las que figuraría la logia Propaganda-Dos, una entidad íntimamente vinculada a la Trilateral, según se desprende de un informe elaborado en 1984 por una Comisión del Parlamento italiano. Informe que, asimismo, identificó a la Trilateral como una emanación de la masonería internacional.

Cabe recordar que, entre las actividades de dicha logia, célebre después por sus prácticas delictivas, figura la creación (en comandita con la CIA y la francmasonería americana) de la sociedad secreta **Gladio**, constituida para "velar" por el correcto funcionamiento de las "democracias" occidentales e integrada por altos mandos de la OTAN. En consonancia con todo lo apuntado, el propio Gran Maestro de la logia Propaganda-Dos, Licio Gelli (antiguo SS y ex-agente del KGB y de la CIA), se declaró en varias ocasiones un ferviente "demócrata" y, como tal, firme partidario de "*una democracia limitada y dirigida oligárquicamente para así poder gobernar con eficacia y sis contratiempos*".

Dicho esto, bueno será dedicar ahora unas palabras a los dos principales estrategas e ideólogos de la Comisión Trilateral, Zbigniew Brzezinski y Henry Kissinger, cuyos valiosos servicios a la misma son merecedores de alguna atención.

Zbigniew Brzezinski, modelo de tecnócratas, nació el año 1928 en Varsovia, ciudad desde su familia se trasladó a Canadá a raíz de la implantación en territorio polaco del régimen comunista. Poco antes de afincarse en los Estados Unidos, Zbigniew contrajo matrimonio con una sobrina del que fuera Presidente de la República Checoslovaca, y gran maestro de la masonería de aquel país, Eduard Benes, un personaje cuya entrada triunfal en Praga al término de la 2ª Guerra Mundial constituye un episodio digno de mención: con

motivo del recibimiento dispensado por sus acólitos a tan ilustre filántropo el 13 de mayo de 1945, centenares de alemanes, adultos y niños, ardieron a modo de antorchas humanas, rociados de gasolina y colgados boca abajo de los árboles de la Avenida de San Wenceslao.

Una vez instalado en los Estados Unidos, Z. Brzezinski se matriculó en Harvard, donde obtuvo el doctorado en Ciencias Políticas con una tesis sobre las purgas estalinistas. Fue en los inicios de los años cincuenta, con la nacionalidad norteamericana ya conseguida, cuando Brzezinski comenzó a destacar en los círculos académicos y políticos estadounidenses por sus trabajos sobre los regímenes marxistas, no tardando en labrarse una gran reputación como experto en asuntos soviéticos. Esto posibilitaría su salto definitivo a las altas esferas del Poder a comienzos de la década de los setenta.

En diciembre de 1971, Zbigniew organizó un seminario para el estudio de los problemas comunes a las tres grandes zonas desarrolladas del planeta. Aquel foro, convocado para becarios de la Brookings Institution, reputado feudo de la izquierda liberal norteamericana, suscitó la atención de David Rockefeller, quien a la vista de las especiales aptitudes del tecnócrata polaco se apresuró a reclutarlo para su causa. De tal modo que, cuando en julio de 1972 tuvo lugar en Pocantico Hills (residencia familiar de los Rockefeller) el encuentro tripartito en el que se ultimó la creación de la Comisión Trilateral, Z.Brzezinski se hallaba ya entre los miembros de la delegación americana destacada en dicha reunión, al lado del propio David Rockefeller, George Franklin, Fred Bergsten y George Bundy. Como colofón, en el otoño de ese mismo año fueron designados los tres presidentes territoriales de la recién nacida Trilateral, recayendo en Brzezinski el nombramiento de Director Coordinador. Poco después pasó a desempeñar la dirección de la sección norteamericana de dicha entidad, cargo en el que permanecería hasta su designación por Jimmy Carter para la presidencia del Consejo Nacional de Seguridad.

En su calidad de iniciado en las altas esferas del Poder, Z.Brzezinski es colaborador habitual de las publicaciones oficiales editadas por diversas organizaciones de corte mundialista: *Trialogue* (órgano de la comisión Trilateral), *Foreign Affairs* (revista del Consejo de Relaciones Exteriores), *International Affairs* y *The World Today* (publicaciones del Real Instituto de Asuntos Internacionales (RIIA), homólogo británico del CFR), etc.

Prescindiendo de sus colaboraciones puntuales en los citados medios de expresión, el grueso de la doctrina de Brzezinski puede encontrarse en "*La Era Tecnocrática*" y en "*Entre dos Eras: el papel de América en la Era Tecnocrática*", dos obras a través de las cuales el tecnócrata polaco expone sus análisis y "previsiones" de futuro.

El núcleo de las tesis sustentadas en dichas obras gira en torno a unos cuantos conceptos básicos. Algunos estaban concebidos para el período de la guerra fría, como es el que preconizaba la necesidad de avanzar hacia un sistema mundial que se extendiese a la zona donde el poder permanecía en manos de gobiernos marxistas. Para alcanzar ese objetivo, Brzezinski abogó repetidamente por la comprensión y la transigencia con los regímenes comunistas en todo lo relativo a la violación de los derechos humanos, ya que de lo contrario se pondría en peligro la colaboración entre ambos bloques (es decir, los pingües negocios de las multinacionales) y la futura integración de la URSS en el Nuevo Orden Mundial. Nótese que ésta es la línea de actuación que sigue practicándose hoy con la China Continental, un mercado demasiado apetecible como para supeditararlo a los hipócritas cacareos humanitaristas característicos de la retórica oficial.

Entre los planteamientos básicos de las susodichas obras figura igualmente la supresión progresiva de las soberanías nacionales, que en aras de un nuevo orden de "paz y progreso" deberán ser transferidas a instituciones supranacionales dirigidas por una "élite" científica y financiera mundial. Brzezinski preconiza asimismo "*el ocaso de las ideologías y de las creencias religiosas tradicionales, pues sólo los elementos*

suministrados por la tecnología y la electrónica podrán permitir a las sociedades humanas avanzar hacia el bienestar y el progreso", los dos grandes pilares de la Era Tecnocrónica.

Otra de las más significativas "previsiones" de futuro del tecnocrónico Brzezinski reza textualmente así:

"La Era tecnocrónica va diseñando paulatinamente una sociedad cada vez más controlada. Esa sociedad será dominada por una élite de personas que no dudarán en realizar sus objetivos mediante técnicas depuradas con las que influirán en el comportamiento del pueblo y controlarán con todo detalle a la sociedad, hasta el punto que llegará a ser posible ejercer una vigilancia casi permanente sobre cada uno de los ciudadanos del planeta".

Y no hay duda de que los "pronósticos" que hiciera Brzezinski son una realidad cada día más consolidada gracias al desarrollo progresivo de las técnicas de control social desarrollados por los modernos regímenes policíacos de "derecho". A este respecto conviene destacar el papel crucial desempeñado por el terrorismo, cuyas acciones le han servido al Sistema de inmejorable pretexto para ampliar y reforzar sus mecanismos de dominio.

En todo este asunto no puede pasarse por alto la labor desarrollada por la socialdemocracia alemana, a la que muy bien podría considerarse como pionera en el desarrollo del proceso en curso. Fue precisamente bajo uno de sus períodos de gobierno cuando Alemania se convirtió en una especie de 'campo de pruebas para el ensayo y puesta en práctica' de los más sofisticados métodos de control social, métodos que posteriormente se irían extendiendo a todo el ámbito occidental de la mano de los foros de reflexión patrocinados por la fundación Ebert, una poderosa herramienta del socialismo germano dotada de proyección internacional.

La razón esgrimida para el desarrollo de dichos métodos fueron las andanzas de la banda Baader-Meinhoff, un grupúsculo subversivo que nunca contó con más de doce miembros y que carecía de la menor implantación social, circunstancias que explican su escasa consistencia y el tratamiento expeditivo que les fue aplicado a sus integrantes (varios de ellos se "suicidaron" en prisión). Una vez zanjado aquel insignificante escollo, Klaus Croissant, el abogado sobre quien recayera en su día la defensa de los miembros de la banda, explicaría la situación con estas palabras:

"La socialdemocracia alemana garantiza la existencia de la sociedad capitalista y camufla sus contradicciones; la socialdemocracia alemana juega un papel de suma importancia en el escenario internacional, y a través de ella se coordina e integra la represión en toda Europa".

El repertorio de los mecanismos de control social que se han ido implantando es amplio, y comprende, desde la adopción de disposiciones legales que introducen una suerte de estado de excepción permanente, hasta el uso de técnicas diversas. Entre estas últimas figuran los documentos de identificación provistos de una banda magnética donde consta una completa ficha de su titular, las cámaras de vídeo instaladas ya en la vía pública de numerosas urbes, y las grandes computadoras centralizadas donde se archivan los datos personales de toda la población.

Aunque tales técnicas podrían hasta calificarse de 'rudimentarias' si se comparan con otras más sofisticadas que sólo están a la espera de la oportuna razón "democrática" que aconseje su implantación. Así, la compañía estadounidense Nielsen Media Research, en colaboración con el Centro de Investigación David Sarnoff (organismo controlado por el CFR y la Pilgrims Society), ha desarrollado desde hace tiempo un dispositivo que, una vez instalado en el televisor, permite observar e identificar desde una estación de seguimiento a los espectadores sentados frente a la pequeña pantalla. No menos digno de mención es el necio alborozo con el que los medios occidentales celebraron durante la Guerra del Golfo el hecho de que los satélites norteamericanos filmasen y transmitiesen con detalle todo lo que ocurría en cada palmo del

territorio iraquí; un "adelanto" técnico que, conociendo la catadura de quienes lo manejan, sólo puede constituir motivo de alegría para los desalmados y los imbéciles.

Las iniciativas en pro de la seguridad "democrática" desarrolladas por la socialdemocracia alemana no tardaron en hacerse extensivas a otros países europeos, entre los que España no iba a ser una excepción. En nuestro país, esa gran computadora central mencionada líneas atrás está ubicada en El Escorial, y su planificación contó con el asesoramiento de un grupo de expertos del Departamento Informativo de la policía federal alemana. El banco de datos de dicho ordenador dispone de doscientas terminales distribuidas por toda la geografía española, y el personal que lo atiende está integrado en su totalidad por funcionarios policiales. Todos y cada uno de los ciudadanos españoles tienen allí su correspondiente ficha magnética, en la que figura un amplio historial elaborado a partir de la información suministrada por múltiples fuentes fragmentarias; un historial compuesto por innumerables datos, muchos de ellos ya olvidados e incluso desconocidos por los propios afectados.

A la vista de la concatenación sistemática que se lleva a cabo desde las altas instancias políticas, utilizando la lucha antiterrorista como medio para la adopción de medidas excepcionales de aplicación global y discrecional, nada tiene de sorprendente el hecho de que detrás de no pocas acciones terroristas haya algo más que un hatajo de violentos y de oligofrénicos, dos especímenes, por lo demás, nada difíciles de reclutar y menos aún de manipular. Después, sus matanzas indiscriminadas las sufrirá la población y las rentabilizará el Poder.

Acerca de las turbias tramas que se mueven en el submundo del terrorismo, existen trabajos rigurosos y harto ilustrativos de los sórdidos manejos y de los intereses supuestamente antagónicos que aparecen entrecruzados en algunas de ellas. Un asunto, éste, que volverá a suscitarse más adelante, aunque no estará de más citar ahora una muestra bien conocida. Durante la década de los ochenta operó en Italia, Francia y Portugal un grupo terrorista que reivindicaba sus acciones bajo el nombre de *La Llamada de Jesucristo* (nótese el nombrecito que se le puso al engendro), y cuyos atentados se dirigieron siempre contra intereses norteamericanos y judíos en los países citados. Tanto los medios policiales como los informativos señalaron al régimen libio del coronel Gadafi (ogro de moda por entonces) como el instigador y patrocinador de dicho grupo, que en realidad no era sino un dispositivo organizado por los servicios secretos españoles y franceses, e integrado en su mayoría por confidentes policiales.

Por lo que se refiere al otro gran estratega de la Trilateral, Abraham ben Elazar, más conocido como Henry Kissinger, nació el año 1923 en la localidad alemana de Fürth (Baviera), desde donde emigró en 1939, junto con su familia, a los Estados Unidos, país cuya nacionalidad adoptaría en 1943. En 1947 obtuvo una beca del Fondo Rockefeller merced a la cual cursó estudios y se graduó en Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, reputado centro fabiano del *Establishment* en el que posteriormente desempeñaría varios cargos docentes y directivos.

Su participación en la vida pública estadounidense comenzó a principios de los años sesenta, desempeñando desde entonces e ininterrumpidamente a lo largo del mandato de cuatro presidentes norteamericanos diversos cometidos políticos de alto nivel. Fue asesor de la Oficina de Coordinación Gubernamental, del Consejo Nacional de Seguridad, de la Agencia de Control de Armamento y del Departamento de Estado, todo ello durante las Administraciones Kennedy y Johnson, hasta que en 1969 Richard Nixon le nombró su consejero personal, empleo que simultaneó con la presidencia del Consejo Nacional de Seguridad. Cuatro años después fue designado por Nixon Secretario de Estado, cargo en el que sería ratificado por el siguiente inquilino de la Casa Blanca, Gerald Ford.

Pese a la enorme relevancia de sus cometidos políticos, éstos no constituyeron más que una parte de la dilatada trayectoria de nuestro protagonista, cuyos episodios más enjundiosos habría que buscarlos en otros ámbitos.

Experto, como Brzezinski, en política internacional y en asuntos soviéticos, el profesor Kissinger no tardó en concitar el interés del Consejo de Relaciones Exteriores, que ya en 1955 le encomendó la dirección de una investigación para el análisis de las posibles respuestas a la amenaza soviética. Este poderoso club, a cuya presidencia accedería Kissinger años después, fue una de sus catapultas políticas. La Fundación Rockefeller Brothers habría de ser la otra. En efecto, la dirección del Programa Especial de Estudios de dicha entidad, que le fuera confiada en 1956, no constituyó más que el primer episodio de una estrecha e ininterrumpida colaboración entre Henry Kissinger y el clan Rockefeller. Desde finales de los años cincuenta, el profesor Kissinger se convirtió en el principal asesor de las campañas políticas de Nelson Rockefeller, puesto que ocuparía hasta el momento mismo en que ambos se incorporaron a la Administración Ford, el primero como Secretario de Estado y el segundo en calidad de Vicepresidente de los Estados Unidos. Paralelamente a todo ello discurrieron las actividades compartidas por Kissinger y David Rockefeller en el seno del Consejo de Relaciones Exteriores, colaboración que se estrecharía todavía más cuando el plutócrata fichó al tecnócrata para la Comisión Trilateral.

No será necesario exponer las tesis de Henry Kissinger en materia de política internacional y en asuntos soviéticos, toda vez que, en lo esencial, son las mismas que ya viéramos al hablar de Brzezinski. Lo que sí es digno de reseñarse son las actividades que desarrolló nuestro protagonista en aplicación de tales planteamientos, así como las controversias que suscitó como consecuencia de todo ello. Y no solamente fue la curiosa política de distensión aplicada por Kissinger lo que provocó la perplejidad de los más diversos círculos políticos, sino también los nombramientos que efectuara desde su puesto como secretario personal de Nixon y, posteriormente, desde la jefatura del Consejo Nacional de Seguridad y la dirección del Departamento de Estado. Nombramientos entre los que figuraron varios personajes conocidos por su filiación pro-marxista, como sería el caso de Helmuth Sonnenfeld, James Sutterlin, Boris Closson, William Hall y Arnold Wiesner.

La perplejidad de los primeros momentos acabó dando paso a la sospecha abierta, que terminaría concretándose en una serie de informes, tanto privados como oficiales, que iban a desvelar con pruebas contundentes el origen de tan extraños hechos.

El primero de ellos fue elaborado por Frank Capell, experto en cuestiones de espionaje y analista de varias revistas políticas estadounidenses, una de las cuales, *The Herald of Freedom*, lo publicó íntegramente en octubre de 1971. Dicho informe fue posteriormente leído en el Congreso por el diputado John Rarick, y recogido en el tomo 117 de los Informes Oficiales de Sesiones *Congressional Records* de 28-10-71. Con arreglo al mismo, las relaciones de Henry Kissinger con varios de sus colaboradores y subordinados en el Consejo Nacional de Seguridad y en el Departamento de Estado se remontaban al período 1943-1946, durante el cual Kissinger permaneció en Alemania como integrante de las fuerzas de ocupación norteamericanas, que le nombraron, pese a su escasa graduación militar (sargento), administrador de la ciudad de Bensheim. Fue en ese período cuando Kissinger entró en contacto con sus correligionarios Helmuth Sonnenfeld, Gunter Guillaume, agente de los servicios secretos de la Alemania del Este y más tarde secretario de Willy Brandt, y Egon Bahr, colaborador de la inteligencia soviética y futuro artífice de la Ostpolitik. Todos ellos se integrarían en una célula de espionaje en favor de la URSS, en la que el sargento Kissinger operaba bajo el pseudónimo de Bor.

Tales imputaciones, que la Administración norteamericana se limitó a negar sin más, fueron posteriormente confirmadas por dos ex-oficiales del KGB, Golitsin y Goleniewski, así como por un completo

dossier elaborado por un equipo de agentes de la CIA, en el que se revelaban todos los lazos existentes entre Kissinger y la Inteligencia soviética. El contenido de dicho dossier, archivado en su día por Stansfield Turner, director de la Agencia norteamericana, y miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, ha visto la luz recientemente gracias a un trabajo publicado por tres expertos en asuntos de espionaje, William Corson y los esposos John y Susan Trenton ("*Four american Spies, the wives they left behind and the KGB's crippling of American Intelligence*").

Este tipo de hechos, que tampoco suponían ninguna novedad, eran habitualmente interpretados por la ultraderecha conservadora, siempre tan perspicaz, como parte de un plan dirigido a colocar a Occidente bajo las garras del Imperio Soviético, cuando lo que realmente significaban es que se estaba operando la deseada simbiosis entre el capitalismo expansivo y los estereotipos humanistas propios de la demagogia marxista, para dar paso así al capitalismo multinacional y progresista vigente en la actualidad.

Por lo demás, el contenido de los informes mencionados no empañó en lo más mínimo la carrera política de Henry Kissinger, que sólo se vio momentáneamente truncada cuando la Suprema Corte Rabínica de Estados Unidos decretó en 1976 su excomunión, a raíz de las maniobras desplegadas por el entonces Secretario de Estado para maquillar las conquistas de Israel durante la Guerra del Yon Kippur. Un conflicto a cuyo desencadenamiento "preventivo" no fue ajeno el propio Kissinger, y que reportó a las arcas de sus patrocinadores, los Rockefeller, y a las multinacionales petrolíferas en general, enormes beneficios.

Con todo, el ostracismo de Kissinger, aunque severo mientras pesó sobre él la excomunión, se iba a prolongar durante poco tiempo, ya que la Corte Rabínica no tardaría en rehabilitarle en atención a las nuevas contribuciones del penado a la causa sionista. La doctrina sugerida por Kissinger, consistente en en la fragmentación del Líbano en varios compartimentos político-confesionales como la mejor fórmula para garantizar la seguridad de Israel, se resumiría en su célebre sentencia: "*Si queréis la paz en Oriente Medio, entregad el Líbano a Siria*".

Desde que abandonara la política activa, al menos de forma oficial, la actividad de Kissinger se ha desplegado a través de sus continuos desplazamientos de un extremo a otro del planeta, como comisionado y embajador de proyectos e intereses equivalentes a los que ya representó en su época anterior. Tal actividad no se reduce al terreno de lo político, aunque frecuentemente ejerza labores de emisario especial de la Administración norteamericana, sino que, de acuerdo con su posición en la Comisión Trilateral, se desarrolla fundamentalmente en el ámbito económico, que es el esencial y el que determina el curso de todos los demás. Ése es el terreno en el que se desenvuelve actualmente Henry Kissinger, a quien la Alta Finanza suele encomendar diversos asuntos relacionados con la deuda pública, asuntos que el eficiente tecnócrata solventa sin estridencias públicas y con pingües beneficios para sus arcas a través de su compañía de consultores Kissinger Associates, cuyos clientes son, lógicamente, los Estados deudores y las Multinacionales acreedoras.

Como será fácil suponer, el plantel de los asociados de dicha compañía está compuesto por elementos bien introducidos en las altas esferas financieras y políticas. Figuran entre ellos:

- Lawrence Eagleburger (ex-subsecretario de Estado y director del LBS Bank),
- Brent Scowcroft (ex-asesor presidencial de Seguridad y director del National Bank de Washington),
- lord Carrington (ex-secretario general de la OTAN y directivo del Barclays Bank y del Hambros Bank),
- lord Eric Roll (director del Banco de Inglaterra),
- Per Gyllemhammer (directivo de Volvo y del Banco Sueco de Crédito Naval; miembro de la junta de asesores del Chase Manhattan Bank),

- Saburo Okita (ex-ministro de Asuntos Exteriores, miembro del Club de Roma y de la Comisión Trilateral),
- William Simon (ex-secretario de Hacienda y directivo de la firma bancaria Salomon Brothers), y
- sir Y. Kahn (directivo del grupo financiero S.G. Warburg y de la China International Finance Company).

Quienes estén interesados en solicitar los servicios de Kissinger Associates deben saber que la tarifa anual por el solo hecho de figurar en su cartera de clientes ronda los treinta millones de pesetas.

En la órbita de la Comisión Trilateral e íntimamente vinculada a la misma, compartiendo programas y proyectos, se desenvuelven una serie de entidades entre las que sobresalen dos: el Instituto Aspen y el Club de Roma.

El Instituto Aspen de Estudios Humanísticos fue fundado en 1949 por iniciativa de varios miembros del Real Instituto de Asuntos Internacionales británico y de su equivalente norteamericano, el omnipresente Consejo de Relaciones Exteriores. El objetivo de este organismo se centra en llevar a cabo un vasto análisis de los elementos que han configurado el curso de las sociedades humanas, para poder así, una vez conocidos éstos y sometidos al oportuno control, planificar el venturoso futuro de la humanidad. Y todo ello, claro está, bajo la inspiración de los consabidos estereotipos "humanistas", cuya verdadera significación no se le escapará a ningún observador medianamente imparcial de la moderna sociedad occidental.

A tal efecto, el benemérito Instituto no sólo explora el pensamiento de los grandes maestros y pensadores del pasado, sino que también promueve foros de reflexión en los que reúne a los grandes maestros tecnocráticos del presente: ejecutivos de empresas multinacionales, políticos, académicos, científicos, líderes sindicales, etc. El propósito fundamental de dichas reuniones, en las que oligarcas y pseudocontestatarios de izquierdas confraternizan y hacen causa común, se centra en lograr que aquellas posiciones que en principio pudieran ser divergentes confluyan finalmente en un punto básico de entendimiento común, cosa, por lo demás, nada difícil de conseguir entre individuos que, en lo esencial, comparten una misma mentalidad.

Por derroteros similares se desenvuelve el **Club de Roma**, nacido en abril de 1968 a instancias de Aurelio Peccei, miembro destacado del Bilderberg Group, del comité directivo de la empresa FIAT y del consejo de administración del Chase Manhattan Bank; el perfil característico, como se podrá comprobar, del 'filántropo benefactor'.

Desde que fuera creado, este organismo se ha distinguido por sus informes apocalípticos sobre el crecimiento demográfico, informes elaborados en la línea del más puro fabianismo malthusiano y en los que se aboga por un drástico control de la natalidad, en estrecha conexión con las campañas pro-abortistas promovidas por las Fundaciones Ford y Rockefeller. Lo malo es que los artificiosos planteamientos y los errores de bulto del programa elaborado por el Club en "*Los Límites al Crecimiento*", han sido contundentemente refutados por varios especialistas (Alfred Sauvy entre ellos) ajenos a los abrevaderos oficiales. Después, varios de esos errores de bulto han sido reconocidos por el propio Club de Roma, aduciendo que tan solo se trataba de elementos de provocación.

En 1981 el Club de Roma auspició la creación de un organismo apéndice cuyo cometido sería proyectar "una nueva humanidad". Tras varios días de debates en la Universidad Gregoriana de Roma, un feudo de la Orden jesuita propuesto por ésta como marco del encuentro, nació el *Forum Humanum*, cuyo principal patrocinador económico ha venido siendo desde sus inicios la multinacional FIAT.

Entre los postulados ideológicos sostenidos por el Club de Roma para alumbrar esa "nueva sociedad" figura, cómo no, la necesidad de implantar un Gobierno supranacional. En ese sentido se han manifestado reiteradamente sus más destacados dirigentes, desde el ya fallecido Aurelio Peccei, quien en su momento significó que *"uno de los mayores obstáculos para el progreso de la humanidad es el concepto de la soberanía de cada nación"*, hasta su discípulo y sucesor en la jefatura del Club, Alexander King, según el cual *"la sociedad mundial requiere una única dirección, un gran capitán que guíe la tierra hacia un destino común"*. Ni el Gran Hermano de la pesadilla orwelliana se habría expresado mejor.

Entre los miembros más relevantes del Club figuran individuos como Daniel Jensen (Trilateral, Bilderberg), Sol Linowitz (Trilateral, CFR), Edgar Pisani (Instituto Aspen, Bilderberg), Jimmy Carter (Trilateral, CFR) y Kurt Rothschild. Por lo que se refiere a sus **socios españoles** cabe citar dentro de los más conocidos a Jose Luis Cerón, Carlos Robles Piquer, Federico Mayor Zaragoza, Joaquín Ruiz Jiménez Cortés, Fernando Morán, Javier Solana y Mercedes Sala.

Otra de las lumbreras de este distinguido aerópago es el ideólogo marxista Adam Schaff, cuyos vínculos con diversos foros plutocrático-oligárquicos le hacen acreedor a una mención especial. Las razones de su pertenencia al Club de Roma las ha expuesto él mismo con afirmaciones como éstas:

"Me gusta tratar con los capitalistas del Club de Roma; son los únicos que se atreven a hablar abiertamente del futuro de la humanidad; son tan poderosos que no tienen nada que temer".

Al igual que ocurre con otras entidades afines de carácter mundialista, la Comisión Trilateral cuenta con una serie de émulos surgidos en diversos países a modo de prolongación o réplica a escala regional del modelo trilateralista. Uno de tales organismos, con sede en Francia, ya fue citado por el rotativo *L'Humanité* en 1977, aunque hubo que esperar hasta 1991 para que la indiscreción de una colaboradora del mismo permitiera conocer su relación de integrantes. El grupo en cuestión se denomina *Le Siècle*, y en su seno confraternizan y hacen proyectos de futuro la oligarquía plutocrática y la vanguardia "proletaria".

En la nómina de esta conmovedora hermandad aparecen personajes como (la relación no es exhaustiva) Jean Louis Beffa, director de la multinacional Saint-Gobain, J.H.David, presidente de la Banca Stern, Guy Delorme, director de la Banca Monod, Vincent Bollard, presidente de la Compañía Financiera Privada, Raimond Lévy, director de Renault, Chistian Maurin, director de la Banca Sofinco, Jacques Mayoux, vicepresidente de la Banca Goldman Sachs Europa, André Wormser, presidente de Sovac, filial de la Banca Lazard. Por parte "obrera" cabe significar la presencia, entre otros, de Jacques Attali, ex-consejero de Mitterrand, Maurice Faure, ex-ministro radical socialista, Pierre Joxe, ministro en los gobiernos socialistas Rocard, Cresson y Bérégovoy, Jacques Julliard, director de redacción del diario socialista *Le Nouvel Observateur*, Anicet le Pors, ex-senador comunista y ministro del gobierno Mauroy, Roger G. Schwartzemberg, diputado radical de izquierda, Gilles Menage, ex-director del gabinete presidencial de Mitterrand y por último, para que no falte de nada, René Remond, director de la *Revista Histórica* y destacado representante del llamado "cristianismo" de izquierdas.

EL BILDERBERG GROUP

El grupo Bilderberg nació oficialmente en mayo de 1954, fecha en la que tuvo lugar en la localidad holandesa de Oosterbeek la primera Conferencia de esta entidad con la participación de un centenar de destacadas figuras del mundo económico, político, académico y mediático. El anfitrión de aquella sesión inaugural, celebrada en los salones del hotel Bilderberg, de donde procede el nombre del grupo, fue el príncipe Bernardo de Holanda, un personaje estrechamente vinculado a los altos círculos financieros y políticos occidentales. Desde que echara a andar, el mensaje difundido por los mentores del Bilderberg

Group fue el característico de este tipo de organismos: se trataba, según el comunicado oficial, de una entidad destinada a fortalecer la unidad atlántica, a frenar el expansionismo soviético y a fomentar la cooperación y el desarrollo económico de los países del área occidental. Todo lo cual no era más que una forma eufemística de describir los objetivos reales de la organización, perfectamente conocidos a tenor del contenido de sus reuniones. Y es que, a pesar del hermetismo en el que se desarrollan éstas, nunca han faltado las filtraciones reveladoras sobre el particular.

En el seguimiento de las reuniones y andanzas de esta emérita cofradía merece destacarse la labor que, desde hace tiempo, viene realizando el rotativo estadounidense *The Spotlight*, cuyas valiosas informaciones han sido fundamentales para saber que tales objetivos se resumen en uno, cual es el cercenamiento progresivo de las soberanías nacionales y su transferencia a instituciones de carácter oligárquico y supranacional.

Pero antes de seguir adelante convendrá escudriñar en los orígenes de esta entidad, en los que aparece como eminencia gris e instigador un personaje de escasa resonancia pública, pero de enorme peso en los más discretos y selectos círculos del Poder. Se trata de Joseph Retinger, un sujeto a quien el propio Bernardo de Holanda rendiría homenaje fúnebre con estas palabras:

"La historia conoce numerosos personajes notables sobre los cuales se concitó durante su vida la atención general. Ellos fueron admirados y festejados por todos, y nadie ignoró su nombre.... Existen, sin embargo, otros hombres cuya influencia es todavía mayor, incidiendo con su personalidad en el tiempo en que vivieron, aunque no son conocidos, pese a todo, más que por un círculo de iniciados muy restringido. Joseph Retinger fue uno de éstos". (Bulletin n° 5 du Centre de Culture Europeèn).

Joseph Retinger nació en Cracovia el año 1887 en el seno de una prestigiosa familia de origen judío-austríaco. A la edad de 18 años marchó a París, donde se doctoró en Letras y entabló sus primeros contactos en las altas esferas sociales occidentales. Acto seguido se iniciaría su azarosa y agitada existencia, caracterizada por sus múltiples cambios de residencia y constantes desplazamientos, así como por su presencia en la mayor parte de los escenarios político-diplomáticos donde se ventilaron los conflictos europeos de la primera mitad de este siglo. Una frenética actividad, en suma, que guarda un curioso paralelismo con las andanzas de los célebres agentes itinerantes de la francmasonería iluminista.

Después de cursar estudios en la Escuela de Ciencias Políticas parisina se trasladó a Munich, donde siguió un curso de psicología. Posteriormente, en 1914, se dirigió a Londres para inscribirse en la London School of Economics, centro en el que entabló estrechos contactos con los círculos fabianos británicos aglutinados en torno a esa influyente institución. Tras iniciarse en la francmasonería sueca, se desplazó a los Estados Unidos, país en el que ampliaría sus relaciones de alto nivel y protagonizaría un sinnúmero de peripecias. Finalmente, una vez concluida la 2ª Guerra Mundial, Joseph Retinger se entregó de lleno a la tarea de construir los cimientos del movimiento europeísta.

En mayo de 1946, junto con Paul von Zeeland, crea la Liga Europea de Colaboración Económica, un organismo en el que, contrariamente a lo podría deducirse por su nombre, participaron activamente varios miembros destacados de la nomenclatura oligárquica estadounidense, como John McCloy (CFR, Bilderberg, Chase Manhattan Bank), Averell Harriman (CFR, Bilderberg, Pilgrims, The Order), George Franklin (CFR, Bilderberg, Trilateral), John Foster Dulles (CFR, Bilderberg), William Wiseman (socio de la Banca Khun&Loeb), M. Leffingwelle (socio de la Banca Morgan), Nelson y David Rockefeller, etc.

El 7 de mayo de 1948 veía la luz otra elaboración de Retinger, el Congreso de Europa, una entidad en la que se integraron varias organizaciones afines del momento, y de la que surgiría un año después el Consejo

de Europa. No menos digno de mención es el decisivo papel desempeñado por Retinger en el alumbramiento del Movimiento Europeo, una institución que tiene como objetivo fundamental la implantación de un gobierno europeo supranacional, y cuya secretaría general ocuparía su fundador durante varios años. Obvio es decir que esta clase de organismos no son otra cosa que emanaciones de las altas esferas plutocrático-oligárquicas, por lo que nada tiene de sorprendente el contenido de un informe confidencial elaborado por uno de ellos, la Comisión Europea, durante el mandato de Jacques Delors, informe con arreglo al cual quince multinacionales se repartirán el famoso "mercado único" europeo: Allianz A.G., Mediobanca, Lazard Partners, S.G.Warburg, Lambert Group, Swiss Re., Credit Suisse, Shearson, Credit Lyonnais, Deutsche Bank, National Nederlandem, Barclays Bank, Assicurazioni Generale y Zurich Insurance.

El cometido desarrollado por Retinger en la cristalización del entramado europeísta sería valorado por el Boletín n° 5 del Centro de Cultura Europea con estas palabras:

"Sin él, la Liga Europea de Cooperación Económica, el Movimiento Europeo y nuestro Centro de Cultura Europea no habrían visto nunca la luz. El Congreso de Europa de la Haya fue su obra, y el Consejo de Europa su resultado. Posteriormente fue él quien concibió y dio vida al Bilderberg Group, consagrado a la comprensión y la unión atlántica".

Tal y como indicaba el citado boletín, el Bilderberg Group fue, en efecto, otro de los grandes proyectos puestos en marcha por Joseph Retinger, que desempeñó la Secretaría permanente de dicho organismo hasta su fallecimiento en 1960. Debe quedar claro, no obstante, que el nacimiento del Bilderberg Group se gestó siguiendo la norma habitual en estos casos, de igual modo que ha ocurrido con todas las entidades paralelas descritas a lo largo de estas páginas, y en las que *detrás del tecnócrata operador siempre ha habido un plutócrata patrocinador.*

Sin el sufragio económico de la casa Rothschild nunca habrían tomado cuerpo los planes de Cecil Rhodes ni la Round Table, como tampoco se habría hecho realidad la London School of Economics sin los fondos aportados para su creación por el Trust Huntington y la Banca Rothschild. Del mismo modo que el Consejo de Relaciones Exteriores y su principal artífice, el siniestro "coronel" House, contaron con el patrocinio de la Banca Morgan, o los oficios de Brzezinski y el proyecto trilateralista tuvieron como patrón a David Rockefeller, así también las labores de Retinger para el alumbramiento del Bilderberg Group respondieron a la iniciativa estratégica y a los fondos aportados por el plutócrata de turno, en ese caso Víctor Rothschild. Y es que a la sombra de toda empresa de semejante envergadura, y más allá de sus promotores inmediatos, siempre subyace una instigación oligárquica y una poderosa plataforma financiera.

Hasta 1976, el Bilderberg Group estuvo presidido por el príncipe Bernardo de Holanda. Los lazos de la casa real holandesa (titular de una de las mayores fortunas del planeta) con la Alta Finanza son viejos y bien conocidos, lo que hace innecesario detallarlos aquí. A raíz del escándalo suscitado por los sobornos de la Compañía Lockheed, en los que se vio envuelto como principal implicado el príncipe Bernardo, éste dejó la presidencia del Grupo, siendo sustituido por Douglas Home, ministro de Exteriores británico, que permaneció en el cargo hasta 1980.

A Home le sucedió Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores y, posteriormente, presidente de la República Federal Alemana, que asumió la jefatura hasta 1985, año en que fue relevado por el británico Eric Roll, presidente del grupo bancario S. G. Warburg. Este último dejó paso en 1989 al actual presidente, Peter Rupert, más conocido como lord Carrington, ex-secretario general de la OTAN, ex-ministro de varios gobiernos británicos y miembro destacado de la Fabian Society y del Real Instituto de Asuntos Internacionales.

Entre los más destacados integrantes de la sección europea del Bilderberg Group es habitual la pertenencia simultánea a la Comisión Trilateral, pertenencia que se extiende al Consejo de Relaciones Exteriores en el caso de los miembros más relevantes de la sección norteamericana del Grupo. De estos últimos podría reseñarse una breve relación de nombres que militan en los tres organismos, como son David Rockefeller, George Bush, Zbigniew Brzezinski, Robert McNamara, Henry Kissinger, Caspar Weinberger, Bill Clinton, ninguno de los cuales necesita presentación, George Ball, asociado de la banca Lehmann Brothers, Cyrus Sulzberger, editorialista del *New York Times*, y Heddy Donovan, redactor jefe de la revista *Time*.

Por lo que se refiere a la estructura interna del Bilderberg Group, ésta se articula siguiendo el esquema característico de los círculos concéntricos, que es el organigrama adoptado tanto por el entramado oligárquico-mundialista en su conjunto, como por cada una de las entidades que se integran en el mismo. En el caso del Bilderberg Group, el círculo más externo está representado por los miembros asistentes a las conferencias periódicas organizadas por este organismo, una parte de los cuales son afiliados permanentes, y la otra invitados ocasionales o en vías de reclutamiento.

El *primer círculo interior* es el *Steering Committee*, compuesto por 39 miembros permanentes del Grupo. Una restringida camarilla de estos últimos constituye, a su vez, el *segundo círculo interno* y el más hermético. Se trata del *Bilderberg Advisory Committee*, cuyos integrantes norteamericanos son todos miembros del Consejo de Relaciones Exteriores. No en vano el coronel Curtis B. Dall, ex-yerno del presidente Franklin D. Roosevelt, y personaje bien introducido en los medios financieros y políticos estadounidenses, definió al Bilderberg Group como "*la fase mundialista del Consejo de Relaciones Exteriores norteamericano y del Real Instituto de Asuntos Internacionales británico*".

Los objetivos del Bilderberg Group, nada difíciles de suponer por otra parte, han sido expuestos más de una vez con meridiana claridad en los discretos cónclaves que celebra este organismo en medio de imponentes medidas de seguridad. Si bien es lo cierto que de poco ha servido hasta ahora el sigilo que rodea tales reuniones, sobre las que raramente han faltado las filtraciones, e incluso las delaciones internas que permitieran conocer gran parte de sus conclusiones. Buena prueba de ello son las declaraciones realizadas en los preámbulos de la Conferencia Bilderberg de 1991 por Charles Muller, un alto funcionario de la entidad, quien se quejaba de que "*cada año, alguien que representa a una organización o periódico dispuesto a oponerse a nuestros objetivos acaba, de algún modo, infiltrándose*" (el periódico al que hacía referencia Muller no es otro que *The Spotlight*).

Pese a tratarse, como ya se apuntara anteriormente, del círculo más externo de esta entidad, lo tratado en sus cumbres periódicas ofrece una clara idea de sus objetivos. Así, en la Conferencia celebrada en junio de 1991 en la localidad alemana de Baden-Baden, sus más conspicuos militantes celebraron el desarrollo de la Guerra del Golfo, cuyo desenlace estaba entonces reciente, como "*un paso importante para sacar a los americanos del nacionalismo*". Sobre este particular se pronunció Henry Kissinger, uno de los ponentes, haciendo notar "*el avance de años*" que había supuesto el hecho de que la intervención norteamericana en el conflicto hubiera sido acordada en la ONU antes de obtener el refrendo del Congreso norteamericano, único órgano facultado para declarar la guerra según lo dispuesto por la Constitución de ese país, añadiendo que "*si los americanos pueden ser persuadidos de traspasar las decisiones bélicas a la ONU, los nacionalismos de vía estrecha de Francia, Gran Bretaña o cualquier otro país desaparecerán*". El júbilo de Kissinger y de sus ilustres cofrades estaba plenamente justificado si se considera que la ONU no es sino uno de sus organismos títere.

Como colofón de este rápido repaso bueno será dedicar algunas palabras a uno de los "pasatiempos" predilectos de los bilderberger. Se trata de lo que, en la jerga de la organización, es conocido como "*juegos de guerra*", un significativo eufemismo mediante el que se designan ciertas prácticas que ya desde tiempo

antes venía desarrollando el Consejo de Relaciones Exteriores. Básicamente, los llamados juegos de guerra consisten en la escenificación de situaciones de crisis extrema sobre asuntos de política internacional, a fin de tener previstas todas las posibles contingencias que pudieran representar un obstáculo para el desenlace deseado.

Los seminarios o foros de reflexión donde se desenvuelven estos "juegos" suelen celebrarse en lugares apartados bajo los auspicios de instituciones académicas tales como el Instituto Averell Harriman, el Consejo de Yale sobre Estudios Internacionales o la Academia para el Desarrollo de la Educación, todas ellas vinculados a la sociedad The Order, de la que se hablará más adelante. Los participantes en estos seminarios son, por lo regular, expertos reclutados en las altas esferas científicas y académicas y vinculados a las figuras clave de la política exterior de sus respectivos países.

Paralelamente a los "juegos de guerra" se desarrollan los "juegos políticos", complementándose ambos mutuamente. En realidad, el juego de guerra se pone en marcha cuando sobrevienen o son introducidos en un juego político acontecimientos críticos, como golpes de Estado, graves disturbios sociales, magnicidios, invasiones, etc. Y si bien los juegos de guerra están concebidos para tener previstas todas las eventualidades posibles y las soluciones más adecuadas a cada una de ellas, a veces ocurre que el acontecimiento real (ya sea espontáneo, ya provocado) se desarrolla de forma distinta a la prevista en el "juego", en cuyo caso se hace preciso intervenir, si es necesario directamente, para corregir los desvíos y reconducir el proceso hacia el desenlace adecuado.

EL INTERIOR DEL ENTRAMADO

EL REAL INSTITUTO DE ASUNTOS INTERNACIONALES Y EL CONSEJO DE RELACIONES EXTERIORES.

Con arreglo a la versión oficial, el Instituto de Asuntos Internacionales fue constituido en 1920 como resultado de las conversaciones mantenidas por varios delegados británicos y norteamericanos asistentes a la Conferencia de Paz de 1919, celebrada en París al término de la 1ª Guerra Mundial. Más tarde, en 1926, el Instituto recibía el título de "Real" en virtud de una Carta de la Corona británica que le encomendaba la tarea de promover y sufragar medios de información sobre cuestiones internacionales, pero de forma que los análisis vertidos en los mismos no fuesen en ningún caso asumidos oficialmente por la institución. La entidad debería financiarse con las aportaciones de sus miembros individuales, con sus propias inversiones y con las donaciones recibidas para labores de investigación. Hasta aquí llega la información que el susodicho Instituto difunde sobre sí mismo. De lo que ahora se trata, pues, es de penetrar en su verdadera génesis y en los resortes que impulsaron su constitución.

El 19 de mayo de 1919, Edward Mendel House, alias "coronel" House, convocó a una reunión de trabajo en el hotel Majestic a un reducido grupo de delegados norteamericanos y británicos participantes en la Conferencia de Versalles. De este sujeto, cuyo decisivo papel en la adopción del Federal Board System norteamericano ya fue significado páginas atrás, podría escribirse en términos muy similares a los empleados cuando se describiera la trayectoria de Joseph Retinger, pues se trata de otro de esos singulares personajes cuyo papel en la historia reciente, siempre desarrollado en la sombra, ha sido incomparablemente superior al de innumerables figurones políticos que han gozado de gran notoriedad. Además de eminencia gris de Woodrow Wilson, el "coronel" House ejerció como peón de lujo del Establishment financiero estadounidense, circunstancias que compaginaba con su condición de iniciado en la logia iluminista Maestros de la Sabiduría y con su pertenencia a la sociedad The Order.

Por parte americana, los asistentes a dicha reunión fueron John Foster Dulle, futuro secretario de Estado, y su hermano Allen Dulles, tiempo después director de la CIA, ambos perteneciente a un bufete de abogados ligado a los trusts Morgan y Rockefeller, Christian Herter, que también ocuparía años después la Secretaría de Estado, Jerome Greene, asesor del Instituto Rockefeller, W. Shepardson, miembro de la sociedad The Order, Robert Lansing, James Shotwell, Archibald Carey Coolidge y el general Tasker Bliss, todos ellos vinculados a instituciones dominadas por la sección norteamericana de la Round Table. En la delegación británica figuraban lord Robert Cecil, lord Eustace Percy, sir Valentine Chirol, Lionel Curtis, Harold Temperly y Edward Grigg, miembros todos ellos de la Round Table y de la Fabian Society.

El 30 de mayo tuvo lugar un segundo encuentro, y el 12 de junio, en la tercera reunión, fueron designados Lionel Curtis y Whitney Shepardson, respectivamente, como secretarios de las ramas inglesa y americana de la organización. Asimismo se acordó que cada una de las dos ramas del Instituto adoptara una denominación propia. De acuerdo con dicha determinación, el 9 de noviembre de 1923 se presentaba oficialmente la sección inglesa bajo el nombre de Instituto Británico de Asuntos Internacionales, título que fue sustituido en 1926, tras la concesión de la Carta Real, por el definitivo de Real Instituto de Asuntos Internacionales. Su sede social se estableció en un inmueble conocido como Chatam House (10 de Saint-James Square), donde también tenía sus dependencias la Round Table.

Siguiendo los mismos designios, la sección norteamericana se constituía oficialmente en 1921 con el nombre de Council on Foreign Relations (CFR) o Consejo de Relaciones Exteriores. Ni que decir tiene que la dirección del nuevo organismo recayó en el ínclito House, cuyas especiales relaciones con los magnates de la banca neoyorquina explican el hecho de que se rodease en la plana mayor del Consejo de elementos reclutados entre los asociados de la banca J. P. Morgan, en los despachos jurídicos que trabajaban para dicha firma, y en los círculos tecnocráticos vinculados a la Alta Finanzas. Figuraban entre ellos los ya mencionados John y Allen Dulles, Otto Khan, Isaías Bowman, Norman Davis, Paul Crawath, Whitney Shepardson, Philip Jessup y Charles Seymur.

Desde entonces hasta hoy, el CFR ha venido siendo uno de los más eficientes instrumentos del *Establishment*, que a través de este organismo determina el curso de la vida pública estadounidense en todos los ámbitos, y muy especialmente en el relativo a la política exterior, como iremos viendo a lo largo de las páginas sucesivas.

Entre la firmas multinacionales y Fundaciones "filantrópicas" que contribuyen a costear los ingentes gastos de este poderoso club figuran la Carnegie Corporation of New York, IBM World Trade Corporation, General Motors Corporation, Morgan Guaranty Trust Company, Citybank, Chemical Bank, Citicorp, International Minerals and Chemical Corporation, Association of Radio and Television News Analysts, The Ford Foundation, The Rockefeller Foundation, Rockefeller Brothers Foundation, The Andrew Mellon Foundation y The Commonwealth Foundation.

Eso no impide, más bien todo lo contrario, que el CFR sea el organismo donde mejor se ha operado la síntesis fabiana entre el capitalismo y uno de sus hijos bastardos, el marxismo, que de esta forma, una vez ultimada la labor de disolución cultural y espiritual para la que fue diseñado, se reintegra a la matriz burguesa de la que surgió. Dicho de otro modo, el CFR ofrece el más preclaro exponente de la dialéctica hegeliana, y en su seno los dos supuestos antagonistas se funden en la síntesis deseada. Aquí, el internacionalismo "proletario" de la retórica marxista se transfigura en el cosmopolitismo "humanista" del capitalismo multinacional; el materialismo marxista se identifica con el materialismo burgués que lo engendró; y el gregarismo social del colectivismo bolchevique se corresponde con el paraíso progresista de las masas uniformizadas pastando en los prados felices del bienestar nihilista y del consumismo material.

No tiene nada de extraño, por tanto, que este Club oligárquico patrocinado por el Gran Capital haya servido de tribuna para la difusión de la "cultura" izquierdista y contado entre sus miembros con innumerables *gentlemen* filo-marxistas. Además del ya citado Henry Kissinger (presidente en su día de este organismo) y de su equipo de colaboradores pro-soviéticos, son abundantes los ejemplos de oligarcas progresistas que han destacado en sus filas. Entre algunos de los más conocidos figuran Alger Hiss, Herbert Matthews, John Fairbank y Harry Dexter White, todos ellos agentes activos de la Inteligencia soviética durante la época de la "confrontación".

El caso de Alger Hiss merece especial significación, entre otras razones porque ilustra bastante bien la naturaleza del régimen de Franklin Delano Roosevelt y de su equipo de colaboradores íntimos (Baruch, Morgenthau, Lehman, Frankfurter, Hopkins, Rosenmann, Bloch, Cullmann), todos ellos miembros del CFR y de la Round Table, todos ellos acaudalados plutócratas y todos ellos simpatizantes y benefactores del régimen estalinista. Pues bien, entre esos colaboradores de Roosevelt figuraba también Alger Hiss, cuya importancia viene dada por el decisivo papel que, en su calidad de asesor especial del Departamento de Estado, desempeñó en los acuerdos de Yalta, tan provechosos para la Rusia soviética.

Nacido en el seno de una familia de la alta burguesía, Alger Hiss cursó estudios en Harvard, feudo fabiano donde fue captado para su equipo de cerebros por el financiero Frankfurter, uno de los ideólogos del New Deal. Tras prestar servicios como abogado en una firma de Wall Street, entró en contacto con otro destacado militante de la izquierda del New Deal, Lee Pressmann, quien le introdujo en la organización WARE, una red de espionaje al servicio del Komintern. Aunque la trayectoria de Hiss suscitó frecuentes sospechas, no sería hasta tiempo después, con motivo de las imputaciones formuladas contra él por un ex-camarada de la red WARE, Whittaker Chambers, cuando quedaron al descubierto sus vínculos con los servicios secretos soviéticos, y su intensa labor de penetración y reclutamiento en las altas esferas de la Administración estadounidense. Pero lo más esperpéntico de este asunto sería su desenlace, ya que, una vez desenmascarado, Alger Hiss fue retirado del servicio estatal, recibiendo por toda sanción la presidencia del Carnegie Endowment for Peace, una de las principales entidades patrocinadoras de las Conferencias Bilderberg.

Otro de los "camaradas" americanos que desempeñó un importante papel en los acuerdos de Yalta fue Averell Harriman, embajador especial de Roosevelt en la Conferencia, miembro de una poderosa saga de banqueros y socio del CFR. Este sujeto, conocido tanto por su pertenencia a todos los círculos oligárquico-mundialistas como por sus deferencias hacia la antigua URSS, fue señalado por Anatoli Golitsin, ex-agente del KGB, como uno de los más activos integrantes de la red filomarxista de la Administración estadounidense.

Naturalmente, el CFR no es el único espacio en el que se ha operado la síntesis ideológica señalada, aunque sí el más notorio. Los núcleos iluministas radicados en las Universidades de Oxford y Yale, de los que se hablará más adelante, se han mostrado igualmente activos en esa misma labor, si bien dentro del más absoluto hermetismo. Igualmente digna de mención a este respecto es la Universidad de Cambridge, bastión fabiano del que salieron los dandis británicos Philby, McLean, Blunt, Burgess y Cairncross, cuyos eficientes servicios al régimen estalinista han sido minuciosamente recogidos en una obra escrita por el que fuera su enlace soviético, el oficial del KGB Yuri Modin.

El órgano oficial del CFR es la revista *Foreign Affairs*, una publicación trimestral abierta a todas las opiniones "progresistas" en la que vierten sus análisis los iniciados en los discretos círculos del Poder. Dado su carácter "abierto", la revista reitera en cada uno de sus números que no asume oficialmente ninguna de las tesis expuestas en ella por sus colaboradores, añadiendo que tan sólo se ofrece como un foro de

reflexión en el que confluyan ideas "divergentes", por estimar que de esa forma se facilita a sus lectores una mejor información que adscribiéndose a una sola escuela de pensamiento (sic).

A pesar de esa "disparidad" de criterios que se observa leyendo las opiniones de individuos de la misma cuerda oligárquica (el Poder es su denominador común) e ideológica (todos ellos participan en lo esencial de una misma mentalidad), resulta sumamente instructivo ojear las páginas de esa publicación. Y es que leyéndola resulta fácil prever el curso que van a seguir ciertos acontecimientos, especialmente cuando las colaboraciones literarias llevan la rúbrica de un capitoste del CFR o de algún iniciado en los círculos más influyentes del *Establishment*. Así, en el número correspondiente a julio de 1990, uno de los analistas del CFR, Barry Rubin, exponía la necesidad de "tomar medidas especiales y urgentes para acabar con el poder militar y nuclear de ciertos Estados", indicando a continuación que tales medidas "debían aplicarse a las ambiciones de Irak". Unos meses después se desencadenaría la guerra del Golfo Pérsico. No menos ilustrativos fueron los análisis realizados en 1982 sobre la evolución interna de los regímenes marxistas de Polonia y la URSS por William Hyland, editor del *Foreign Affairs*, ex-analista de la CIA y miembro del Bilderberg Group, de la Comisión Trilateral, de la Pilgrims Society y de la Round Table. Análisis que, cuando menos, pusieron de manifiesto las portentosas dotes "proféticas" del susodicho Hyland, ya que todas sus previsiones se han ido cumpliendo con asombrosa precisión.

Pero el vehículo idóneo para hacer llegar a la gran masa de la población las opciones decididas en los laboratorios del CFR no es el órgano oficial de éste, de carácter y alcance restringidos, sino los grandes medios de comunicación estadounidenses. Después, los diversos tributarios mediáticos del Sistema esparcidos por las provincias del Imperio se aprestarán a desempeñar su papel habitual de caja de resonancia de las consignas elaboradas en el centro emisor, que es donde se decide qué asuntos deben pudrirse en el silencio y cuáles otros han de convertirse en temas de candente actualidad, marcando asimismo las pautas del modo en que deben tratarse éstos.

Para hacerse una idea de la presencia del Consejo de Relaciones Exteriores en los más influyentes medios de comunicación estadounidenses, he aquí una breve relación de algunos de los capitostes de tales medios, adscritos a dicho organismo:

- **New York Times:** Richard Gelb, William Scranton, John F. Akers, Louis Gerstner, George Munroe, Donald Stewart, Cyrus Vance, A.M.Rosenthal, Seymour Topping, James Greenfield, Max Frankel, Jack Rosenthal, John Oakes, Harrison Salisbury, H.L.Smith, Steven Rattner, Richard Burt.
- **Washington Post/Newsweek:** Katherine Graham, N.Katzenbach, Robert Christopher, Osborne Elliot, Philipp Geyelin, Murry Marder, Maynard Parker, George Will, Robert Kaiser, Meg Greenfield, Walter Pincus, Murray Gart, Peter Osnos, Don Oberdorfer.
- **Time Inc.:** Ralph Davison, Donald Wilson, Henry Grunwald, Alexander Heard, Sol Linowitz, Thomas Watson.
- **Public Broadcast Service:** Robert McNeil, Jim Leher, C.Hunter Gault, Hodding Carter, Daniel Schorr.
- **Associated Press:** Stanley Swinton, Harold anderson, Katherine Graham.
- **Wall Street Journal:** Richard Wood, Robert Bartley, Karen House.
- **ABC:** Thomas Murphy, Barbara Walters, John Connor, Diane Sawyer, John Scall.
- **NBC/RCA:** John Welch, Jane Pfeiffer, Lester Crystal, R.Sonnenfeldt, John Petty, Tom Brokaw, David Brinkley, John Chancellor, Marvin Kalb, Irving Levine, Herbert Schosser, P.G.Peterson, John Sawhill.
- **CBS:** Laurence Tisch, Roswell Gilpatric, James Houghton, Henry Schacht, Dan Rather, Richard Hottelet, Frank Stanton.
- **CNN:** W.T.Johnson, Daniel Schorr.

Todo esto no es más que una pequeña muestra de la incidencia del CFR en la vida pública norteamericana; y no será necesario explicar el peso de ese país en el escenario internacional. De ahí las declaraciones efectuadas en el *W Magazine* (4-8-78, Fairchild Publications) por Winston Lord, presidente por entonces del CFR y miembro de la sociedad The Order: "*La Comisión Trilateral no dirige el mundo entre bastidores; es el Consejo de Relaciones Exteriores quien lo hace*". Palabras que, siendo certeras, no reflejaron sino una parte de la realidad, ya que este organismo no es la última instancia o el núcleo central del organigrama oligárquico-mundialista, como más adelante podremos comprobar.

Desde el mismo momento en que el CFR fuera creado, la política exterior norteamericana ha venido siendo un predio de su absoluto dominio. Pero su influencia, que ha ido a más con el transcurso del tiempo, no se reduce a esa parcela, ya enormemente importante de por sí, sino que se hace extensiva a todos los ámbitos de la esfera política estadounidense. Como será fácil comprender, resultaría excesivamente prolijo reproducir la relación exhaustiva de todos y cada uno de los miembros del CFR que, desde 1921 hasta hoy, han ostentado algún cargo de alto nivel en la Administración norteamericana. Lo que sí podrá hacerse aquí es ofrecer una concisa pero significativa muestra de la incidencia de este organismo en el presente. Ésta era, en el momento en que se constituyó la Administración Clinton, la relación de altos cargos de la misma pertenecientes al CFR. Quede claro que en modo alguno se trata de una enumeración exhaustiva, sino de un muestreo referido a algunas de las áreas gubernamentales más relevantes. Por otra parte, el cuadro que se ofrece a continuación es perfectamente extrapolable a cualquiera de los gabinetes precedentes, ya que la presencia del CFR en todos ellos ha sido similar, con independencia de la facción política gobernante en cada momento.

- **Gabinete Gubernamental:** William Clinton (Presidente del Gobierno); Albert Gore (Vicepresidente); Warren Christopher (Secretario de Estado); Les Aspin (Secretario Defensa); Bruce Babbitt (Secretario Interior); Lloyd Bentsen (Secretario del Tesoro); Henry Cisneros (Secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano); Donna Shalala (Secretaria Salud y Servicios Sociales); Anthony Lake (Consejero Nacional de Seguridad); James Woolsey (Director de la CIA); Laura Tyson (Directora del Consejo Económico); Colin Powel (Presidente Junta Jefes Estado Mayor).
- **Staff de la Casa Blanca:** G.Stephanopoulos (Director Comunicaciones); Williams Crowe (Asesor Jefe de Inteligencia Exterior); Nancy Soderberg (Directora del Staff del Consejo Nacional Seguridad); Samuel R.Berger (Consejero Delegado de Seguridad Nacional); W.Bowman Cutter (Asesor Delegado del Consejo Económico).
- **Departamento del Tesoro:** Robert M.Bestani (Delegado Adjunto Asuntos Monetarios Internacionales); Roger Altman (Secretario Adjunto del Tesoro); Robert R.Glauber (Subsecretario Finanzas); J.French (Delegado Adjunto Departamento Finanzas); John M.Niehuss (Delegado Adjunto Asuntos Monetarios Internacionales).
- **Departamento de Estado:** Madeleine Albright (Embajadora en la ONU); Lynn Davis (Subsecretario Seguridad Internacional); Peter Tarnoff (Subsecretario Asuntos Políticos); John E.Spero (Subsecretario Asuntos Económicos); Brian Atwood (Subsecretario Administración); G.E.Moose (Subsecretario Asuntos Africanos); H. Allen Holmes (Secretario Adjunto Asuntos Político-Militares); Joseph Verner Reed (Jefe Protocolo); Edward Perkins (Director Personal); Winston Lord (Secretario Adjunto Asuntos Este de Asia y Pacífico); John H.Kelly (Secretario Adjunto Asuntos Sudeste Asiático y Cercano Oriente); Stephen A.Oxman (Secretario Adjunto Asuntos Europeos); Clifton Wharton (Consejero Delegado); Brandon Grove (Director Servicios Asuntos exteriores); Dennis B.Ross (Director Staff Planificación Política); Abraham David Sofaer (Asesor Legal).
- **Cuerpo Diplomático (Embajadores):** Strobe Talbot (CEI); John Negroponte (Méjico); Thomas Pickering (Rusia); Edward Ney (Canadá); Morton Abramowitz (Turquía); Robert Oakley (Paquistán);

Michael Armacost (Japón); Henry Catto (Gran Bretaña); Robert Pelletreau (Túnez); Shirley T.Black (Rep.Checa); Nicholas Platt (Filipinas); Christopher Phillips (Brunei); James Spain (Sri Lanka); Frances Cook (Camerún); Terence Todman (Argentina); Edward Djerejian (Siria); Frank Wisner (Egipto); Warrem Zimmerman (Yugoslavia).

- **Departamento de Defensa:** Frank G.Wisnerll (Subsecretario Asuntos Políticos); Michael P.W.Stone (Secretario de la Armada); Donald B.Rice (Secretario Fuerza Aérea); Henry S.Rowen (Secretario Adjunto Seguridad Interior); Seymour Weiss (Presidente Política de Defensa); Franklin C.Miller (Delegado Adjunto Sec. Nuclear); W.Bruce Weinrod (Delegado OTAN); Charles M.Herzfeld (Director Departamento Investigación);
- **Junta Jefes Estado Mayor:** Tte. Gral. T.Boyd; Tte.Gral. G.L.Butler; Tte.Gral. B.C.Hosmer; Gral. Carl E.Vuono; Gral. Merrill A.McPeak; Gral. John T.Chain.
- **Reserva Federal:** Alan Greenspan (Presidente); Gerald Corrigan (Vicepresidente); Richard Cooper; Robert Forrestal; Robert Erburu; Bobby Inman; Anthony Solomon; Edwin Truman; Cyrus Vance; Paul Volker; Sam Cros; John Opel; Steven Muller; Robert Knight.
- **Oficina de Comercio:** Gary R.Edson (Presidente); Joshua Bolten (Consejero General); Daniel M.Price (Consejero General Adjunto).
- **Export-Import Bank:** John Macomber (Presidente); Eugene Lawson (Vicepresidente); Rita Rodríguez (Directora); Hart Fessenden (Consejero General).
- **Agencia Control y Desarme:** William Schneider (Presidente); Thomas Graham (Consejero General); Richard Burt (Negociador Defensa Estratégica); David Smith.

Antes de pasar a ver las relaciones que ha venido manteniendo la izquierda occidental con el CFR, no estará de más dedicar una breve reseña al papel desempeñado por este poderoso club en el alumbramiento de la ONU, de la que últimamente se ha puesto de moda deplorar su inoperancia, lo que no deja de ser una maniobra más de intoxicación, ya que este organismo ha dado buenas muestras de su eficacia cuando los intereses de quienes lo manejan lo han exigido así. Recuérdese, si no, la Guerra del Golfo y todo lo que ha sobrevenido después, entre otras cosas el embargo criminal decretado por tan humanitaria institución contra la población iraquí, que es la que está pagando sus consecuencias.

Pues bien, los avances preparatorios para la constitución de las Naciones Unidas, cuyo edificio, dicho sea de paso, se levantó en unos terrenos cedidos al efecto por el clan Rockefeller (tan filantrópica donación se vería largamente compensada por la revalorización del suelo colindante propiedad de la familia), fueron elaborados por un Comité Secreto (Secret Steering Committee) instituido en 1943 por el Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull. Dicho Comité estaba formado, además del citado Hull, por cinco asesores del presidente Roosevelt: Taylor, Davis, Bowman, Pasvolski y Welles, todos ellos miembros del CFR.

En diciembre de 1943 se incorporó al grupo Edward Stettinius, recién nombrado Subsecretario de Estado, y miembro también del CFR. Hijo de un asociado de la banca Morgan, y antiguo ejecutivo de la United States Steel, este sujeto había gestionado antes de acceder a su nuevo cargo la *Ley de Préstamo y Arriendo* dictada al final de 2ª Guerra Mundial por el gobierno estadounidense. Una ley cuyos beneficiarios no sólo fueron los grandes consorcios industriales norteamericanos, que recibieron a precio de saldo las modernas instalaciones construidas por el Estado durante la guerra, sino también la Unión Soviética, a la que el susodicho Stettinius entregó a fondo perdido equipamientos por valor de 10.000 millones de dólares que, por supuesto, nunca fueron pagados.

Posteriormente se irían añadiendo al Comité en cuestión nuevos miembros, la inmensa mayoría procedentes del CFR: Green, Cohen, Hornbeck, Hackworth y Dunn entre ellos. Finalmente, el borrador

definitivo para la constitución de la ONU fue redactado por un equipo de juristas socios en su mayoría del CFR (Hughes, Taylor, Davis y Miller entre ellos).

Pero vayamos ya con el tema apuntado líneas atrás, esto es, las relaciones mantenidas por la izquierda occidental y su foro más prestigioso, la Internacional Socialista, con ese sólido baluarte del poder plutocrático que es el CFR.

Antes de nada convendrá recordar que el proyecto de crear una Internacional Socialista se planteó por primera vez en la Conferencia de Claton-on-Sea de 1946, a propuesta de los ministros fabianos del gabinete británico. Dicho proyecto no respondía sino a la doctrina formulada por el CFR para el escenario post-bélico europeo, doctrina que se basó en la conveniencia de crear un frente de contención al comunismo que, al mismo tiempo, no fuera anticomunista. Se trataba, pues, de frenar el expansionismo político y territorial de la URSS, pero sin cercenar la expansión ideológica del marxismo y de las tesis izquierdistas. Un planteamiento, como podrá verse, en la línea de la más pura dialéctica hegeliana, y sin duda el más idóneo para alcanzar la síntesis ya comentada.

La idea esbozada en Claton-on-Sea no tardó en fructificar. Poco después se constituía en Londres el Comité Socialista Internacional, integrado por socialistas alemanes y británicos; y éstos fueron quienes, a su vez, se encargaron de preparar el Congreso Internacional de 1951 celebrado en Frankfurt con la participación de treinta y cuatro delegaciones socialistas, la mayoría de las cuales procedían de los países integrados en la OTAN. La Internacional socialista nació así como el instrumento más idóneo para lograr los objetivos marcados.

En las postrimerías de la década de los setenta surgieron dos nuevos organismos que vinieron a completar la estructura de la Internacional Socialista:, de la que bien podrían considerarse como una prolongación: La Comisión Palme y la Comisión Brandt.

Entre los integrantes de la primera en el momento de su creación figuraban, además del propio Olof Palme, socio del Bilderberg Group, individuos como David Owen (Trilateral), Egon Bahr (Bilderberg), Cyrus Vance (Trilateral, Bilderberg, CFR, Pilgrims), Georgi Arbatov (director del Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú, equivalente soviético del CFR) y Emma Rothschild.

De parecido corte era la nómina de miembros de la Comisión Brandt, nacida a finales de 1977 bajo los auspicios de Robert McNamara (Trilateral, Bilderberg, CFR, presidente del Banco Mundial). La presidencia de la Comisión recayó, lógicamente, en Herbert Karl Frahm, más conocido como Willy Brandt, al lado del cual figuraban Edward Heath (Bilderberg), Peter Peterson (director de la banca Lehman-Kuhn&Loeb), Edgard Pisani (Bilderberg), Eduardo Frei (líder democristiano chileno), Katherine Graham (Trilateral, Bilderberg, CFR, propietaria del *Washington Post* y de la revista *Newweek*) y algún que otro sindicalista de relleno incluido en la lista para conferir el oportuno toque proletario a la comisión.

A esta distinguida organización Internacional y Socialista pertenece el Partido Socialista Obrero Español, uno más de los muchos clubs de izquierdistas incendiarios devenidos en fervientes apagafuegos tan pronto como sus ambiciones de pequeño-burgueses resentidos encontraron la debida satisfacción. Veamos, pues, sin más preámbulos, algunas de las peregrinaciones efectuadas por sus más destacados dirigentes a las dependencias del CFR y a otros santuarios del Gran Capital.

Tales peregrinaciones, iniciadas ya en la época en que los líderes socialistas vestían de pana progre, comenzaron en **agosto de 1975**, con la visita de una delegación del PSOE a Israel, donde la poderosa socialdemocracia judía, entonces en el poder, y su organización sindical, la no menos poderosa Histadrut, brindaron a sus homólogos españoles ayuda económica y formación de cuadros a cambio de silenciar o poner sordina a las tropelías israelíes en la zona.

Dos años después, en **noviembre de 1977**, Felipe González viajaba a los Estados Unidos para entrevistarse con Walter Mondale, vicepresidente norteamericano, Cyrus Vance, secretario de Estado, y otros altos cargos gubernamentales, encuentros que serían ampliamente reflejados en los medios de comunicación. Lo que, sin embargo, no obtuvo el menor comentario fue su visita a la sede del CFR, donde el líder socialista pronunció una conferencia que, de acuerdo con los hábitos de ese organismo, fue seguida del correspondiente coloquio-interrogatorio, cuyos resultados debieron ser plenamente satisfactorios para los cancerberos del Gran Capital a juzgar por la ulterior trayectoria política de su invitado. Acto seguido el futuro presidente acudió a una cena organizada por otro feudo del *Establishment*, el Carnegie Endowment for International Peace, donde también puso de manifiesto que estaba en condiciones de satisfacer las expectativas de sus distinguidos anfitriones. La primera romería a la meca plutocrática, que concluyó con una visita a David Rockefeller, no pudo ser, por tanto, más satisfactoria para ambas partes, y de ella regresó 'Isidoro el revolucionario' con el placet de los patrones, y una pequeña donación de doce millones de dólares para las arcas del partido.

En **marzo de 1978** eran Enrique Múgica, entonces presidente de la Comisión de Defensa del Congreso, y Luis Solana, futuro cacique de las comunicaciones, quienes viajaban a Nueva York. En su agenda oficial figuraban entrevistas con Harold Brown, secretario de Defensa, con altos cargos del Consejo Nacional de Seguridad y con los rectores de la multinacional ITT. De todo ello se hicieron eco los medios. Nada se publicó acerca de su asistencia al correspondiente desayuno-sondeo celebrado en los despachos del CFR. Por aquellas mismas fechas viajó también a la metrópoli el entonces ministro socialdemócrata de la UCD, y futuro ministro del PSOE, Francisco Fernández Ordóñez. Oficialmente, el objetivo de su visita, ya elocuente de por sí, era contrastar con las autoridades norteamericanas la idoneidad de la política económica del Gobierno español. A tal efecto se entrevistó con Michel Blumenthal, secretario del Tesoro y miembro del CFR, Artur Burns, presidente de la Reserva Federal y miembro del CFR, William Dale, vicepresidente del Fondo Monetario Internacional y militante del CFR, y Robert McNamara, presidente del Banco Mundial y asimismo socio destacado del CFR. La visita de Fernández Ordóñez finalizó, según la norma, con una sesión a puerta cerrada en las oficinas del CFR, de la que tampoco se informó.

Mientras tanto, el profesor Tierno Galván multiplicaba sus esfuerzos para recabar el apoyo de personalidades influyentes (Brandt, Schell, Hoffman) que le permitieran ingresar en la Comisión Trilateral, cosa que no logró debido a que sus gestiones en ese sentido fueron sistemáticamente saboteadas por Felipe González, quien por aquellas fechas estimaba inconveniente para la buena imagen del PSOE el ingreso de uno de sus dirigentes en esa entidad. Tales remilgos no tardarían mucho en disiparse, y en 1985 el presidente de la Compañía Telefónica y militante del PSOE, Luis Solana, ingresaba en la Trilateral, siendo seguido un año después por Julio Feo, entonces fontanero mayor de la Presidencia del Gobierno y miembro en la actualidad del Comité Ejecutivo de la sección europea de dicha organización plutocrática.

En marzo de 1981, Felipe González emprendía otra gira, esta vez a Gran Bretaña, invitado por el Instituto de Estudios Europeos, una especie de apéndice del Saint-Anthony College de la Universidad de Oxford. Ese centro escolar, dominado por la Round Table y la Fabian Society, ha sido objeto de frecuentes peregrinaciones por parte de diversos líderes socialistas, entre los que se encuentran Fernando Morán, Narcís Serra, Alfonso Guerra, Pascual Maragall y José Borrell. El viaje de González concluyó con una comida de trabajo en la sede de la Fabian Society.

En **diciembre de 1982**, con el sonado triunfo electoral del PSOE aún caliente, Alfonso Guerra asistía a una reunión convocada por el European Management Forum, un organismo en la órbita de Davos. Allí manifestaría públicamente la disposición del Gobierno socialista a colaborar con las empresas multinacionales "*por la confianza en el futuro de España que han demostrado en los tiempos difíciles*".

Una vez en el poder, los contactos socialistas con los centros de dominio plutocrático se prodigaron aún más. En abril de 1983, David Rockefeller giraba una visita a España de regreso de una cumbre de la Comisión Trilateral, siendo recibido en la Moncloa por González y Boyer, dada su condición de "*miembro de primera fila del mundo económico internacional*", según palabras del comunicado emitido al respecto por el Gabinete de Prensa de la Presidencia.

En mayo de ese mismo año Miguel Boyer, Fernández Ordóñez y Guillermo de la Dehesa, máximos representantes del equipo económico gubernamental, emprendían un viaje a Nueva York para entrevistarse con varios dirigentes de la banca estadounidense. En el curso de esa gira Miguel Boyer asistió a una cena convocada por el Metropolitan Club neoyorquino durante la cual se dirigió a los presidentes y directores de los principales bancos comerciales estadounidenses para transmitirles "*el mensaje del Gobierno español, que es un gobierno socialista, pero moderado y pragmático, en la línea de la tradición socialdemócrata y fabiana*".

Poco después, en junio de 1983, Miguel Boyer se desplazaba de nuevo a los Estados Unidos, pero esta vez como segundo del jefe de la comitiva, el presidente González. En el curso de esa importante gira la delegación española se entrevistó con las más altas instancias políticas y económicas estadounidenses, actuando David Rockefeller como introductor de González en la entidad más representativa del capitalismo norteamericano, la Century Association. En aquel viaje se ultimaron, entre otras cosas, los últimos retoques y el visto bueno definitivo del Gran Capital al proyecto económico socialista, todo ello dentro del mejor ambiente, dada la disposición del presidente español, reiteradamente expresada por éste, de "*fomentar ante todo la inversión del capital extranjero en España como la mejor vía para su desarrollo económico*". También fue sometido a un último examen el plan cuatrienal de Boyer, cuyo elemento básico, la reconversión industrial, respondía a los designios de la CEE y, en última instancia, a los esquemas económicos trazados por la Comisión Trilateral. En virtud de tales directrices, España entraba en la calificación de nación semiperiférica, lo que suponía el desmantelamiento de su industria pesada y la consideración de apta únicamente para el desarrollo de industrias auxiliares y subsidiarias de las grandes multinacionales.

Tras aquella visita crucial, de la que el órgano oficial del PSOE no se dio por enterado, resulta perfectamente lógico que otros viajes más discretos pasasen desapercibidos. Así, en septiembre de 1983, Fernando Morán acudía a la sede del CFR para contrastar con ese organismo la política exterior del Gobierno socialista, viaje que repetiría exactamente un año después. Durante los años sucesivos habrían de prodigarse las visitas al CFR y a otros foros mundialistas de los dos principales asesores de González, Roberto Dorado y Juan Antonio Yáñez, que de esa forma le mantenían al corriente de los últimos designios trazados por los árbitros de la economía y la política internacional.

En marzo de 1987 David Rockefeller giraba una nueva visita a España, en el curso de la cual se entrevistó con el subgobernador del Banco de España, con el jefe del Estado y con el presidente del Gobierno, sin que nada de ello mereciera la más breve reseña en los medios de comunicación.

En noviembre de 1988 Felipe González recibía a una delegación de la European Round Table encabezada por Giovanni Agnelli, patrón de la multinacional FIAT, y figura de primera fila de la Comisión Trilateral. Y así ininterrumpidamente hasta hoy.

Todo lo reseñado no son más que unos cuantos ejemplos sacados de una casuística muchísimo más amplia y demasiado extensa para ser reproducida en un texto cuyas prioridades son otras. A modo de colofón, bien podría cerrarse este asunto con las andanzas por los mismos circuitos oligárquicos de otra celebridad de la izquierda española, Santiago Carrillo, quien también protagonizó una singular peregrinación

a la meca del capitalismo atendiendo los requerimientos de la Universidad de Yale, centro del iluminismo yanqui y feudo de la logia The Order.

Antes de partir, el camarada Carrillo se reunió a cenar con Antonio Garrigues Walker, principal asociado en España del trust Rockefeller, quien le instruyó acerca del modo en que debía comportarse ante sus distinguidos anfitriones. En su gira americana, el dirigente comunista pronunció una conferencia en Yale, donde adelantó la renuncia del PCE al leninismo, acudiendo a continuación a una cena convocada en su honor por la revista *Time*, uno de los medios emblemáticos de la plutocracia norteamericana. En el curso del ágape, Santiago Carrillo realizó una serie de declaraciones que luego serían ampliamente difundidas por Radio Europa Libre y Radio Libertad, dos emisoras controladas por la CIA. Pero entre los numerosos actos a los que asistió el incalificable personaje, todos ellos organizados por entidades vinculadas a los núcleos oligárquicos norteamericanos, merecen destacarse las entrevistas a puerta cerrada que mantuvo en las dependencias del Institute for International Affairs y en la sede neoyorquina del CFR. También en esta ocasión el mutismo de los medios fue absoluto.

LA LOGIA B'NAÏ B'RITH

Como ya se apuntara al comienzo de este capítulo, la logia B'naï B'rith es una organización paralela a la masonería regular cuya afiliación está exclusivamente reservada a los ciudadanos de origen judío.

Esta entidad, fundada en **1843**, tiene su sede central en Washington (1640 Rhode Island Avenue, NW), justo al lado de la Casa Blanca, proximidad que no es solamente física. Actualmente cuenta con algo más de 600.000 afiliados distribuidos por 47 países del globo, y en su cúspide se aglutina lo más selecto de la oligarquía judía mundial.

Al igual que la masonería regular, la B'naï B'rith se presenta como una organización filosófica y filantrópica dedicada a la consecución de los consabidos enunciados humanistas, y también al igual que la primera su labor fundamental se desarrolla en el campo de la influencia política y social. El hecho de que esta logia haya sido desde su creación el más eficiente puntal del movimiento sionista constituye una buena muestra de esa actividad.

La B'naï B'rith International cuenta con varias sociedades filiales, así como con una pléyade de organizaciones afines que se mueven en su órbita. Entre las primeras figuran las sociedades The Career and Counseling Services, The Klutznick Museum, responsable del mantenimiento de los archivos de la logia, The Hillels Foundations, dirigida a los medios estudiantiles, The B'naï B'rith Youth Organization, enfocada al campo cultural, The B'naï B'rith Women, que agrupa a las mujeres afiliadas a la Orden, y The Anti-Defamation League Jewish o Liga Antidifamatoria Judía, cuyo cometido oficial es la lucha contra el antisemitismo, aunque el real sea la lucha contra el antisionismo, lo que es algo muy distinto, como no pocos sionistas antisemitas deben saber muy bien. Y esto último no ha sido escrito a la ligera, sino con pleno conocimiento de una realidad sobradamente avalada por los hechos.

Aparte de la marginación social y de la discriminación racial que padecen los judíos sefarditas de Israel, existen multitud de manifestaciones realizadas por diversas figuras de la oligarquía ashkenazi que avalan con creces lo dicho con anterioridad. Actitudes y posturas especialmente deleznable, si se tiene en cuenta que los judíos sefarditas son precisamente los genuinos hebreos semitas, en tanto que los judíos ashkenazi de origen europeo, que constituyen la casta dominante en aquel país, no pertenecen a ese tronco racial. Por otro lado, han sido precisamente estos últimos los fundadores y principales promotores del sionismo moderno, cuyo carácter ultrarracista no puede sorprender viniendo de individuos que aplican a los sefarditas, esto es, a sus propios correligionarios, el calificativo despectivo de "negros".

Entre tales manifestaciones, sin duda más elocuentes que cualquier otra explicación, figuran algunas especialmente significativas. Golda Meir, por ejemplo, no tuvo pudor en afirmar que *"todo judío leal debe aprender el yiddish (lengua de los ashkenazim europeos), porque sin yiddish no hay judío"*. Ben Gurion fue más explícito aún: *"No queremos que los israelíes se levantinen. Debemos luchar contra el espíritu levantino (esto es, semita) que corrompe a los hombres y a las sociedades"* (*Le Monde*, 9-3-66; en parecidos términos se manifestó también M. Dayan en *Le Monde* de 30-4-66). Otro hebreo ilustre, Haïm Cohen, se refirió a la inspiración racial del Estado judío con estas palabras:

"La amarga ironía de la suerte ha querido que las mismas tesis biológicas y racistas propagadas por los nazis sirvan de base para la definición oficial de la judaicidad en el seno del Estado de Israel".

La pertenencia a la logia B'naï B'rith no excluye el que sus miembros militen simultáneamente en otra logias masónicas, cosa frecuente por lo demás. De hecho, son numerosos los casos de miembros de dicha logia que han ostentado el grado de Gran Maestro en otras logias americanas o europeas adscritas al rito escocés. Sin embargo, la doble militancia en sentido contrario no es posible. Bien puede decirse por tanto que la logia B'naï B'rith constituye una Orden específica dentro de la masonería regular.

Algo parecido podría afirmarse en lo concerniente a los diversos organismos plutocrático-oligárquicos descritos a lo largo de estas páginas, y en el seno de los cuales los jerarcas de la B'naï B'rith forman un grupo particular. De tal modo que la influencia de la oligarquía judía en la vida pública no se articula exclusivamente a través de las estructuras específicas de dicha logia, sino también por medio de otros organismos que, como el CFR, cuentan entre sus filas con numerosos miembros adscritos a la misma. Son las pequeñas ventajas que proporciona el hecho de estar en varios sitios a la vez.

La logia B'naï B'rith constituye el núcleo central de una vasta red de sociedades afines que se mueven en su órbita y que confluyen en ella. Entre las más relevantes figuran el American Jewish Committee, el American Jewish Congress y la Conference of Presidents of Major American Jewish, que agrupa, a su vez, a unas cuarenta asociaciones judío-americanas. Mención aparte merecen el World Jewish Congress y el American Israel Public Affairs Committee, sin duda las más poderosos e influyentes sociedades de toda esa red.

El World Jewish Congress, o Congreso Judío Mundial, tiene su sede central en Nueva York, y cuenta con delegaciones en setenta países del mundo. Solamente en Estados Unidos su red organizativa aglutina a treinta y dos organizaciones anexas y publica siete diarios. Esta poderosa entidad está presidida en el presente por Edgar Bronfman, magnate del sector vitivinícola y de la industria cinematográfica. El trust Bronfman posee el 15% de la Time Warner y es accionista mayoritario de la MCA-Universal, la más importante productora cinematográfica y televisiva estadounidense del momento. Por otro lado, el consejero especial de Edgar Bronfman en la MCA es Michel Ovitz, miembro también del Congreso Judío Mundial y director de la Creative Artist Agency, primera agencia de contratación artística de Hollywood.

En cuanto al American Israel Public Affairs Committee, se trata de uno de los grupos de presión más poderosos y discretos de los Estados Unidos. Así lo reflejaba sin ambages en su número 407 (junio 1991) la revista *L'Arche*, órgano oficial del Frente Nacional Judío Unificado:

"El American Israel Public Affairs Committee es un lobby extraordinariamente potente, literalmente capaz de destruir la carrera pública de cualquier político anti-israelí".

Conviene decir que este tipo de lenguaje directo y explícito sobre el tema tabú que ahora nos ocupa es prácticamente privativo de las publicaciones judías.

Estos son, a grandes rasgos, los más descollantes engranajes de una poderosa maquinaria cuya presencia en las altas esferas políticas estadounidenses veremos a continuación. Y una vez más, ante la imposibilidad material de efectuar un recorrido exhaustivo en el tiempo, lo más apropiado será ceñirse al momento presente. Centrándonos, pues, en la actual Administración Clinton, he aquí un breve resumen de dicha presencia.

De los doce integrantes del **Consejo Nacional de Seguridad**, organismo sobre cuya importancia no será preciso extenderse, seis proceden de la oligarquía judía estadounidense: Samuel Berger, vicepresidente del Consejo, Martin Indik, responsable del área de Oriente Medio, Don Steinberg, director del área africana, Richard Feinbert, al frente del departamento de Hispanoamérica, Stanley Ross, jefe del departamento de Asia, y Dan Schifte, director del departamento de Europa Occidental.

En los *servicios de asistencia y asesoramiento* a la **Presidencia del gobierno** figuran Abner Mikve, en calidad de Attorney (Fiscal) General, Ricky Seidman, como responsable de la agenda presidencial, Phil Leida, jefe adjunto del Estado Mayor, Robert Rubin, consejero de Economía, y David Heiser, director del servicio de Prensa.

En el **Departamento de Estado** la lista es numerosísima, pudiendo subrayarse los nombres de Peter Tarnoff, subsecretario de Estado, Lawrence Summers, Mans Kurtzer, Dennis Ross, Jehuda Mirski y Tom Miller.

Otros altos cargos dignos de mención son: Rehm Emmanuel, consejero personal y eminencia gris de Clinton, Miky Kantor, ministro de Comercio, Robert Reich, ministro de Trabajo, Cotie Stuart Eizenstat, embajador ante la CEE, Louis French, director del FBI, Madeleine Albright, embajadora en la ONU, y Laura Tyson, al frente del Consejo Económico.

A la vista de esta realidad, y en su calidad de buen conocedor de los entresijos de la política estadounidense, éstos eran los comentarios vertidos sobre el particular por un destacado analista político en cierto medio informativo:

"Hace algunas semanas, el rabino de la sinagoga Adath Yisraël, de Washington, pronunciaba un sermón en el Centro Cultural y Político judío en el curso del cual celebró el hecho de que los judíos norteamericanos tomen parte en las decisiones políticas a todos los niveles de la Administración Clinton, señalando textualmente que los Estados Unidos no son un Gobierno de goim (no-judíos), sino una Administración donde los judíos participan enteramente en las decisiones políticas a todos los niveles".

Tras pasar revista al panorama político estadounidense y subrayar explícitamente la influencia en el mismo del lobby judío, el citado analista añadía:

"La influencia sionista no sólo se manifiesta en el ámbito político. También es considerable en los medios de comunicación, donde un gran número de responsables de programas televisivos, así como la mayor parte de los redactores jefes, corresponsales y comentaristas son judíos...La misma preeminencia se encuentra en las instituciones universitarias, en los centros de investigación, en los servicios de seguridad, en la industria cinematográfica y en los medios artísticos y literarios".

Naturalmente, todos estos comentarios no pueden ser más que infundios malintencionados de algún elemento fascistoide y antijudaico, como diría cualquier "bien-pensante" de pesebre al uso. En efecto, el autor de los mismos fue el analista hebreo Bar Yosef, colaborador del rotativo israelí *Maariv*, en cuyo número del 2-9-1994 apareció su artículo.

LOS CÍRCULOS HERMÉTICOS

Con la descripción de los organismos vistos en el epígrafe anterior (RIAI, CFR) concluye el análisis de los círculos más discretos e internos de lo que podría calificarse como la parte visible del iceberg. Entre aquéllos y el núcleo central del entramado se sitúan las entidades ya descritas al comienzo de este capítulo (Club Ruskin, Rhodes House, Round Table, Milner Group, Pilgrims Society, Fabian Society), que, a su vez, no serían sino conexiones o emanaciones directas del nivel más profundo y hermético del que se tiene noticia, constituido por los círculos iluministas.

Después de su disolución oficial, que en la práctica habría de tener un carácter meramente formal, la logia de los Illuminati se perpetuó a través de dos vías: una, mediante la creación de logias clandestinas; y la otra, merced a la penetración en la francmasonería regular, a la que los iniciados iluministas se incorporaron formando de esa forma una suerte de núcleo específico dentro de la misma. Como se recordará, cuando se analizaron los acontecimientos que dieron paso a la Revolución Francesa, ya se dio cuenta de la pertenencia de varios francmasones jacobinos (Mirabeau, Marat, Robespierre, Danton) a una célula del iluminismo galo denominada Comité Secreto de los Amigos Reunidos. Y fue en los años que precedieron a la Revolución cuando unos de los lugartenientes de Weishaupt, el judío-portugués Martínez de Pascualis, organizó varios grupos iluministas en la Francia pre-revolucionaria.

De hecho, tan pronto como se produjo su proscripción oficial, la Orden de los Iluminados inició un proceso de implantación en diversos países occidentales, donde sus iniciados de alto rango penetraron en las logias masónicas y crearon varias sociedades adscritas a la disciplina de Weishaupt. Por lo que a los Estados Unidos se refiere, el primer grupo del que se tiene conocimiento data de 1785, año en que fue constituida la logia Columbia de la Orden de los Iluminados de Nueva York, entre cuyos miembros fundadores figuraron Clinton Roosevelt, antepasado de Franklin D. Roosevelt, M. de Witt, gobernador del Estado de Nueva York, Horace Greeley, director del rotativo *Tribune*, que más tarde se convertiría en el actual *International Herald Tribune*, y Thomas Jefferson, futuro presidente de la nación.

Actualmente, y desde hace largo tiempo, los dos principales focos iluministas del mundo anglosajón tienen su centro en las Universidades de Oxford (G.Bretaña) y Yale (EEUU).

En Inglaterra, el núcleo en torno al cual se han aglutinado las diversas células iluministas radicadas allí es la sociedad The Group, cuyos principales patrocinadores fueron los Astor y los Rothschild, en estrecha colaboración con la oligarquía británica ligada a la Round Table. Uno de los mejores conocedores de los círculos iluministas británicos fue el historiador Carroll Quigley, cuya vinculación a los mismos le permitió el acceso a fuentes documentales vedadas a cualquier otro investigador. Fueron, en efecto, sus indagaciones en los archivos reservados de la Universidad de Oxford lo que le permitió conocer y desvelar algunas de las actividades de los diversos cenáculos iluministas (The Rhodes Crowd, The Times Crowd, Cliveden Set, Chatham House Crowd y Alls Souls Group) que convergen en la sociedad The Group.

En los Estados Unidos, el foco principal se localiza en la Universidad de Yale, feudo de la sociedad The Order, fundada en 1832 con el propósito de coordinar las actividades de las quince logias iluministas existentes por entonces en territorio norteamericano. Desde su nacimiento, esta poderosa entidad viene nutriendo sus filas de individuos pertenecientes a la oligarquía *pilgrim*, a los cuales se irían sumando progresivamente diversos elementos procedentes de la plutocracia estadounidense. En su seno convergen, pues, los apellidos más acreditados de los clanes dominantes de aquel país, clanes a menudo emparentados entre sí. Junto a los Whitney, los Adams, los Allen, los Wadsworth, los Lord o los Bundy, cuya genealogía se remonta al Brewster transportado por el *Mayflower* a las costas del Nuevo Mundo, nos encontramos a los Davison, los Harriman, los Rockefeller, los Khun Loeb, los Lazard, los Schiff o los Warburg, entre otros

representantes de la Alta Finanza. A esta hermandad pertenece desde 1947 el ex-presidente norteamericano George Bush, descendiente de una de las más rancias dinastías de Nueva Inglaterra.

El método operativo de The Order se ajusta fielmente a las directrices marcadas por los protocolos de la Orden de los Illuminati, cuyo contenido es perfectamente conocido desde que cayeran en manos de la policía bávara hace dos siglos. Pero, además de los citados protocolos, existen otras fuentes de información sobre la secta iluminista harto ilustrativas de su metodología y objetivos; objetivos que se resumen en la consecución del Poder y en el control absoluto de la sociedad, todo ello, claro está, bajo la carpa de los consabidos estereotipos humanistas característicos del progresismo francmasón. Un capítulo notable de dicho caudal informativo lo constituye la correspondencia mantenida por Giuseppe Mazzini y su cofrade iluminista Albert Picke, correspondencia que reposa desde el pasado siglo en los archivos del Museo Británico, y en la que aparecen claramente previstas la revolución bolchevique y las dos grandes guerras del siglo XX, como pasos necesarios para la implantación de un Gobierno Mundial.

Básicamente, el *modus operandi* de la logia The Order consiste en la penetración de sus iniciados en los organismos y centros decisorios de poder, lo que adicionalmente puede ir acompañado de la cooptación de nuevos adeptos reclutados en las altas esferas institucionales; "pocos y bien situados", como rezaba una de las máximas del maestro Weishaupt. De esta forma, una vez ocupado el núcleo de los centros de dominio e influencia, basta con dar el primer impulso hacia el objetivo deseado para que toda la maquinaria se ponga en marcha. Dado ese primer impulso, el engranaje funcionará de forma automática, siguiendo un curso equiparable al efecto dominó. Dicho de otro modo, el hecho de constituir el núcleo central de los círculos concéntricos permite que las decisiones adoptadas por las cabezas rectoras de The Order y The Group se propaguen de la misma manera que lo hacen las hondas producidas por la piedra arrojada al agua de un estanque.

Sin ninguna discusión, la máxima autoridad en esta materia y el mejor conocedor de los entresijos y métodos operativos de la sociedad The Order, es el profesor de la Universidad de Stanford, **Antony C. Sutton**, que ha escrito sobre el particular cuatro obras de obligada recomendación: "*An Introduction to The Order*", "*How The Order controls Education*", "*How The Order creates War and Revolution*" y "*The Secret Cult of The Order*".

Todo lo expuesto a lo largo de este capítulo no es el resultado de ninguna desviación del concepto de democracia instaurado por las revoluciones burguesas, sino, muy al contrario, su más fiel y exacta materialización. Se trata de la rigurosa puesta en práctica del ejercicio del Poder tal y como éste fuera entendido desde los mismos comienzos por los artífices del sistema vigente en la actualidad; un hecho que se ha venido produciendo sin solución de continuidad desde el nacimiento de los regímenes burgueses hasta el más inmediato presente.

Refiriéndose a los padres de la República estadounidense, máximo y primer exponente del modelo en vigor, el historiador Joyce Appleby subrayaría con acierto que el propósito de aquéllos no fue sino "que las nuevas instituciones políticas republicanas funcionaran en torno a una élite políticamente activa y un electorado sumiso". Ése fue, en efecto, el criterio de la oligarquía norteamericana, y el que expresarían insistentemente varios de sus más conspicuos miembros, George Washington entre ellos. A título de ejemplo, la máxima predilecta de John Jay, primer presidente del Tribunal Supremo, no podría ser más elocuente. "Las personas que son dueñas del país deben ser también quienes lo gobiernen". No menos ilustrativos al respecto serían los términos empleados por el gobernador Morris en una carta que éste dirigiera al citado John Jay en 1783:

"tú y yo, querido amigo, sabemos por experiencia que cuando unos pocos hombres sensatos y de buen ánimo se reúnen y declaran que ellos son la autoridad, a los pocos que discrepen se les puede convencer fácilmente de su error mediante ese poderoso argumento que es el yugo".

Si nos situamos en épocas más recientes, las manifestaciones en ese mismo sentido tampoco han escaseado, e incluso diríase que expresadas de forma aún más contundente. En la década de los treinta, Harold Lasswell exponía en su *Encyclopedia of the Social Sciences* todo un recital de ciencia democrática, señalando, entre otras cosas, la necesidad de no caer en *"ese dogmatismo democrático según el cual los hombres son los mejores jueces de sus propios intereses"*, para concluir que sólo las "élites" están en condiciones de disponer cuál ha de ser lo mejor para el bien de la comunidad. Por ello, añadía Lasswell, las corrientes sociales que discrepen del recto juicio de esas "élites" y pongan en tela de juicio su autoridad deben ser reconducidas al buen camino *"mediante una técnica de control completamente nueva basada sobre todo en la propaganda, dada la ignorancia y superstición de las masas"*. Huelga decir que esa técnica entonces nueva es la que constituye hoy la herramienta fundamental del Sistema y de su maquinaria propagandística, los grandes medios de comunicación, cuya labor consiste en procurar que el engranaje funcione sin estridencias, cosa que se consigue haciendo que sean los propios siervos del régimen oligárquico quienes asuman con entusiasmo las falacias pseudodemocráticas de éste. Y ése es un logro que sólo está al alcance de los Mass Media, cuya tarea de intoxicación y adulteración sistemática resulta mucho más eficaz que las coacciones drásticas, a las que sólo se recurre cuando la manipulación no es suficiente para obtener el consenso de las masas, una circunstancia, por lo demás, harto infrecuente.

También en los años treinta, un coetáneo de Lasswell, el teólogo protestante y doctrinario marxista Reinhold Niebuhr, significaba sin ambages *"la estupidez del ciudadano medio"* y la necesidad de proporcionar a las masas proletarias *"las simplificaciones emocionales"* capaces de conducir las por ese buen camino que sólo una *"élite de observadores fríos"* podrían establecer. Tales conceptos, que a la postre constituyen el denominador común de todos los sistemas de dominio, hicieron perfectamente posible que el marxista Niebuhr se convirtiera tiempo después en el teólogo oficial del *Establishment* estadounidense. Repárese, por otra parte, en el hecho de que ese *"estúpido ciudadano medio"* es al que luego denominan eufemísticamente *"pueblo soberano"* los mismos embaucadores que llevan dos siglos dominándolo.

Después de la 2ª Guerra Mundial, otro iniciado en las capillas del Sistema, el historiador Thomas Bayley, señalaba la incapacidad de las masas para discernir lo más adecuado y la conveniencia de *"llevarlas con cierto engaño hacia una toma de conciencia de sus propios intereses a largo plazo"*, añadiendo a continuación que *"engañar a la gente puede llegar a hacerse cada vez más necesario si se quiere dejar las manos libres a los líderes políticos"*.

En la misma línea, el británico sir Lawis Namier escribía que *"en los pensamientos de las masas no hay más libre voluntad que en la rotación de los planetas o en las migraciones de los pájaros"*, y el gurú trilateralista Samuel P. Huntington apelaba al uso de las técnicas propagandísticas necesarias para justificar la política exterior norteamericana, de modo que *"se llegue a crear la falsa impresión de que es la Unión Soviética aquello contra lo que se está luchando"*, para apostillar que *"eso es lo que los EE.UU han venido haciendo desde la doctrina Truman"*. En ese mismo contexto se inscriben igualmente las palabras, ya citadas, del inefable David Rockefeller apelando a *"la soberanía de una élite de técnicos y de financieros internacionales"*.

En definitiva, nada de lo que ha venido ocurriendo a lo largo de los dos últimos siglos obedece a la casualidad, sino que se ajusta estrictamente a las necesidades y exigencias de un sistema de Poder diseñado por y para el dominio de una reducida oligarquía, y en el que la población deberá limitarse a refrendar las "filantrópicas" decisiones adoptadas para su bien desde las alturas oligárquicas. Nada tiene de extraño, por

ello, que cuando esa situación resulta cuestionada por unos pocos disidentes o por la disconformidad eventual de algún colectivo social, los estrategas del Sistema hablen de "crisis de la democracia", pues, en efecto, tales anomalías no figuraban en el programa ni se ajustan a una correcta interpretación de lo que debe ser "el régimen democrático" (recuérdese el informe elaborado por un equipo de expertos trilateralistas bajo la dirección de Samuel P. Huntington, y que ya fue debidamente comentado al hablar de la Comisión Trilateral).

Los términos, por tanto, no pueden estar más claros. Dada la incapacidad de los súbditos para discernir lo adecuado, y puesto que su propio albedrío no podría reportarles más que sufrimientos y desgracias, una "élite" de "filántropos" ha de decidir qué es lo mejor para ellos y tomar las riendas del mando en aras del bien común y de la felicidad universal. Y no será aquí donde se planteen objeciones a la primera parte de ese teorema, cuyas premisas ya se encarga el Sistema de que se cumplan a rajatabla. Dos siglos de putrefacción burguesa, de materialismo "humanista" y de adulteración sistemática han rendido los frutos apetecidos y cubierto los objetivos marcados: hacer de la población una masa envilecida e idiotizada. Lo que, sin embargo, resulta un tanto endeble es la segunda parte del argumento, ya que esa pretendida "élite" constituye justamente la hez de la decrepita sociedad occidental, pergeñada a su imagen y semejanza.

CAPÍTULO IV.

EL ENEMIGO NECESARIO: LA AMENAZA FASCISTA O EL ARTE DE RESUCITAR UN CADÁVER.

Todo lo descrito hasta aquí permitirá hacerse una idea de las características de una estructura de dominio cuyo poderío intrínseco, con ser inmenso, se ve apuntalado por la labor sistemática de intoxicación ideológica y manipulación de la realidad llevada a cabo por su maquinaria propagandística, la voz de su amo: los grandes medios de comunicación.

Pero, a pesar de todo, el edificio presenta grietas que se hace necesario taponar. Y es que los eslóganes humanistas, la verborrea filantrópica y los cánticos demagógicos a las bondades del capitalismo progresista no son sino la espúrea retórica que enmascara una realidad social completamente antagónica, una realidad regida por patrones de comportamiento que discurren por cauces diametralmente opuestos a todos esos artificios. Y cuanto más ausentes están de la realidad esos pretendidos "valores" sobre los que se asienta el edificio, más intensa y agobiante es la propaganda que los exhibe y apela a ellos.

Por supuesto, el Poder conoce perfectamente esa realidad, y hace todo lo posible por enmascararla, tratando así de atemperar el vacío inherente al modelo existencial alumbrado por el materialismo moderno. Pero esos *anestésiantes*, con ser potentes y estar dotados de una considerable capacidad de alienación, no pueden tener más que la eficacia limitada de todo lo artificial. A la postre, e indefectiblemente, los estímulos consumistas, los estereotipos humanistas, la escatología sexual, la mitomanía deportiva, el culto a los ídolos de barro, los paraísos psicodélicos y demás artificios al uso, acaban revelándose como lo que son, simples coberturas a una situación de decrepitud y vacío. Pese a todos los intentos, una y otra vez acaba aflorando la verdadera naturaleza del modelo existencial pergeñado por la sociedad materialista, una y otra vez vuelve a hacer acto de presencia el vacío, la náusea, la nada.

Este estado de cosas se refleja en todos los ámbitos, y muy particularmente en el terreno político-ideológico, donde el Sistema necesita cabezas de turco sobre las que proyectar sus propios estragos, identificándolas por añadidura como los grandes enemigos que amenazan el dulce itinerario de la humanidad hacia el edén nihilista del "progreso" material. Poco importa que esos pretendidos adversarios no constituyan sino el detritus generado por la degradación inherente al proceso en curso, que no sean en realidad más que síntomas flagrantes de la patología de una sociedad enferma, o que no representen, como así es, el menor peligro para el Poder, que antes al contrario, se sirve de ellos como eficaces instrumentos de intoxicación. Todo ello no supone el menor inconveniente para la maquinaria propagandística del Sistema, acostumbrada a magnificar el tamaño de oponentes ridículos y, cuando es necesario, a crearlos de la nada.

La instrumentalización que hace el Sistema de tales elementos responde a mecanismos muy simples, aunque de acreditada eficacia. Así, cada vuelta de tuerca en el afianzamiento del totalitarismo plutocrático-oligárquico, que es el único que opera hoy de forma efectiva y omnipresente, va acompañada del correspondiente despliegue de cortinas de humo y de la oportuna campaña de alarma e intoxicación acerca de los fantasmagóricos peligros que amenazan al "modelo democrático".

Como es fácil advertir, son varios los candidatos al título de "gran adversario", aunque serán las necesidades coyunturales de cada momento las que sitúen a uno u otro en el primer lugar. En el pelotón de cabeza de los enemigos predilectos, el fundamentalismo islámico aparece como la gran amenaza exterior, mientras que en el ámbito interno, es el fascismo el globo sonda por excelencia. Sea como fuere, lo que se muestra como un axioma es que la dialéctica del Sistema precisa de adversarios que le permitan enmascarar quién monopoliza el dominio absoluto y dónde reside la única amenaza real.

Como se apuntara en el párrafo anterior, uno de esos grandes adversarios está representado por una muchedumbre de parias y desheredados abocados al extremismo religioso por la explotación económica y la colonización política y cultural del Occidente "progresista", aliado en esa labor con las pútridas oligarquías de los países tercermundistas. Pero el tema del fundamentalismo islámico, además de no ser el objeto central de este apartado, exige por su complejidad de un tratamiento exhaustivo imposible de abordar en unas cuantas páginas, máxime si se tiene en cuenta que ese trabajo, para ser completo, debería ir acompañado del correspondiente análisis de otros fundamentalismos desencadenantes, como es el que en nombre del progresismo viene laminando desde hace décadas todo aquello que le sale al paso. Por el momento, pues, y en espera de una mejor ocasión, bastará con adelantar aquí un par de apuntes sobre este asunto.

Lo primero que conviene significar es que la cristalización política del integrismo islámico, que hasta ese momento no pasaba de ser un fenómeno prácticamente reducido al ámbito iraní, se gestó durante la Conferencia de Guadalupe celebrada en enero de 1979. Fue allí donde los trilateralistas Jimmy Carter, Helmut Schmidt y Valéry Giscard d'Estaing acordaron impulsar un cambio de régimen en Irán, contemplándolo como un factor estratégico de primera utilidad en el marco de las pugnas hegemónicas que por entonces mantenían los dos bloques en sus zonas limítrofes de influencia. Acto seguido comenzaron las presiones dirigidas a lograr la "expulsión" de Jomeini de la localidad iraquí de Nedjef (donde el ayatollah había permanecido exiliado desde 1964 hasta 1978) y su traslado a París. Mientras residió en Nedjef, las posibilidades de comunicación del líder religioso con sus seguidores iraníes fueron mínimas, entre otras razones porque el régimen de Sadam Husseín no tenía el menor interés en la implantación en la vecina Persia de un gobierno comandado por el clero chiíta. En esa época, el único conducto por el que llegaban las consignas de Jomeini a oídos de la población iraní, eran las emisiones realizadas desde Londres por la BBC, extraña compañera de viaje del ayatollah. Pero una vez instalado en la capital francesa, la capacidad de maniobra de Jomeini se multiplicó por mil. Luego empezaría el baile de los manejos turbios, en cuyo catálogo aparecen los expertos en el arte de fabricar tensiones de siempre, con la Comisión Trilateral y el Consejo de Relaciones Exteriores subvencionando económicamente a la Hermandad Musulmana de los Chiítas por conductos diversos, y con el Sha abandonado a su suerte por sus patrones y valedores de un día antes. Y así hasta el desencadenamiento del conflicto irano-iraquí, que en palabras del ex-ministro persa de Asuntos Exteriores, Bani Sadr, fue planificado en los laboratorios organizadores de "los juegos de guerra" y llevado al terreno por Giscard d'Estaing y el embajador estadounidense en Arabia Saudita.

Otro episodio que respondió a motivaciones similares fue la ayuda masiva y el aprovisionamiento militar facilitado por la Administración americana a las milicias islamistas durante la guerra de Afganistán, que acabaría convirtiéndose en un gigantesco campo de adiestramiento para numerosos grupos integristas procedentes de varios países musulmanes. Allí se curtieron, entre otros, los fundadores argelinos del GIA, cuya necia brutalidad ha proporcionado una coartada inmejorable al terrorismo estatal, y cuyos métodos han sido desautorizados reiteradamente por el Frente Islámico de Salvación, lo que no impide que la intoxicación occidental siga identificándolos a ambos, del mismo modo que identifica en un batiburrillo infame islamismo, arabismo, integrismo y terrorismo.

El otro apunte que conviene añadir hace referencia precisamente a la situación sobrevenida en Argelia a raíz del triunfo electoral islamista y del golpe militar que lo abortó, con el beneplácito unánime de los gobiernos "democráticos" del área occidental. Un golpe de Estado que daría paso al sangriento proceso que desde entonces vive aquel país, y sobre el que los medios occidentales informan con su habitual imparcialidad, denunciando las docenas de muertos ocasionados por los atentados del GIA, y silenciando los bombardeos con napalm de poblados enteros y los miles de asesinatos perpetrados por el ejército (500

víctimas semanales como promedio). Y en ese país basta con ser joven y vivir en un barrio mísero para merecer la consideración de "terrorista" y convertirse en blanco del régimen criminal que gobierna allí.

De poco ha servido que la Liga Argelina para la Defensa de los Derechos Humanos, nada sospechosa de simpatizar con el integrismo, haya calificado la represión militar de "genocidio a puerta cerrada". Eso no impide a los "humanistas" occidentales justificar el exterminio, cuando no aplaudirlo abiertamente. Y es que los parias argelinos han tenido la mala ocurrencia de no envolver sus reivindicaciones en la bandera del progresismo, bandera que, por el contrario, sí enarbolan sus verdugos, los carniceros del régimen militar.

Resta aún el asesinato del antiguo líder del FLN Mohamed Budiaf, un hombre íntegro exiliado durante décadas por sus discrepancias con el régimen corrupto que ha asolado Argelia, y al que llamaron sus compatriotas para encabezar la salida del cepo mortífero que atenaza a esa nación, razón por la cual sería eliminado por elementos del ejército. Pues bien, durante el juicio de uno de sus verdugos, un ex-miembro de la escolta presidencial, éste efectuó unas declaraciones más que significativas para cualquiera que sepa leer: *"Existe una mafia, una estructura de poder, que está por encima de políticos, militares y opositores al régimen, y que nos sobrepasa a todos"*.

Dicho esto, no queda sino abordar el asunto fundamental de este capítulo, ese fantasma que a toda costa se pretende resucitar, y que no es otro que el fascismo. Dado que el tema del fascismo ya ha sido analizado repetidamente en varios trabajos precedentes, centrando la atención en cada uno de ellos en alguna faceta específica de las varias que configuraron aquel fenómeno, no parece oportuno repetir aquí dichos análisis. Queda, no obstante, un aspecto de la cuestión escasamente tratado hasta ahora y sobre el que será preciso detenerse, que es la instrumentalización que de un tiempo a esta parte viene haciéndose desde el Poder de ese espectro del pasado.

Convendría, no obstante, reiterar que, en lo esencial, el fascismo no constituyó sino una simple modalidad de la corriente o matriz ideológica central instaurada por las revoluciones burguesas. De hecho, todos los componentes básicos de la ideología fascista se habían manifestado ya bastante antes de que cristalizara aquel movimiento político, desde el culto al Leviatán estatal, hasta la profesión de fe materialista y antropocéntrica, pasando por la concepción totalitaria del Poder sustentado sobre la sumisión absoluta de una masa gregaria.

En efecto, los fundamentos ideológicos del fascismo no brotaron repentinamente, sino que hunden sus raíces en una serie de concepciones "filosóficas" incorporadas a la sociedad moderna por las revoluciones capitalistas.

En lo referente al concepto de superioridad racial, bastaría con recordar la filosofía y la praxis de las oligarquías rectoras del Imperio Británico para constatar que, tal concepto, estuvo profundamente arraigado en la mentalidad burguesa prácticamente desde el mismo instante en que ésta se convirtiera en la ideología dominante. Y los procedimientos con que el sentido de superioridad racial anglosajón se llevó a la práctica fueron, cuando hizo falta, drásticos y contundentes. Lo que ocurre es que esa "raza superior" siempre ha dispuesto de la desvergüenza suficiente y de los medios propagandísticos necesarios para presentar sus exterminios genocidas como hazañas épicas (el caso de los aborígenes amerindios de Norteamérica no es más que una muestra). Por lo demás, esas ínfulas de "pueblo elegido" y de "civilización superior" características del espúreo mesianismo anglosajón, han sido en todo momento el sustento ideológico del imperialismo y la depredación anglo-yanqui. Justamente las mismas ínfulas que se encuentran invariablemente en el meollo doctrinal de todos los cenáculos mundialistas descritos a lo largo de este ensayo. Cuando Cecil Rhodes escribiera: *"sostengo que somos la primera raza del mundo y que cuanto mayor porción del planeta esté habitada por nosotros tanto más se beneficiará la humanidad"*, no estaba

sino expresando con meridiana claridad una parte de esa filosofía racial. Pero aún queda un segundo aspecto de esta cuestión, más sórdido si cabe que el ya expuesto, y en el que la burguesía angloparlante también sería pionera, como veremos seguidamente.

El darwinismo social fue una corriente ideológica que, si bien no llegó a cristalizar como programa político de forma explícita, mantuvo en todo momento un acusado arraigo entre los círculos dirigentes de la burguesía decimonónica anglosajona, aunque sus efectos también se dejaron sentir en la Europa continental. Dicha corriente no sólo sentaba la superioridad biológica de unas razas sobre otras, sino también (y aquí viene ese segundo matiz aludido en el párrafo anterior) la de determinados individuos sobre los restantes dentro del propio cuerpo social de la "civilización superior". Por otra parte, tales tesis fueron sostenidas indistintamente por elementos dirigentes tanto de la derecha como de la izquierda burguesa. Como un simple avance de lo que nos encontraremos más adelante, pueden citarse las palabras pronunciadas por Jules Ferry, líder de la izquierda republicana francesa, en el Parlamento galo (julio 1885): "Señores, hay que hablar más alto y proclamar la verdad. Hay que decir abiertamente que las razas superiores tienen un derecho ante las razas inferiores; y hay un deber para las razas superiores porque hay un deber para ellas, que es el de civilizar a las razas inferiores".

Las tesis del darwinismo social, entre cuyos más conspicuos doctrinarios sobresalieron los ingleses Herbert Spencer y Walter Bagehot y el norteamericano W. Graham Sumner, fueron ampliamente esgrimidas como soporte del capitalismo liberal basado en el "*laissez faire*", así como para justificar la estratificación social en razón de las desigualdades biológicas existentes entre los individuos. De acuerdo con dichas tesis, la riqueza y la posición social no eran sino el resultado de la adaptación al medio (capitalista) de los mejor dotados, por lo que la competitividad debería mantenerse sin restricción alguna como medio para garantizar la selección natural. Llegados a este punto, no estará de más hacer un pequeño inciso para preguntarse por qué razón los abanderados de tan ingeniosos planteamientos no propugnaron también, como hubiera sido lo lógico, la abolición de los derechos sucesorios, para que así, partiendo de cero, los herederos de las grandes fortunas pudieran demostrar su superioridad biológica en igualdad de condiciones con los más "inadaptados".

En el plano internacional el darwinismo social fue esgrimido como argumento o soporte ideológico del imperialismo y del colonialismo, dos conceptos fundamentados sobre la idea de la superioridad biológica y cultural de anglosajones y arios. Conviene insistir una vez más en que todos estos planteamientos, tan brillantemente llevados a la práctica por el imperialismo anglo-norteamericano, formaban parte del catecismo ideológico burgués con muchas décadas de adelanto a la aparición del fascismo alemán, al que después se le adjudicaría su invención.

Sin embargo, el asunto no acaba aquí. Si en un principio los doctrinarios del darwinismo social estimaron que las leyes de la competitividad capitalista bastarían para garantizar la debida selección biológica y para cribar a los individuos más débiles, no tardaron en surgir una serie de adelantados que consideraron oportuno ayudar activamente a que esa criba se acelerara. Fue así como comenzaron a tomar cuerpo las tesis eugenésicas en pro de la esterilización de individuos considerados como un peligro para la salud de la raza, tesis que se trasladaron a la práctica en la patria pionera de la filantropía moderna y de los derechos humanos, la República Norteamericana.

En efecto, fue en la colonia virginiana de Lynchburg donde se puso en marcha por primera vez un concienzudo programa de esterilización, la mayor parte de cuyas víctimas no fueron precisamente deficientes mentales, como rezaba el proyecto oficial, que de esa forma pretendía adoptar una imagen más favorable, sino desarraigados sociales, indigentes, vagabundos y huérfanos, todos ellos de raza blanca. Sólo

en la colonia de Lynchburg fueron esterilizados entre 1924 y 1932 alrededor de ocho mil personas, en su mayoría adolescentes sin taras de ningún tipo, pero **pobres y sin domicilio fijo**.

El término eugenesia había sido acuñado en 1883 por el científico británico sir Francis Galton, primo de Charles Darwin y acérrimo doctrinario del darwinismo social. El soporte de sus tesis fueron las leyes de la herencia, según las cuales los progenitores cretinos o deformes producían sucesores de idénticas características. Se hacía preciso por ello, concluyó el tal Galton, que desde el Estado fueran adoptadas las medidas oportunas para impedir el declive de la raza británica. Por otro lado, no será ocioso significar que la esterilización eugenésica fue defendida desde principios de siglo por las más destacadas figuras del socialismo fabiano (H. G. Wells, George Bernard Shaw), así como por varios líderes del conservadurismo británico, Winston Churchill entre ellos.

En los Estados Unidos dichas tesis gozaron pronto de una favorable acogida , tanto por parte de la población (Hollywood se volcó en su apología), como de las autoridades políticas y judiciales. Aunque su puesta en práctica comenzó ya en la primera década del siglo XX, el espaldarazo definitivo no llegaría hasta **1926**, con la aprobación en la Corte Suprema estadounidense de una ley de esterilización. El borrador de dicha ley había sido elaborado por un

equipo de prestigiosos biólogos, e incluía a ciegos, sordos, deformes, alcohólicos, tuberculosos, sifilíticos, leprosos, criminales, idiotas, pobres y personas sin domicilio fijo. En cuanto al objetivo perseguido, el proyecto legal lo enunciaba sin ambages: "*preservar la pureza de la raza blanca*". La decisión de la Corte Suprema fue adoptada a raíz del caso **Carrie Buck**, una adolescente pobre, y madre de una niña engendrada tras una violación, y a la que se consideró "imbécil moral" por tener un hijo sin estar casada, siendo condenada por ello a la esterilización. Igualmente digno de mención es el papel decisivo jugado en favor de la constitucionalidad de las prácticas eugenésicas por el juez Holmes, un miembro del Tribunal Supremo conocido por su férvida militancia ideológica en la izquierda liberal norteamericana.



A raíz de aquella disposición legal se abrió la veda, y 27 Estados de la Unión emprendieron una carrera de esterilizaciones masivas practicadas en un principio sobre residentes en establecimientos mentales, y aplicadas inmediatamente después a pobres y marginados sociales.

Las leyes y tesis eugenésicas estadounidenses sirvieron luego de base a la normativa racial del Tercer Reich, cuyas autoridades rindieron homenaje público al doctor Harry Laughlin, cerebro del programa eugenésico norteamericano, reconociéndole como a su gran inspirador. Por otro lado, durante la década de los treinta fueron numerosas las voces que, desde las más altas instancias científicas, académicas y políticas

estadounidenses, elogiaron las medidas eugenésicas adoptadas por el régimen hitleriano, llegando incluso a lamentar el hecho de que aquél hubiera tomado la delantera en tan encomiable labor de profilaxis social.

Significar por último que después de la 2ª Guerra Mundial las prácticas eugenésicas continuaron a buen ritmo en los Estados Unidos, donde todavía hoy gozan del estatuto de constitucionalidad.

Pero el curso inexorable de los hechos sigue avanzando, como lo hacen las tácticas de intoxicación empleadas por las oligarquías occidentales, que ayer militaban en el darwinismo social (su auténtica ideología) y hoy nos abruman con sus falaces campañas filantrópicas y antirracistas, aunque maldito lo que le importa a esa ralea y a sus secuaces la suerte de los "inadaptados" del Tercer Mundo, a los que llevan dos siglos "civilizando" y expoliando en comandita con los caciques locales de cada país. Todo lo cual no impide a los psicópatas "filántropos" del Nuevo Orden Mundial sembrar la alarma y mostrar su preocupación por el 'recrudescimiento de las actitudes racistas', que atribuyen, claro está, al espantajo fascista que a toda costa pretender revitalizar

El procedimiento utilizado por la intoxicación es simple. El primer paso consiste en *identificar* la xenofobia con el racismo ideológico, lo que constituye un acto de puro terrorismo intelectual. La *xenofobia*, esto es, la reacción espontánea de desconfianza, recelo e incluso rechazo hacia los individuos de cultura, costumbres o raza diferente, es algo inherente a la condición humana, un hecho que se ha dado en todos los tiempos y latitudes de manera universal. Otra cosa muy diferente es el *racismo*, del que sólo puede hablarse en propiedad cuando esas actitudes se convierten en el eje central de un programa político-ideológico, y en la base de un sistema de poder. Un fenómeno, este último, que también se ha producido en numerosas ocasiones (y se sigue produciendo) sin que ello guardara el menor parentesco con el fascismo político, y mucho antes de que éste hubiera nacido. Sería imposible recoger aquí todos los casos de opresión racial y todos los exterminios de carácter tribal que se han registrado a lo largo de la historia.

Para envenenar y tergiversar todavía más la realidad, el *mecanismo intoxicativo* se refuerza asimilando la xenofobia a un cúmulo de fricciones y de comportamientos diversos cuyas causas son las más de las veces de origen socio-económico. A título de ejemplo, las tensiones que se producen en Estados Unidos entre negros e hispanoparlantes, dos comunidades económicamente deprimidas en aquel país, tienen bastante menos de *fobia racial* que de *lucha por la supervivencia*, y no difieren mucho de las que se manifiestan en los países de la Europa occidental entre los estratos más bajos de su población y los inmigrantes tercermundistas, aunque las razones del rechazo esgrimidas por los primeros carezcan en no pocos casos de fundamento real. Por lo demás, no será preciso extenderse aquí acerca de la relación existente entre la emigración de los parias del Tercer Mundo y la miseria reinante en sus países de origen, y entre esta última circunstancia y la rapiña expoliadora de esas oligarquías occidentales que luego instrumentalizan en su beneficio las tensiones ocasionadas por su explotación infame, atribuyéndoselas al "fascismo" (las dos terceras partes del armamento vendido cada año por la todopoderosa industria bélica va a parar a los países del Tercer Mundo; por no hablar de la humanitaria labor "civilizadora" que desarrollan las grandes multinacionales en dichos países).

Después de establecida la identificación entre las actitudes real o pretendidamente xenófobas y el racismo político-ideológico, el segundo paso consiste en asimilar todos los fenómenos con algún contenido racial (habidos y por haber) a un modelo único, a un prototipo de aplicación universal: el fascismo. De ahí que los serbios de Bosnia, marxistas hasta antes de ayer, sean tachados de fascistas, y de ahí que el terrorismo etarra sea calificado como "fascismo", aunque todo su entorno político y social se haya cansado de proclamar y demostrar su militancia izquierdista; hasta tal extremo llega la manipulación. Son fascistas aunque ellos mismos lo ignoren, como le ocurriera al gañán que hablaba en prosa sin saberlo. Por supuesto,

los actos de vandalismo juvenil, cada día más frecuentes en la decrepita y vacua sociedad occidental, también son fascismo.

Una vez realizada esa espúrea concatenación de artificios ideológicos, todo lo demás resulta sencillo. Dado que las conductas xenófobas siempre se producirán, máxime en una situación de conflictividad social que las propicia; puesto que nunca faltará el trastornado de turno que canalice su frustración agrediendo a un inmigrante, máxime en una sociedad enferma que rinde culto a la violencia; y como resulta que los medios de comunicación desplegarán toda su capacidad intoxicadora cada vez que alguno de esos hechos se produzca, pues ya tenemos al espectro del fascismo convertido en amenaza omnipresente y en camuflaje permanente del Sistema. Hasta que se decida articular otro enemigo mejor, claro está.

Para que el globo siga creciendo ya no se precisa siquiera del oportuno acto vandálico. Bastará con que aparezca una pintada racista en cualquier tapia para que los medios informativos y las organizaciones antirracistas nos anuncien la inminente invasión de Europa por la Wehrmacht.

Pero, **¿qué es lo que indican las cifras reales sobre tan alarmante fenómeno?** Para saberlo, nada mejor que acudir a un escenario idóneo, en el que residen más de cuatro millones de inmigrantes, la República Francesa, florón en la actualidad de la ultraderecha europea y del amarillismo antirracista. Según un informe elaborado por la Comisión Nacional Consultiva de los Derechos del Hombre, un organismo integrado por las más demagógicas y beligerantes asociaciones antirracistas de aquel país, a lo largo de 1994 se produjeron en Francia 53 actos delictivos de carácter racista. Si se considera que el número total de delitos cometidos en territorio galo durante ese mismo año superó la cifra de cuatro millones, y que en ese territorio habitan cincuenta y siete millones de personas, lo verdaderamente sorprendente es que sólo 53 cretinos hayan tenido la ocurrencia de desahogar sus amarguras por esa vía.

Pero todavía existe en este asunto una realidad siniestra y subterránea que permanece solapada por la demagogia oficial, ya que las actitudes xenófobas hacia los inmigrantes obedecen bastante *menos* al color de su piel que a su situación de pobreza e inferioridad. ¿O es que los ídolos y los encumbrados de otras razas son rechazados por la población occidental?

La *intoxicación* y la *falsificación de la realidad* son, pues, los procedimientos utilizados como **norma** para alimentar el espectro del fascismo, que no es más que una 'cortina de humo' tras la que nada se encuentra que no sea la manipulación habitual de quienes constituyen la única amenaza y el único peligro real existente en la actualidad.

A la luz de los hechos, quiénes componen esa caricatura terrorífico-grotesca fabricada por la intoxicación oficial, sino un rebaño de parias desplazados de la sociedad del bienestar y unos cuantos grupúsculos de marginales que canalizan su frustración por la vía del pataleo violento. Y qué es el neofascismo posmoderno, sino uno más de los muchos detritus generados por la sociedad del nihilismo materialista y del culto a la decadencia, una sociedad que, saturados ya los canales de desagüe de sus desechos, los recicla convirtiéndolos en fantasmagóricos adversarios.

Cierto es que, aunque escasos, tampoco faltan los especialistas solventes que ofrecen una visión del asunto más cercana a la realidad que a las servidumbres del pesebre. Tal es el caso de Stanley Payne, uno de los más acreditados expertos en esta materia, a la que ha dedicado varios trabajos, y entre cuyos juicios sobre el particular figuran afirmaciones tan elementales como éstas:

"El fascismo fue definitivamente derrotado en la 2ª Guerra Mundial, y el neofascismo actual no representa el menor peligro para los regímenes políticos de Occidente".

"El neofascismo ha estado entre nosotros desde el final de la 2ª Guerra Mundial, pero los verdaderos neofascistas sólo son hoy sectas minoritarias".

"Existen grupúsculos neofascistas en todas partes, aunque su influencia en la vida política de los países es nula, como lo prueba el hecho de que, cuando un partido neofascista quiere obtener votos, tiene que moderar su mensaje y acaba siendo una organización simplemente derechista y conservadora".

Pero más contundentes y categóricos aún que los análisis de expertos como Payne, son los informes elaborados sobre el terreno (y conforme al más frío pragmatismo) por los propios servicios policiales occidentales. En **España**, el Ministerio del Interior, a través de un dossier hecho público en septiembre de 1995, definía el fenómeno Skin-Head como *"grupos marginales cuyo reducido alcance real suele ser agrandado por la amplia difusión mediática de sus acciones"*. Entre otros juicios relativos a este asunto, dicho informe hacía notar también *"el riesgo de que la violencia urbana se adjudique solamente a los Skin, y pueda servir de cobertura para que otros grupos actúen impunemente"* (cosa que, dicho sea de paso, hace ya tiempo que viene ocurriendo). El repaso se completaba con una referencia a la edad de los activistas Skins, que se sitúa entre los 14 y los 22 años. Por su parte, el Gobierno Civil de Barcelona, ciudad donde se registra la mayor incidencia de estos grupos, describía el asunto como *"una serie de fenómenos superpuestos, en los que se mezclan diversas tribus urbanas poco organizadas y con culto a la estética totalitaria, una delincuencia común que actúa amparándose en la vestimenta Skin, y las típicas broncas juveniles de discoteca"*.

Bien es verdad que, ante la insignificancia real del fenómeno en no importa qué país occidental, siempre queda el recurso de acudir al estereotipo alemán, señalado habitualmente como la muestra más elocuente del "renacimiento nazi". Lo malo es que, también en este caso, la realidad de los hechos guarda muy poca semejanza con el panorama que presenta la intoxicación mediática. Y ya no sólo se trata de los raquíuticos resultados electorales cosechados en aquel país por los partidos neofascistas, cuyo discurso se atempera y deviene en mero conservadurismo tan pronto como atisban la menor posibilidad de colocación política. Si dirigimos la mirada hacia los grupúsculos más reducidos, marginales y extremistas, lo más relevante de cuanto se relaciona con ellos es la frenética actividad desplegada por los cuerpos policiales, no ya para neutralizar sus exabruptos vandálicos, sino para secuestrar sus panfletos propagandísticos, algo de tan escasa entidad que sería muy fácil de refutar con argumentos de peso si no fuera porque el régimen de *"la libertad de expresión"* y del *"pluralismo democrático"* ha optado por hacerlo mediante la ley de la mordaza, lo que ofrece una buena muestra de la confianza que éste tiene en sus dogmas ideológicos.

Como una prueba más de la sólida entidad de tales grupúsculos, en febrero de 1995 era ilegalizado el FAP (Partido Liberal de los Trabajadores Alemanes), organizador hasta ese momento de la marcha anual en memoria del antiguo dirigente nazi Rudolf Hess, y poco después era otro grupo afín, la denominada Lista Nacional, quien corría la misma suerte. La ilegalización del FAP, que hace el número diez de las decretadas desde 1989 por el Gobierno germano contra organizaciones neonazis, fue llevada a cabo, al igual que las nueve anteriores, por vía administrativa, después de que el Tribunal Constitucional de aquel país la desestimara tras dictaminar que:

"La falta de una estructura organizativa sólida, el bajo número de militantes y el nulo eco conseguido entre el electorado, descalifican al FAP como organización política".

Esta es la envergadura real del temible peligro que amenaza al beatífico orden establecido, si bien aquí no se agota el asunto, ya que aún podrían decirse algunas palabras sobre las fuerzas que operan en la trastienda de esos grupúsculos, orquestando y patrocinando las actividades de la inmensa mayoría, por no

decir de todos ellos. En lo concerniente al caso alemán, existe ya información abundante, contrastada y concluyente que sitúa a los Servicios Secretos de la antigua Alemania del Este detrás de las organizaciones neofascistas de Alemania Occidental, todas las cuales estuvieron promovidas, infiltradas y manipuladas por la Inteligencia de la RDA hasta el mismo instante de la desaparición de ésta. Por lo que se refiere al llamado terrorismo negro neofascista, que operó en Italia desde mediados de los años setenta, también abundan los testimonios autorizados (ex-agentes de la CIA) que vinculan a la Agencia norteamericana y a la logia Propaganda-Dos con aquél. Y es que reclutar a una recua de energúmenos sin cerebro y utilizarlos como títeres para que den vida al espectro del fascismo es algo que no reviste la menor dificultad.

Mucho podría escribirse todavía sobre cualquiera de los temas tratados a lo largo de estas páginas, aunque no parece oportuno después de haberse dicho ya bastante más de lo necesario para comprender la situación. El mero hecho de tener que demostrar lo evidente, cuando la verdadera amenaza y el auténtico adversario no cesan de mostrarse incluso con descaro, es ya una señal elocuente del punto al que han llegado las cosas, y del que aún les queda por alcanzar.

BIBLIOGRAFÍA

(No se incluyen las obras a las que ya se hizo una referencia expresa en el texto de este ensayo)

- "Mercaderes y Banqueros de la Edad Media". Jacques le Goff
- "El Burgués". Werner Sombart
- "History of the Jews". Heinrich Graetz
- "La Maison Rothschild". Conde Corti
- "El Antiguo Régimen y la Revolución". Alexis de Tocqueville
- "La Revolución Francesa". Albert Soboul
- "Histoire de la Revolution Française". Jules Michelet
- "Bourgeois et Bras Nus, 1793-1795". Daniel Guerin
- "Les Sociétés de Pensée et la Démocratie Moderne". Augustin Cochin
- "Le Génocide Franco-Français". Reinald Secher
- "La Belle Tallien, ambassadrice de la Finance Internationale". McNair Wilson
- "La Gauche et la Revolution Française au Milieu du XIX Siècle". François Furet
- "El Libertino y el Nacimiento del Capitalismo". Juan Velarde
- "Soixante-Dix Ans qui Ebranlerent le Monde". Michel Heller
- "Vers L'Autre Flamme". Panaït Istrati
- "En busca de la Utopía". Artur Koestler
- "Vodka-Cola". Charles Levinson
- "L'Histoire Interieure et les Operations a L'Etranger du KGB". O.Gordiewski y C.Andrew
- "The Zionnist Connection". Alfred Lilienthal
- "Report on a Rockefeller, David". Walter Hoffman
- "Mais, Qui Gouverne l'Amerique?". Georges Virebeau
- "History of the Great American Fortunes". Gustavus Myers
- "Our Crowd. The Great Jewish Families of New York". Stephen Birmingham
- "American Jewish Organizations and Israel". Lee O'Brian
- "Annual Repports". Council on Foreign Relations
- "The Round Table Movement and Imperial Union". John Kendle
- "La Trama Oculta del PSOE". Manuel Bonilla
- "¿Crecimiento Cero?". Alfred Sauvy

"The Invisible Government". Dan Smoot
"Papiers Intimes du Coronel House". Charles Seymour
"Diplomáticos sin Embajada". M.Bergman y J.Johnson
"Mazzini, Portrait of an Exile". S.Barr
"Necessary Illusions". Noam Chomsky